

TERCER OJO



A.E. VAN VOGT

ASEDIANTE INVISIBLE

Andreu
-63-



NOVELA DE CIENCIA - FICCION



A. E. van Vogt

ASEDIANTE INVISIBLE

Título original: *Siege of the Unseen*
A. E. van Vogt, 1959
Traducción: Fernando M. Sesén

A. E. Van Vogt es considerado con justicia como uno de los grandes maestros de la moderna ciencia-ficción. Estableciendo un ritmo nuevo para la brillantez de la narración y una nueva cumbre para la originalidad del concepto, cada uno de sus libros ha sido al instante re-conocido como una obra clásica dentro del campo imaginativo. Van Vogt nació en Canadá, pero ahora reside en Los Angeles, donde ha demostrado inusitada actividad en el estudio de las ciencias mentales como el hipnotismo, la psico-dinámica, la semántica general, etc.

CAPÍTULO PRIMERO

DECLARACION DE THOMAS BARRON DURANTE LA AUDIENCIA

Mi nombre es Thomas Barron. Durante varios años he sido socio de la firma «Slade & Barron», corretajes. Jamás sospeché que Michael Slade fuese anormal. Era un carácter fuerte y siempre consideré como un individuo bastante superior al hombre vulgar.

Le vi una docena de veces después del accidente automovilístico que precipitó los acontecimientos, la mayor parte de ellas en relación con mi deseo de comprarle su parte en el negocio. Nunca me dio motivos para sospechar que algo anduviese mal y no tengo la menor idea de lo que haya podido ocurrir.

Tras el accidente, el coche quedó inmovilizado; sin vida, con todo su mecanismo reposando sobre el chasis de la cubierta, mientras las cuatro ruedas coronaban la parte superior de aquel siniestro espectáculo. Slade permaneció tumbado boca arriba, atontado, pero dándose cuenta de que había perdido sus gafas. Algo cálido surcaba su frente, produciéndole cierta molestia al llegar a su ojo izquierdo.

Se lo secó con el dorso de una mano y vio sobresaltado que era sangre. Logró elaborar una sonrisa para su esposa, que estaba sentada a su lado. Dijo:

—Bueno, salimos con vida. No sé ni lo que ha ocurrido. Me parece que se nos ha roto la transmisión o el diferencial.

Se detuvo. Tenía a Miriam tan cerca que aún sin las gafas pudo darse cuenta de que ella le miraba con una mezcla de horror y de alarma.

—¡Michael, tu frente... la zona blanda! ¡Se ha roto, sangra y... Michael, *es un ojo*!

Slade no pareció comprender. Casi de manera automática se inclinó sobre el retrovisor, alzando el cuello para que se pudiera reflejar en él la cabeza. La piel se había desgarrado a cosa de dos centímetros del nacimiento del pelo y la abertura bajaba hasta unos cinco centímetros más.

Plenamente visible aparecía un tercer ojo.

Su párpado estaba cerrado por una secreción de materia espesa, pero, de súbito, Michael se dio cuenta de que el nuevo ojo comenzaba a pulsar una vaga percepción de luz.

También sintió dolor en la recién descubierta pupila.

UN HOMBRE DE LA LOCALIDAD TIENE TRES OJOS

Un accidente automovilístico que arrancó una porción de piel de la frente de Michael Slade ayer reveló que el joven hombre de negocios tenía tres ojos. Mr. Slade, al ser entrevistado en el hospital al que fue trasladado por un motorista, parecía de muy buen humor, pero no pudo ofrecer explicación alguna que justificase su posesión de un tercer ojo. «Yo siempre tuve una zona blanda en mi frente», dijo a los periodistas. «Este ojo recién nacido parece, por otra parte, ser un apéndice por completo inútil. Ni siquiera me imagino cuál fue el propósito de la Naturaleza al dotarme de él», añadió.

Después admitió que lo más probable era que se hiciese injertar piel para tapar el órgano de su frente. «La gente», dijo, «paga gustosa la entrada en los barracones de las ferias -ara ver fenómenos. Pero no gusta de relacio-narse con ellos en la vida cotidiana».

El descubrimiento de un hombre con tres ojos en aquella ciudad tan pequeña había despenado un ronroneo de interés en los medios científicos locales. En el Instituto Superior Técnico, Mr. Arthur Trainor, profesor de biología, sugirió que o era una mutación o que antaño el tercer ojo pudo ser algo común en todos los seres humanos, por lo que entonces el presente caso podría considerarse como una retrogresión. Sin embargo, su criterio es que esta última posibilidad quedaba desvirtuada por el hecho de que en todo el mundo animal la norma invariable de los dos ojos es casi una prueba definitiva de la primera hipótesis. Claro está que existe también la glándula conocida con el nombre de ojo pineal.

El doctor Joseph McIver, especialista en ojos, pensaba que sería un experimento interesante poder imprimir a los tres ojos una visión perfecta. Está de acuerdo en que esto iba a ser difícil, puesto que el tercer ojo de Mr. Slade apenas poseía una débil percepción de la luz y también porque los sistemas de adiestramiento oculares de que disponía la ciencia, encontraban bastante difícil el poder acondicionar a dos ojos imperfectos para que enfoquen juntos los objetos y funcionen con normalidad.

«No obstante», comentó el doctor McIver, «el cerebro humano es una máquina extraña y maravillosa. Cuando se encuentra relajado, todo conserva su equilibrio. Pero cuando por alguna razón entra en tensión, el ojo, el oído, el estómago y otros órganos se ven afectados por mo-lestias, irregularidades y enfermedades».

Pese a sus esfuerzos, los reporteros no lograron entrevistar a la señora de Slade.

DECLARACION DE LA SEÑORA DE SLADE DURANTE LA AUDIENCIA

Me llamo Miriam Leona Crenshaw. Soy la ex esposa de Michael Slade. Me divorcié de Mr. Slade y tengo derecho legal para utilizar mi nombre de soltera. Conocí a Michael Slade hace unos seis años y jamás sospeché que no fuese un individuo normal.

Vi a mi esposo sólo dos veces después del accidente automovilístico que reveló su anormalidad. La primera vez fue para suplicarle que cambiase de opinión con respecto a lo de conservar visibles sus tres ojos. Pero él estaba profundamente influido por el comentario de un especialista de los ojos de la localidad aparecido en la prensa y relativo a la posibilidad de recobrar la visión en su tercer ojo. También me dijo que se le había hecho tanta publicidad que de nada serviría tratar ahora de tirar tierra sobre un hecho ya de dominio público.

Esa determinación fue el único motivo de que nos separáramos y sólo al firmar los documentos necesarios para el divorcio le vi por segunda vez.

No sé nada en especial de los acontecimientos ulteriores. Ni siquiera miré el cadáver. Al decirme que estaba tan aplastado rehusé verlo.

* * *

Slade se sentó nervioso y se puso a mirar los diagramas Snellen mientras esperaba al oculista.

El sol se posó caprichosamente sobre uno de los diagramas, pero él se hallaba en la sombra y cómodamente instalado en un mullido sillón.

Relajación, ahí estaba el secreto.

Sólo que después de casi tres meses de hacer prácticas a solas y según las indicaciones de los libros, el progreso había sido tan insignificante, que casi carecía de valor.

Unas pisadas resonaron en el pasillo. Slade alzó la vista con interés para mirar al doctor Mclver, era un hombre alto, de cabello gris y de unos cincuenta y cinco años de edad. Hasta ahí pudo llegar a percibir Slade sin gafas.

—Me dijeron que le encontraría aquí —dijo el doctor.

No aguardó respuesta, sino que con toda tranquilidad miró hacia la

otra parte del calvero, deteniendo sus ojos en los diagramas instalados a metro y medio, a tres metros y a cinco metros de la silla en que se sentaba Slade.

—Bien —dijo—. Veo que está usted familiarizado con los principios de adiestramiento ocular. Desearía que millares de millones de personas se dieran cuenta de lo satisfactorio que es tener una luz de diez mil bujías luciendo desde el cielo y alumbrando sus jardines. Creo que antes de morir… ¡me convertiré en uno de aquellos antiguos adoradores del sol!

Slade sintió que aquel hombre conquistaba ya todas sus simpatías. Se había sentido asaltado por las dudas, cuando telefoneó al doctor McIver, acerca de la conveniencia de exponer su problema a un especialista. Ahora las dudas estaban disipadas.

Le explicó sus dificultades. Después de casi un trimestre, su tercer ojo podía ver la línea de los tres metros a un solo palmo de distancia de ella, pero a cada palmo adicional que se separaba la visión empeoraba de manera desproporcionada con la distancia. A tres metros apenas podía distinguir una «C» de sesenta centímetros de altura.

—En otras palabras —dijo el doctor McIver—, se trata de un fenómeno eminentemente especial, cuyo origen, sin duda, se aloja en la corteza cerebral… Su mente suprime imágenes con las que está familiarizada y puede estar casi seguro de que las suprime porque tiene el hábito de suprimirlas.

Se volvió y comenzó a sacar cosas de su maletín.

—Veamos —dijo en tono confiado— si podemos persuadirla de que cambie de hábito.

Slade literalmente se sintió descansado ante las prometedoras palabras positivas de aquel hombre. Eso era lo que le hacía falta. Desde hacía bastante tiempo la tensión iba aumentando en su interior. Sin darse cuenta se sentía descorazonado por los lentos progresos alcan-zados.

—Primero unas cuantas preguntas —dijo el doctor Mclver teniendo en la mano un retinoscopio—. ¿Ha leído letra pequeña impresa cada día? ¿Le «bailan» las letras? ¿Ha acostumbrado sus ojos a la luz directa del sol? ¡Perfecto! Empecemos con el ojo derecho sin taparlo con la palma de la mano.

Slade era capaz de leer a veinte metros la línea que debía leerse desde treinta. Se daba cuenta de que Mclver estaba en pie a dos metros y medio estudiando su ojo con el retinoscopio. El oculista asintió por último:

—Visión del ojo derecho, 20/50. Astigmatismo de dos dioptrías. ¿Hace usted ejercicios mirando con canucha que le permita taparse alternativamente los ojos?

Slade asintió. Hasta cierto punto había progresado en el equilibrio muscular corrigiendo ¿‘go la causa del astigmatismo en sus tres ojos.

—Ahora el ojo izquierdo —dijo el doctor Mclver. Y un poco más tarde—: Visión 20/70, astigmatismo de tres dioptrías.

»Ojo central, visión 3/200, astigmatismo de 11 dioptrías. Ahora vaya tapándoselos sucesivamente con las palmas de las manos.

Hacerlo así produjo ramalazos largos de visión 20/30 en los ojos derecho e izquierdo y un breve instante de visión 50/70 en su ojo central.

—Creo —dijo el doctor Mclver— que será mejor que empecemos tratando de imbuirle una más adecuada ilusión de lo negro. Lo que para su imaginación parece ser negro, no es más que un auto-engaño de usted. Después, haremos algunos frotamientos y giros oculares y botaremos unas pelotas de tenis.

Rebuscó en su maletín y sacó un paquete de cosas negras. Slade reconoció un pedazo de piel negra, lana negra, algodón negro, un cuadrado de cartón negro, seda negra, un pedazo de metal negro, unos adornos de ebonita tallados a mano y una variedad de géneros familiares ne-gros, incluyendo una pluma estilográfica de plástico, una corbata de lacito y un librito de tapas negras.

—Mírelas bien —dijo Mclver—. La mente no puede recordar ningún tono de negro más que unos pocos segundos. Tápese los ojos con las manos y haga que su imaginación vaya de una a otra de estas cosas.

Al cabo de media hora Slade había mejorado considerablemente la visión de cada ojo. Podía ver la gran «C» con su tercer ojo a una distancia de seis metros y la «R» y la «B» de debajo eran manchones turbios pero reconocibles. Sin embargo, la visión perfecta quedaba lejos todavía, muy lejos.

—Otra vez a tapar con las palmas —ordenó Mclver. En esta ocasión le habló en voz baja mientras Slade cerraba los ojos—. Lo negro es negro, negro. No hay negro, sino negro. Lo negro, puro, sin adulterar es negro negro.

Era una tontería considerado fríamente a la luz de la razón. Slade sonrió sin querer, mientras visualizaba el negro en los diversos artículos que Mclver había colocado sobre su regazo. «Negro —pensó —, negro, ¿dónde estás, negro».

Ocurrió con esa sencillez. Negro tan negro como una noche sin

luna ni estrellas, negro como la tinta de imprenta, negro como todos los negros que la mente humana jamás concibiera. Lo negro.

Abrió su ojo central y vio la línea de tres en el diagrama de seis metros de distancia. Parpadeó, pero aún estaba allí, tan brillante y negra como la propia impresión. Asombrado, abrió o descubrió los otros dos ojos. Y seguía sin haber nada turbio. Con una visión de 20/10 en cada uno de sus tres ojos miró en torno a su jardín.

¡Vio!

Al principio, la cerca y las otras residencias y los diagramas y todos los matorrales permanecieron como parte de la misma escena. Era como mirar dos fotografías, una sobrepuesta a la otra, como dos imágenes percibidas por dos juegos diferentes de ojos. Pero imágenes de escenas distintas.

La familiar —su propio jardín, y la colina a la derecha y los tejados de las casas vecinas que formaban su horizonte— tenía el efecto de enturbiar la otra escena, mucho más extraña.

Gradualmente, sin embargo, sus rasgos se abrieron paso. A su izquierda, en donde las casías se hundían en una ondulada depresión, había una enorme extensión de marjal, repleto de brillante vegetación. A su derecha, donde la colina siempre le había limitado el panorama, había muchas cuevas con hogueras encendidas ante sus entradas.

El humo de los fuegos se alzaba en sinuosas lenguas de gris y negro, e intensificaba la neblina que ya tenía medio escondidas a las mansiones de los Morton y los Gladwander. que dominaban la colina. Siguieron desvaneciéndose, desvaneciéndose. Y ahora, Slade vio que la colina de las cuevas era en cierto modo más alta y escarpada que la de las casas. Había una amplia cornisa que se extendía por delante de las grutas. Y fue en esa cornisa donde de pronto advirtió otra cosa más.

¡Seres humanos! Iban y venían, ahora inclinándose sobre las vasijas que pendían encima de las hogueras, ahora añadiendo leña a las llamas, o desapareciendo dentro de las cuevas y luego volvían a salir. No eran muchos y en su mayor parte llevaban el pelo largo característico de las mujeres o eran pequeños y de aspecto infantil. Sus ropas primitivas —claramente visibles aún desde aquella distancia— hacían poco natural su realidad.

Slade permaneció sentado. Tuvo el remoto impulso de levantarse, pero era demasiado pronto para la reacción o para la comprensión. Por último le vino a la memoria que aquello le ocurría como resultado de la mejora en su visión, y siguió un pensamiento relampagueante: ¿Qué había ocurrido, en nombre de toda cordura?

Sin embargo, aún era demasiado vago aquel ¿sombro incomprensible y además estaba la escena de los cavernícolas a cada instante haciéndose más clara a su visión, mientras que las lisas y su propio jardín eran ya imágenes temblorosas, como espejismos desvaneciéndose, como cosas vistas débilmente a través de una niebla que todo lo envolviera.

Por primera vez Slade se dio cuenta de que sus ojos se habían estado esforzando por retener aquellas dos escenas, pero que la fuerza disminuía para la primera, mientras la segunda se hacía cada vez más fuerte y retenía toda su ¿tención.

Dejó de estar como paralizado. De manera totalmente automática, se puso en pie.

Advirtió, con enorme y creciente interés, que donde acababa el marjal comenzaba un ondulado prado, salpicado de trecho en trecho con manchones brillantes de matorrales floridos, y que en la lejanía se alzaban árboles sorprendentemente altos.

Todo era tan claro y brillante como pudiera nacerlo el sol veraniego. Una naturaleza salvaje, cálida, luminosa, casi intocada por el hombre, se extendía ante él. Era como un país de cuento de hadas y lo miró y miró.

Por último, con sorprendente delicia, se volvió a contemplar el otro horizonte... y una chica debió de haber empezado en aquel instante a dar la vuelta al árbol que allí estaba.

Era alta y muy erguida. Debía haber estado tratando de nadar en el arroyo que se adentraba por el marjal a pocos metros de distancia, porque, a excepción de un cinturón de adorno plateado que le rodeaba el talle, no llevaba puestas ropas de ninguna clase.

Tenía tres ojos y los tres se fijaron en Slade con turbación, pero sin sombra alguna de embarazo. Había algo más en ella no tan agradable, incluso un poco repelente. Era el aspecto dominante de una mujer acostumbrada a pensar sólo en sí misma. Slade tuvo tiempo de darse cuenta de que tenía más edad de la que aparentaba.

Los ojos de la mujer estaban contraídos. Habló, en un tono de violín contralto, palabras incomprensibles, pero de aspecto ofensivo y agudo.

Comenzó a desvanecerse. Los árboles, el gran marjal, la colina, en parte visible ahora a su izquierda, se evaporaron de modo perceptible. Una casa apareció a través del cuerpo de ella y todo alrededor, la tierra que había conocido durante años, tomó rápidamente forma.

Otra vez, estaba allí su jardín y él mismo de pie junto a su sillón. Allí estaba el doctor Mclver, de espaldas a Slade, mirando por la

esquina de la casa. El especialista de los ojos se volvió y su rostro se iluminó al ver a Slade.

—¿Dónde se fue? —preguntó—. Volví la espalda y me encontré con que se había marchado sin decir palabra.

Slade no respondió de inmediato. El dolor de sus ojos era como fuego.

Quemaba y quemaba.

DECLARACION DEL DOCTOR MCIVER DURANTE LA AUDIENCIA

—Tuve contacto personal con Michael Slade durante un período de dos meses y medio. Una hora cada día le ayudaba en sus ejercicios oculares. Fue un proceso lento, puesto que, tras la aparente recuperación del primer día, sufrió una desusada y aguda retrogradación.

Cuando le pregunté acerca de los efectos particulares que había observado durante su breve momento de buena visión, dudó largo rato y luego denegó con la cabeza.

Al término de diez semanas, su tercer ojo tenía una visión normal de sólo 10/400. Entonces decidió tomarse unas vacaciones en su granja de Canonville, con la esperanza de que los escenarios en que transcurriera su niñez le relajaran la mente y le hicieran el efecto de una cura de reposo.

Me enteré más tarde de que había regresado a su casa, pero no le volví a ver hasta que me llamaron al depósito de cadáveres para que identificase su destrozado cuerpo.

II

¡El primer día en la granja! Claramente, hacía más fresco. Una brisa septembrina soplara por encima de los pastos cuando Slade se instaló con sus diagramas oculares. Miró al sol, ya bajo en el Oeste, porque había llegado tarde. Y suspiró. El día se estaba acabando.

Tenía que ser hoy. Aquel sentimiento era raerte en su interior. Esta tarde estaba todavía convencido de que sería fácil recordar los relajados días de su infancia en la granja. Para mañana, si fracasaba hoy, la tensión de la duda habría instalado dentro de él.

Entonces, también, hubo allí el ansioso sentimiento en lo hondo de su mente acerca de los hombres de las cavernas. Se sentía poco inclinado a aparecer dentro del alcance de un kilo de piedra de cualquier tribu primitiva. Aquí, en su pradera, ya era distinto. Era muy improbarle que cualquier habitante de aquel mundo evidentemente atrasado viviese en la vecindad.

«Lo que la mente quiere ver», pensó Slade, «será visto si está allí para que se vea». Él estaba creando condiciones en donde su mente querría ver otra vez.

Se tapó los ojos con las palmas y luego miró al diagrama con su ojo central. Podía ver la gran «C» a seis metros; la «R» y la «B» debajo eran un borrón, y las «T, F, P» un manchón gris. Como mejora, aquello era prietamente despreciable.

Volvió a hacer el juego de tapárselo con las palmas de las manos. La pupila, segur, las teorías de los especialistas oculares, era un órgano redondo, que se dilataba para la visión próxima y se aplastaba para la visión lejana. Algunos de los ensayistas voluntariamente deseaban conceder la posibilidad de que los músculos ciliares, además, cambiasen la extensión hasta formar una especie de lentes.

Pero cualquiera que fuese la explicación que estaba tras la realidad en que el sistema trabajaba, si los músculos tensaban de manera desproporcionada la visión era pobre. El hecho de que aquellos músculos fuesen controlados por la imaginación, una parte de la mente difícil de adiestrar, hacía el problema mucho más intrincado para la gente que habia utilizado gafas mucho tiempo o había sufrid: molestias oculares.

«La solución», pensó Slade, «está en mí. He de desembarazarme de todo el astigmatismo de mi ojo derecho o izquierdo, aunque mi ojo central persiste en ser astigmático, algunas veces, hasta el punto de la casi ceguera». Su problema era mental. El ojo había demostrado que

era capaz de funcionar con normalidad.

Una hora antes de la puesta del sol, su cerebro todavía se negaba a trabajar con el tercer ojo.

«Quizá», pensó Slade, «si fuese a los diversos lugares, de los cuales tengo recuerdos par-ticularmente vividos de mi infancia, sería capaz de volver a captar el estado espiritual y...»

Primero, el arroyo junto al cual se había escondido tan a menudo entre la maleza y contemplaba cómo los coches pasaban hacia sus remotas y maravillosas partes de destino.

La hierba había crecido mucho en donde él una vez la desgastó con su pequeño cuerpo. Se arrodilló y el aroma fue como un alfilerazo en su nariz. Oprimió el rostro contra la fría blandura de la hierba verde y permaneció inmóvil, dándose cuenta de su cansancio y del esfuerzo sostenido que había hecho durante los pasados meses.

«¿Soy un loco?», se preguntó. «¿He puesto a mi esposa contra mí, he roto con todos mis amigos, todo por seguir una corazonada?».

Y en realidad había visto aquel otro mundo, o era alguna clase de ilusión fantástica que su mente había experimentado durante un profundo reajuste orgánico. Eso no lo sabía.

Su estado de depresión se intensificó. El sol bajó y el crepúsculo estaba dando paso a la oscuridad cuando finalmente comenzó a volver a lo largo de la ribera del arroyo hacia el edificio de la granja.

En la oscuridad no pudo encontrar el camino y así cruzó por los pastos, tambaleándose una vez y otra, a través de los retazos más gruesos de hierba. Podía ver la luz de la ventana extrema de la granja, pero le parecía más lejana de lo que la recordaba. La primera alarma vino con aquella realización, pero no fue hasta cinco minutos más tarde cuando un miedo más indecible se apoderó de él. ¡La Cerca! Debía haber llegado a la cerca hacia largo rato.

La luz aparecía sólo a unas decenas de metros de donde se había detenido de repente.

* * *

Slade subió lentamente por la hierba. Tragó saliva con dificultad y luego pensó: «Esto es ridículo. Estoy forjándome un mundo irreal a mi alrededor... y si no reacciono a tiempo llegará a imponerse en mi pensamiento».

Pero había una sensación de vacío en la boca de su estómago mientras se esforzaba por penetrar en la intensa oscuridad que le rodeaba. No lucía la luna y las nubes debían estar bajas por encima de

su cabeza, porque ni una sola estrella se veía. La luz en la próxima estancia parpadeaba con bruma aunque también con brillante tranquilidad. No podía, sin embargo, iluminar el edificio del que venía.

Slade parpadeó al mirarla con una fascinación creciente. Su tensión, ante la idea de que podía ser probablemente que volvía a la Tierra, parecía dominarle. Después de todo, él había pensado estar aquí. Por consiguiente tendría que serle posible volver sin demasiada dificultad.

Se puso en pie y comenzó a caminar hacia delante. Al acercarse más la luz le pareció que venía del interior de una puerta. Vagamente, pudo descubrir que la puerta estaba colocada bajo un arco de metal, que sobresalía mucho. El metal relució con cierta torpeza y luego se fundió con la negrura general sin dejar ni rastro de la forma de su estructura.

Slade dudaba a unos treinta metros de la entrada. Estaba incluso más fascinado incluso de lo que lo estuvo antes, pero su deseo de investigar parecía desfallecer. «Ahora no, en esta noche oscura, en un extraño plano de existencia. Esperaré hasta la mañana». Y sin embargo, tenía la intranquila convicción de que antes del alba las tensiones se habrían reinstalado en su mente.

«Un golpe a la puerta», pensó, «una mirada dentro». Y luego salir a la oscuridad». La puerta era de metal y tan sólida que sus nudillos hicieron sólo un vago sonido. Llevaba algunas monedas de plata en el bolsillo y tintinearon con agudeza cuando las removió. Al instante, dio un paso atrás y esperó.

El silencio se hizo tremendo, como un palio cubriéndole a él. Oscuridad y silencio en la noche, en una tierra primitiva habitada por hombres de las cavernas y…

¿Y qué? Aquello no era residencia apropiada para el hombre de las cavernas. ¿Era posible que hubiese llegado a un plano terrestre enteramente separado de aquel en que vio a la chica desnuda?

Se retiró dentro de las sombras, lejos de la luz. Tambaleó, tropezó, despellejándose las espinillas. Sobre una rodilla, sintió el objeto sobre el que casi había caído. Metal. Eso le produjo un escalofrío de verdadero interés. Con precaución, oprimió el botón de su linterna eléctrica, pero no produjo luz. Slade maldijo en voz baja y palpó la cosa metálica. Eso era lo malo. Estaba dentro del terreno. Y bien sujeta.

Parecía como una rueda incluida en una caja de cualquier clase. Todavía estaba palpándola, acariciándola tentativamente, cuando

comenzó a llover. Eso le hizo buscar la espesura más próxima para hallar cobijo. Pero la lluvia se hizo más densa, hasta que finalmente el arbusto comenzó a dejar caer agua sobre él. Slade aceptó su destino se encaminó otra vez hacia la puerta, Probó el pestillo y empujó. La puerta se abrió de inmediato.

El interior estaba brillantemente iluminado, era un muy largo, alto y amplio corredor de metal mate. Cerca de unos treinta metros de distancia, el impresionante recibidor terminaba en otro pasillo que se le cruzaba. Ha-bía tres puertas a cada lado del corredor.

Las probó una tras otra. La primera daba a una habitación larga y estrecha que era toda como un brillante espejo azul. Por lo menos parecía como un espejo. Luego se dio cuenta de que las estrellas brillaban en sus profun-didades.

Slade cerró la puerta con premura. No es que sintiese miedo. Pero su mente había dudado, incapaz de interpretar lo que estaba viendo. Su comprensión de aquel mundo era demasiado precaria para que se sujetase a una indescifrable extrañeza.

Avanzó por el vestíbulo hasta la primera puerta de la izquierda. Abierta daba a una habitación larga y estrecha medio llena de cajas de mercancías una sobre otra. Algunas estaban abiertas, sus contenidos desparramados por el suelo. Instrumentos que brillaban ante sus ojos, una cantidad de diversos mecanismos de todos los tamaños. Algunas de las cajas habían sido descuidadamente apartadas a un lado, como si alguien hubiese estado buscando alguna mercancía específica.

Slade cerró aquella puerta también, turbado pero sin ninguna amenazadora tensión esta vez. Un almacén es cosa reconocible y su mente lo aceptaba sin tener necesidad de identificar lo que había en las cajas.

Las dos puertas centrales revelaron interiores idénticos. Imponentes máquinas que llegaban hasta tres cuartos de la altura del techo. A pesar de su tamaño Slade las reconoció. Durante más de un año los periódicos americanos y las revistas habían mostrado fotografías de la máquina atómica desarrollada en la Universidad de Chicago para navíos cohete. El diseño era ligeramente distinto, pero el aspecto general era inconfundible.

Slade cerró las dos puertas, con prisa. Y permaneció en el pasillo, no satisfecho con la situación. Una espacionave instalada en un páramo solitario en un plano extraño de la existencia brillantemente iluminada por dentro y con una solitaria luz fuera como un faro en la noche llamando a los vagabundos como él mismo, ofre-ciendo refugio de la oscuridad... ¿era eso realidad?

Slade lo dudaba y un sombrío presentimiento le acometió ante la posibilidad de que pudiera estar siendo transportado por una pesadilla y de la que en cualquier instante despertaría, en su cama, sudando.

Pero los instantes pasaban y no había despertar. Gradualmente, su mente aceptó el silencio, el breve pánico se desvaneció y probó la quinta puerta.

Daba a la oscuridad. Slade retrocedió apresurado. Sus ojos se acostumbraron a las sombras y al cabo de unos cuantos segundos vio la forma. Estaba apretada contra la pared más oscura y le vigilaba alerta con sus tres ojos que brillaban bajo la luz vagamente reflejada. Slade le dirigió una rápida mirada y luego su mente rehusó la visión.

De repente, la nave, la luz, se desvanecieron. Se cayó como cosa de un metro hasta la hierba de la ribera. A casi un kilómetro de distancia había una luz amarilla parpadeando. Resultó ser su propia granja.

Había vuelto a la Tierra.

Slade permaneció en la granja, indeciso. La visión de los tres ojos suyos había deteriorado este tiempo y además era un hombre muy impresionado. No podía ser la misma mujer, se dijo a sí mismo. De pie allí en las sombras de un corredor de una nave vieja, en apariencia desierta, aquella misma mujer... mirándole.

Y, sin embargo, el parecido con la desnuda muchacha de las cavernas había sido tan grande que su cerebro al instante sufrió tensión anormal. La mente le demostraba que la había reconocido, por la velocidad con que la rechazó, negando la lógica de su presencia.

La cuestión era si debería continuar sus ejercicios. Durante un mes entero caminó por los terrenos de la granja, incapaz de decidirse. Y la razón principal para su indecisión era el comprobar que su vuelta al mundo de los dos ojos no había sido en absoluto necesaria.

La visión normal era un producto de muchos factores equilibrados, no sólo mentales, sino físicos. Los músculos debilitados por las gafas o por el desuso carecían de potencia para resistir los rápidos y estremecedores impulsos de la mente. Adecuadamente fortalecidos, soportarían mucho mejor impresiones mayores de las que él había experimentado.

«Una mujer demoníaca», pensó, «de pie en las sombras de una sombría nave en una Tierra sombría». Ya no estaba seguro de que quería trasladarse a sí mismo a aquel otro plano de la existencia... en donde una mujer le percibiría a él y trataría de seducirle.

Al cabo de un mes, las primeras nieves blanquearon las laderas. Aún indeciso, Slade regresó a la ciudad.

DECLARACION DEL PROFESOR GRAY

Mi nombre es Ernest Gray y soy profesor de idiomas. Hace algún tiempo —no puedo recordar la fecha exacta— recibí la visita de Michael Slade. Parece ser que había estado en su granja y que, al regreso a su ciudad, se enteró de que, en su ausencia, una mujer con tres ojos había visitado su hogar.

Del relato que me hizo Mr. Slade, comprendí que su criado dejó entrar a la mujer dentro de la casa —ella parecía ser una persona segura de sí misma y muy dominante— y la permitió quedarse cinco días como invitada. Al final de aquel tiempo, el día antes del regreso de Mr. Slade, se fue, dejando tras ella una cantidad de discos gramofónicos y una carta. Mr. Slade me enseñó la carta. A pesar de que ha de ser presentada al jurado como prueba separada, la incluyo aquí en mi declaración para aclarar mis palabras. La carta decía lo que sigue:

«Querido Mr. Slade:

Quiero que utilice los discos gramofónicos para aprender el lenguaje de Naze. El disco clave se disolverá al cabo de unas semanas después de oírlo por primera vez, pero durante ese tiempo le habrá ayudado a alcanzar un completo dominio del nazia.

La situación en Naze es muy simple, como usted descubrirá, pero es también peligrosísima. He aquí lo que tiene usted que hacer. En cuanto haya aprendido el idioma, vaya hasta la plataforma que hay a tres kilómetros al este de la ciudad de Smailes, y aparque su coche junto a un granero abandonado a varios cientos de metros del camino, a media noche de cualquier noche.

En todas sus aventuras en Naze, tenga cuidado de Geean y de los cazadores de la ciudad.

Leear»

Cuando Mr. Slade me trajo los discos, el disco clave se había disuelto, pero tras escuchar los que quedaban soy capaz de decir sin duda alguna que su lenguaje es un fraude, con toda posibilidad, una creación artificial del agente de tres ojos para su secreta intercomunicación.

Creo ahora que una mujer de tres ojos ha aparecido, que hay más de un fenómeno triocular en el mundo. Mi primera reacción fue que el nombre, Naze, pudiera tener alguna relación con el partido Nazi, pero la pronunciación de la palabra como aparece en los discos rima con

otras voces de significado diferente.

Por desgracia el disco clave está destruido. Sin tal clave no puede haber traducción de un lenguaje que, en el último ejemplar, según mi descubrimiento, no es nada más que un producto de la imaginación de neuróticos con tres ojos.

Se me ha dicho que el cuerpo de Mr. Slade se encontró cerca de la ciudad de Smailes, a cosa de un kilómetro del granero referido en la carta de la mujer llamada Leear. Pero no sé nada de eso y ni siquiera vi el cadáver.

III

Al principio Slade permaneció sentado en el coche. Pero al acercarse la medianoche salió y examinó el granero con el rayo inquisitivo de su linterna. El interior despintado y desnudo estaba tan vacío como lo estuvo por la tarde durante el vistazo exploratorio que le había de-dicado.

El rastrojal se extendía dentro de la oscuridad más allá del rayo más lejano de la linterna. Un cuarto de luna cabalgaba por el cielo de levante y las estrellas brillaban pálidas, aunque la resultante luminosa no podía hacer visibles los alrededores de su persona.

Slade miró su reloj. Y a pesar de que sabía que la hora estaba próxima, sintió sorpresa. Las 11:55. Dentro de cinco minutos, pensó, *ella* vendrá.

No, por primera vez lamentó haber acudido. ¿Era un loco, se preguntó, por venir hasta aquí... arriesgándose en una granja abandonada, en donde sus gritos de auxilio más altos recibirían tan sólo el eco burlón de las cercanas colinas? Tenía pistola, claro, pero sabía que dudaría en emplearla.

Se sacudió a sí mismo. Ella había estado ma-lignamente acertada, ella, la llamada Leear, no fijando una fecha concreta para que él acudiera: «Cualquier» medianoche, había dicho. Debía saber que eso trabajaría y trabajaría en su mente, en la mente del único terrestre con tres ojos. Si ella hubiera fijado el día tan bien como el lugar, él podía haberse decidido en contra.

Lo indefinido anulaba su resistencia. Cada día que pasaba le traía el mismo problema: ¿Acudiría esta noche? ¿O no acudiría? Cada día, los pros y los contras, con todos sus sobre-tonos emocionales, luchaban en su mente y en su cuerpo. Y al fin decidió que ella no le habría enseñado el idioma de Naze con el propósito de hacerle daño la noche en que acudiera a la cita.

Ella se interesaba por él. Lo que ella deseaba sería algo más nuevo, excepto ser él un hombre con tres ojos, que no podría interesarse por ella. Si el hablarla esta noche le proporcionaba información, el riesgo estaría más que justificado.

Y aquí estaba ya, para bien o para mal.

Slade apartó su linterna y miró la esfera luminosa de su reloj. Una vez más, pero incluso con mayor intensidad, el escalofrío le recorrió la columna vertebral. Era exactamente medianoche.

El silencio era intenso. Ni un sonido atravesaba la noche. Había

apagado los faros de su coche. Ahora, bruscamente, le pareció que había cometido un error. Debería haberlos mantenido encendidos.

Se dirigió hacia el vehículo y entonces se detuvo. ¿Qué le pasaba? No era momento de abandonar el cobijo del granero. Retrocedió despacio hasta que su cuerpo tocó la pared. Permaneció allí jugueteando con su pistola. Espe-raba.

El sonido que le llegó casi no era sonido. El aire, que había permanecido en calma, se agitó de repente con suavidad. Pero la brisa no era normal. Venía desde arriba.

¡Desde arriba! Con un sobresalto, Slade alzó los ojos. Pero no vio nada. Ni un movimiento se podía percibir en la oscuridad, en la oscuridad azul profundo del cielo. Experimentó una emoción pariente cercana del fuego, una sensación de lo desconocido más fuerte que cualquiera que hubiese experimentado jamás, y entonces...

—Lo importante, Michael Slade —dijo la voz resonante y familiar de Leear, desde el aire, casi directamente encima de él—, es que permanezcas vivo durante las próximas veinticuatro horas mientras estés en la ciudad de Naze. Sé precavido, razonable y no hagas deducciones innecesarias acerca de lo que sabes o no sabes. Buena suerte.

Hubo un cegador fogonazo de luz desde unos cuatro metros por encima de él. Slade parpadeó y aferró su pistola. Luego permaneció tenso y miró frenético a su alrededor.

El granero había desaparecido y su coche y el rastrojal. Estaba en la calle de una ciudad. Los edificios se alzaban sombríos en su torno, formas casi espirales que subían hacia una bruma de luz violeta que medio ocultaba el cielo más allá de ella. La luz se extendía como una gran cúpula desde una espira enormemente alta en la lejanía.

Slade percibió todos aquellos detalles en un rápido vistazo. Incluso mientras miraba le llegó la comprensión de lo que le había ocurrido. Había sido transportado a la ciudad de Naze.

* * *

Al principio la calle parecía desierta, el silencio profundo. Pero entonces, rápidamente, sus sentidos comenzaron a ajustarse. Percibió un sonido vago, como si alguien hubiese susurrado algo a otra persona. Lejos, a lo largo de la calle, una figura en sombras cruzaba la calzada corriendo y se desvanecía en la oscuridad próxima a una espira.

Sorprendió a Slade con brusquedad la idea de que su posición aquí

en el centro de la calle le colocaba en desventaja. Comenzó a rebordear con precaución hacia la acera de la derecha. La calzada era desigual y por dos veces tropezó y estuvo a punto de caer. La mayor oscuridad bajo un árbol se lo tragó y apenas había llegado a ella cuando se oyó un chillido humano a unos cincuenta metros de distancia.

El sonido era enervante. Con un movimiento espasmódico, Slade se arrojó al suelo, alzando su pistola de manera simultánea. Permaneció allí muy quieto. Esperaba.

Le costó un momento a su cerebro recuperarse. Y varios segundos pasaron antes de que pudiese localizar la dirección de donde procedía lo que ahora era un ruidoso forcejeo. Gritos y gemidos y gruñidos sofocados venían de la oscuridad. Acabaron bruscamente y siguió un curioso silencio. Era como si los asaltantes se hubieran agotado con el forcejeo y estuviesen ahora descansando. O —lo más probable— que estuviesen silenciosa y ansiosamente ocupados en registrar a su víctima.

El cerebro de Slade tuvo siempre de alcanzar a sus reflejos. Su primer pensamiento tuvo una cualidad blanca y sorprendente. ¿Dónde había ido a parar? Yació quieto, apretando con fuerza su automática y al cabo de un instante le acometió un segundo pensamiento: De manera que esto era la ciudad de Naze.

Brevemente, entonces, se sintió abrumado. Pensó: «¿Cómo lo hizo ella? ¿Cómo me transfirió hasta aquí?». Recordó haber percibido un fogonazo de luz. Y al instante se halló en Naze.

Ella debía de haber usado los mismos medios mecánicos que utilizó para trasladarse a sí misma a la Tierra, al plano de la Tierra. Un instrumento, la luz, que de alguna manera afectaba el centro visual de detrás de cada ojo. Parecía no haber otra explicación lógica y aquella lógica, con la espacionave como ejemplo adicional, apuntaba hacia una ciencia altamente desarrollada, que incluía un profundo conocimiento y comprensión del sistema nervioso humano.

La cuestión era, ¿sería permanente el efecto de la luz? ¿O se desgastaría?

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por un grito de rabia.

—Danos nuestra parte de la sangre, sucio…

Las palabras fueron pronunciadas en el lenguaje de Naze y Slade las comprendió todas menos la última. Fue aquella comprensión instantánea y fácil lo que le maravilló de momento. Luego le penetró también su significado. Sangre. Parte de la sangre.

Allí tumbado, le pareció a Slade que debía haber comprendido

mal. Su duda terminó cuando otro grito, incluso más furioso, le llegó, esta vez procedente de una segunda voz:

—El ladrón tiene un recipiente de doble tamaño. Ha conseguido dos veces tanta sangre como el resto de nosotros.

Una tercera voz, evidentemente la del acusado, exclamó:

—Eso es mentira.

El hombre debió haberse dado cuenta de que su negación no sería aceptada. Rumor de pasos corriendo vinieron por la calle. Un hombre alto, jadeando, pasó como un rayo junto a Slade. Persiguiéndole y extendidos tras él, vinieron otros cuatro hombres, todos más pequeños que el primero.

Pasaron a la carga, junto al lugar en que yacía Slade, formas varoniles vagas que rápidamente se desvanecieron en la noche. Durante casi un minuto pudo oír el ruido de sus pies y hasta en una ocasión un juramento pronunciado a gritos.

El sonido se desvaneció como se había desvanecido la vista. Hubo silencio. Slade no se movió. Estaba dándose cuenta de la importancia de lo que había visto y oído. Un hombre muerto, seco de sangre, debía estar yaciendo en la calle a unas pocas decenas de metros. Comprendió: Naze, por la noche, era una ciudad de vampiros.

* * *

Un minuto, dos minutos, se arrastraron despacio. Slade pensó: «¿Pero qué se supone que tengo que hacer? ¿Para qué estoy aquí?».

Recordó lo que la mujer Leear le había dicho inmediatamente antes de que se produjera el fogonazo de luz: «Lo importante, Michael Slade, es que permanezcas vivo durante las próximas veinticuatro horas mientras estés en la ciudad de Naze».

¡Veinticuatro horas! Slade sintió un escalofrío. ¿Se esperaba que permaneciera en Naze un día y una noche enteros sin darle más instrucciones que la de permanecer vivo? ¡Ningún propósito, ningún lugar a que ir, nada excepto... esto!

Si al menos hubiera luces en las calles. Pero no pudo ver ninguna en cualquier dirección. No es que la oscuridad fuese total e impenetrable. Un brillo extraño emanaba, distinto a la luz nocturna de las ciudades de la Tierra. El cielo relucía pálido en donde la bruma violada bajaba desde la torre central y las luces parpadeaban en los huecos de las ventanas de una docena de espiras que podía ver.

Definitivamente la oscuridad no era total y en cierto modo eso podía serle una ventaja. Parecía evidente que no podría permanecer

tumbado donde estaba. Y la oscuridad ofrecía protección a un intranquilo explorador.

Se puso en pie y estaba a punto de salir de debajo del árbol cuando una mujer le llamó en voz baja desde una calle lateral:

—Mr. Slade.

Slade se quedó petrificado. Luego medio se volvió. Y entonces reconoció a la persona que le había llamado por su nombre. El alivio le dejó débil.

—¡Aquí! —susurró algo alto—. ¡Aquí!

La mujer cruzó la calle.

—Siento haberme retrasado —susurró muy bajito—, pero hay muchos buscadores de sangre extranjeros. Sígueme.

Los tres ojos de ella le miraron relucientes. Luego se volvió y se encaminó rápidamente calle arriba. Y no fue hasta que Slade marchó tras ella que la asombrosa realización le asaltara en el sentido de comprender que aquella mujer no era Leear.

Rápidos, él y su guía se adentraron en la ciudad.

* * *

Subieron por una de las más oscuras escaleras que Slade había visto en su vida, después se detuvieron ante una puerta. La chica llamó con un golpecito mesurado. Tres veces despacio, dos de prisa y luego, tras un corto intervalo, un golpecito más.

La pausa fue larga. Mientras esperaban, dijo la chica:

—Mr. Slade, queremos todos darte las gracias por haber venido... por los riesgos que corres. Haremos cuanto podamos por familiarizarte con Naze. Esperemos que esta vez la nave sea capaz de destruir la ciudad.

—¡Eh! —dijo Slade.

La exclamación pudo haberle traicionado pero en el último instante se dio cuenta del peligro de su sorpresa. Reprimió el sonido hasta dejarlo convertido en un distorsionado murmullo.

Se produjo un chasquido en la cerradura. La puerta chirrió al abrirse. La luz se vertió en el descansillo. Reveló a una mujer de fuerte constitución que se dirigía lentamente hacia una silla.

Dentro, Slade examinó lo que le rodeaba. La habitación era a la vez grande y vacía. Para su tamaño estaba escasamente amueblada. Había allí tres divanes y dos turcas, mesitas rinconeras, mesas normales, sillas y alfombras. Las cortinas podrían haber pertenecido antaño a su ex esposa Miriam.

¿Antaño? Muchísimo tiempo atrás, decidió Slade tras una segunda mirada. Parecían como si en su origen hubieran valido un alto precio. Ahora estaban cochambrosas, tanto que parecían fuera de lugar.

Slade dejó que la estancia retrocediera hasta el fondo de su cansada mente. Se adelantó y se sentó en una silla, encarándose a la anciana; pero era a la joven a quien miraba.

La muchacha se había detenido a pocos metros y estaba en pie ahora sonriéndole. Era delgada, de piel aceitunada, con una sonrisa orgullosa.

—Gracias por los riesgos que *tú* corriste —dijo Slade.

La chica sacudió la cabeza con una fácil sonrisa.

—Tendrás ganas de acostarte. Pero primero quiero que conozcas a Caldra, la Planeadora. Caldra, éste es Slade, el de la nave.

Allí estaba, definitivamente estatuido. De la nave. ¡Él, Michael Slade! Leear había dado por admitidas una gran cantidad de cosas.

La mujer mayor le miraba con ojos extraños y lentos. La impresión de lentitud era tan distinguible que Slade la miró con agudeza por primera vez. Sus ojos eran del color del plomo, su rostro incoloro, pastoso, innatural. Apagadamente, casi sin vida, ella le miró. Y dijo con una voz espaciosa y muerta:

—Mr. Slade, es un placer.

No era un placer para Slade. Tenía que hacer un esfuerzo para evitar que su expresión mostrara la repulsión que sentía Una vez, quizás dos veces, antes en su vida, la gente le había afectado de aquel modo, pero nunca aquella o aquellas otras personas podían competir con esta criatura en la desagradable sensación que le inspiraba.

Tiroides retrasada, analizó. La identificación hizo que la presencia de la anciana fuese más paladeable para su alma. Libertó su mente. Recordó lo que la chica le había llamado. Su cerebro se detuvo. Caldra, La Planeadora.

Se relajó despacio e hizo una concesión consciente. Ella podía ser buena planeando. Los cerebros lentos eran capaces de calar muy hondo en los problemas.

Su interés comenzó a naufragar. La tensión de sus experiencias gravitó de súbito sobre él. En su adolescencia había sido un pájaro nocturno, un asiduo visitante de clubs y bares de noche. A los treinta empezó a irse a la cama a las diez de la noche, para disgusto de Miriam. Las doce solían darle bostezando y soñoliento. Y allí estaba —miró su reloj— la una menos cinco. Miró a la chica. Dijo:

—Acepto gustoso esa cama.

Mientras la muchacha le conducía hacia la puerta del pasillo, la

anciana musitó:

—Las cosas van tomando forma. Pronto, la hora de la decisión estará sobre nosotros. —Sólo cuando Slade salió por la puerta dijo ella algo más con la débil sugerencia de una carcajada. Sonó a algo así como:

—No te le acerques, Amor. Yo también lo he notado.

Las palabras no parecían tener significado. Pero se sintió sorprendido al notar que cuando la muchacha le abrió el dormitorio su color había subido.

Pero todo lo que ella dijo fue:

—Aquí estarás razonablemente seguro. Hay un grupo numeroso de nosotros que cree en la destrucción de Naze y ésta es nuestra atalaya de la ciudad.

A pesar de su cansancio una excitación creciente le mantuvo despierto. Slade había estado demasiado tenso para darse cuenta de su situación. Los pensamientos que le habían acometido eran simplemente los primeros despliegues de su mente. Pero ahora, en la cama, relajándose lentamente percibió lo tremendo que estaba ocurriendo.

Se hallaba en Naze. Fuera de las paredes de aquel edificio había una ciudad fantástica en otro plano de la existencia. Y mañana vería aquella ciudad en toda su esencia extraña. ¡Mañana!

Se durmió.

IV

Naze vista bajo el brillante sol de la mañana era un espectáculo deprimente. Slade caminó junto con Amor a lo largo de una amplia calle. Una ciudad cochambrosa, pensó, apenado. ¡Y vieja, oh, vieja!

La noche anterior se había dado cuenta de que Naze era antigua y decadente. Pero no había podido captar la expresión del desastre que había caído sobre la ciudad. Los edificios que vio parecían más viejos de cuanto pudiera imaginarse. Quinientos, quizá incluso mil años habían gravitado por allí desde que las casas fueron construidas.

Durante cientos de miles de días y noches, la ciudad había girado bajo su sol. Sus calles y aceras soportaban la carga de vivir diario. Los extrañísimos materiales de construcción no podían por menos que estar desgastados después de tal lapso. Y lo estaban.

Las aceras eran casi escombros uniformes, con sólo de trecho en trecho un retazo de lisa dureza para mostrar cómo habían sido originalmente. Las calles estaban algo mejor, pero, ellas, también, estaban cubiertas de polvo acu-mulado por las presiones que se habían ejercido sobre ellas.

Por ninguna parte se veía un solo vehículo, sólo gente, gente y más gente. Con toda evidencia, las máquinas de ruedas hacía tiempo que estaban inutilizadas.

¿Qué había ocurrido? ¿Qué podía haber ocurrido? Allí había, claro, la guerra entre la ciudad y la nave... ¿pero por qué? Se había medio vuelto a la chica para hacerle la pregunta, cuando bruscamente recordó que sería poco prudente demostrar ignorancia. Leear se lo había advertido.

La ciudad que le rodeaba, tan evidente como una reliquia de una cultura antigua, arrastraba la fiebre de hacer fuego arrebatándoselo a él. Nunca, en ninguna parte, había visto tantas personas en las calles de una me-trópoli. Con esta diferencia. Tres personas no iban a ningún lugar. Hombres y mujeres se sentaban en las cunetas, en las aceras y en las calzadas. Parecían no reparar en los individuos que pasaban junto a ellos. Se sentaban, mirando vagamente a la nada. La indolencia de aquello era algo terrible para ser visto.

Un pordiosero acomodó su paso junto a Slade. Extendió una taza metálica.

—Unas pocas gotas de su sangre, señor —suplicó—. Le rajaré la garganta si no me las da.

El látigo de Amor restalló y golpeó al mendigo en la cara. El golpe

provocó una hinchazón en el rostro del hombre. La sangre salió de la herida.

—¡Bébete tu propia sangre! —le espetó la muchacha.

El color de ella era subido, se dio cuenta Slade que su rostro estaba contorsionado con un odio casi antinatural.

—Esas bestias —dijo en voz baja e intensa—, por la noche van por las calles en pandilla y atacan a cualquiera que se les cruza. Pero, claro... —se interrumpió—, tú ya lo sabes.

Slade no hizo ningún comentario. Es verdad que sabía lo de las pandillas nocturnas, pero lo que él no sabía podría llenar un libro.

La continuada realidad arrancó de su mente cada problema personal. Las calles bullían de gente que no tenía nada que hacer. Y de nuevo, y de nuevo, y de nuevo, los dedos tiraron de las mangas de Slade y ávidas voces suplicaron:

—Su sangre es fuerte, señor. Puede prescindir un poco de ella, o si no...

A menudo y a menudo era el rostro de una mujer la que le suplicaba.

Slade permanecía en silencio. Estaba tan apesadumbrado que sólo con dificultad hubiera podido hablar. Miraba por cada calle lateral a la que pasaban, todas hirviendo de seres convertidos en sanguijuelas. Y vio por primera vez en su vida cuán profunda depravación era la que podía alcanzar el ser humano.

La ciudad podía no continuar existiendo. Estaba claro ahora por qué Leear le había tentado para que fuese a la urbe. Ella quería verle y ella podía creer que la actualidad acabaría con cualesquiera dudas de su mente. Dudas, por ejemplo, acerca de las razones, de las condiciones inconmensurablemente horribles... incuestionablemente debidas a la guerra entre la nave y la ciudad. Comprender el origen de una plaga era cosa secundaria.

La plaga en sí misma debería ser barrida.

No tenía dudas; tan grande era su horror. Se sintió enfermo con un desmayo absoluto. Esto, pensó, ocurriendo día tras día, año tras año, a través de siglos. No debe ser. La chica le estaba hablando:

—Durante cierto tiempo creíamos que si podíamos separarles de las tazas quimicalizadas, podríamos acabar con la locura sanguinaria. Pero...

Se detuvo; se encogió de hombros, acabó:

—Claro que tú sabes todo eso. Excepto en casos raros, la depravación sólo se hunde en nuevas profundidades; ésa no tiene fin.

No había nada que decir en contra. Era fácil ver que éste no saber

todo aquello iba a ser una desventaja para la comprensión de los detalles del infierno, o necesitaba en realidad, sin embargo, los detalles; el infierno visible era bastante.

¡Acabar con él! ¡Destruirlo! Ayudar al navio si podía, ayudar a esos quintacolumnistas. Pero destruir Naze.

Se sintió más calmado. Analizó las palabras de ella. ¡Tazas quimicalizadas! Entonces no era la sangre en sí, sino algo químico en el metal de la taza, lo que lo hacía tan tóxicamente atractivo.

Quitarles la taza, en apariencia habría canalizado la apetencia en algo peor. ¿Qué? Bueno, se suponía que él debería saberlo.

Slade sonrió cansino.

—Volvamos —dijo—. Ya tengo bastante por hoy.

La primera parte del almuerzo fue consumida en silencio. Slade comió, pensando en la ciudad, en la nave y en los hombres de las cavernas y en su propia parte en el asunto. En cierto modo, sabía ahora la esencia de la situación. Había visto a la nave y estaba viendo a la ciudad.

La cuestión era saber ¿qué era precisamente lo que se suponía que tenía que hacer? De pronto comprendió que Caldra estaba a punto de hablar.

La mujer dejó su tenedor. Aquel solo movimiento requirió muchos segundos. Luego alzó la cabeza. Le pareció a Slade que les costaba a sus ojos un tiempo poco natural para enfocarle a él.

El paso siguiente fue todavía más prolongado. Abrió la boca, permaneció sentado considerando su primera frase y por último comenzó a articular las sílabas. Tras un período que parecía más largo de lo que fue en realidad, ella dijo:

—Esta noche atacaremos el palacio central de Geean. Nuestras fuerzas pueden garantizar meterte en el nivel fortificado como se acordó. El aparato que pidió Leear está ya allí, dispuesto para llevarte por la ventana, de modo que puedas tú enfocar tu desconjuntador en los controles de la barrera. Tú sin duda oíste por ti mismo cuándo se ha visto esta mañana que ellos están localizados cerca del nivel noveno.

»Presumimos, claro, que la nave entrará en el momento en que la barrera se baje.

Mucho antes de que sus medidas palabras llegasen a su fin, Slade había captado su importancia. Permaneció inmóvil, sentado, los ojos semicerrados, asombrado. Esta noche. Pero eso era ridículo. Él no podía esperar que se produjese un ataque tan ciego como aquél.

Su opinión de Leear cayó un millón de kilómetros. ¿Qué era un

desconjuntador, de todas maneras? Seguramente, no esperaba aprender cómo operaba un mecanismo intrincado durante el calor de la batalla. Su consternación alcanzó la cumbre cuando Caldra se sumió en el silencio, iluminándose expectante. Amor, también, vio él, lo estaba contemplando con ansiosa anticipación.

Slade entreabrió los labios y luego los volvió a cerrar, cuando otra realización, mayor todavía, le asaltó. La realización de que se le había dado una cantidad inmensa de información. Todo era una implicación, pero el importe era inconfundible.

La bruma de luz que había visto la noche anterior, radiando desde el rascacielos, desde la torre central del rascacielos —y que recordó de repente que había sido vagamente visible durante su paseo mañanero como una débil niebla—, eso era la barrera. ¿Qué clase de barrera? En apariencia, una barrera lo bastante fuerte como para mantener a la espacionave a raya. Una barrera de potentes energías más allá de cualquiera de las concebibles en la Tierra.

Pero eso significaba que la ciudad estaba sitiada y —a juzgar por el decaimiento— que lo había estado desde cientos de años.

La mente de Slade se asentó.

«Esto —se dijo a sí mismo—, es ridículo. ¿Cómo vivirían? ¿De dónde iban a sacar su comida? No es posible que puedan vivir sólo de la sangre de unos y de otros.»

Miró a su plato, pero allí quedaba bien poco. El remanente parecía como vegetal, a pesar de que estaba cubierto por una salsa espesa que ocultaba los detalles. Alzó la vista, una pregunta acerca del alimento temblaba en su garganta, y se dio cuenta de que no era tiempo para tales cosas. Si iba a tener que prevenir un desastre mayor, sería mejor decir algo y de prisa. Antes de que pudiese hablar, Amor dijo:

—Si un ataque es descubierto por sorpresa y —sonrió con salvaje excitación— ¡todo acabado!

Durante un momento, el juego de nociones a través del rostro de ella atrajo la atención de Slade. Ella era toda una criatura mortífera, una chica alta que portaba un látigo para los vampiros de Naze. Era, claro, la vieja historia del medio ambiente. La mente se conformaba con su clima físico y en compensación daba forma al cuerpo y a la expresión del rostro y ajustaba de prisa las capacidades de los sentidos.

Por primera vez comprendió que, si él se había trasladado a sí mismo a este plano de la tierra, había aquí un ejemplar de la clase de chica con la que eventualmente se casaría. La miró con interés, preparado para proseguir el pensamiento más allá. Y entonces, una

vez más se dio cuenta de que su mente estaba forcejeando por escapar de sus problemas únicamente inmediatos, del ataque. ¡Esta noche! Dijo:

—Siento tener que deciros que la nave no estará aquí esta noche.

Amor se puso en pie, los ojos desorbitados.

—¡Pero todos nuestros planes! —carraspeó.

Parecía abrumada. Se sentó. Junto a ella, Caldra salió de su estupor y demostró que finalmente las palabras de Slade le habían penetrado.

—¡Sin navío!

—La nave tenía que hacer una señal esta mañana —dijo Slade. Sintió como si estuviera sudando, pero era una sensación mental, no física. Prosiguió—: No hubo ninguna señal.

No era cosa mala, se dio cuenta, para salir del paso. Se relajó, a pesar de no haber resuelto su problema básico. Contempló a Amor encaminarse hacia la puerta. Ella se detuvo en el umbral.

—Tengo que cancelar el ataque.

La puerta se cerró con estrépito tras ella, dejando, después de un momento, el silencio.

Al no regresar Amor, Caldra y Slade cenaron un poco, antes de oscurecer.

Era tarde cuando volvió Amor. Se dejó caer en su silla y comenzó a picotear ausente la comida que Caldra puso ante ella. Varias veces Slade la pilló husmeándole por debajo de las pestañas con mirada calculadora. Y con alguna otra cosa más. No pudo por completo decidir el qué.

Slade determinó no dejar que eso le conturbara. Caminó hasta el gran ventanal de la sala de estar. Se dio cuenta de que Amor se le unió al cabo de un rato, pero ella no dijo nada; y así él, también, conservó su paz. Miró a Naze.

Sombreada Naze, envuelta en la noche. Vista desde la ventana espiral, la ciudad erraba tranquilamente en la oscuridad. Casi parecía resbalar en las sombras que reptaban desde el este. Slade miró y miró. Por último, excepto las luces parpadeantes y la casi invisible barrera, la oscuridad fue completa.

Le sobrevinieron las comprensiones: la suya era seguramente la más extraña aventura de la historia del sistema nervioso humano. Nacido en un barrio del oeste de los Estados Unidos, criado en una granja, triunfando rápidamente como agente comercial en una ciudad occidental. ¡Y ahora aquí! Aquí en esta sombría y subyugada ciudad de un planeta cuya civilización estaba en un trance desesperado.

Sin embargo, no era un planeta extraño; simplemente, otro plano revelado a su cerebro y cuerpo porque tenía tres ojos en lugar de dos.

El escalofrío de la excitación que sobrevino tenía relación con su compañera. Ella permaneció a su lado, una mujer de aquel mundo, joven y fuerte, quizás aún virgen por no haber conocido a ningún varón.

Era posible. Estaba seguro de eso. El estado matrimonial era casi algo sin significado bajo las presentes condiciones.

Hubo tiempo en que concedió seria atención al asunto de las mujeres. Ahora, él era una fácil presa. Durante la tarde había pensado en Amor de un modo muy posesivo y su anterior comprensión —que si se quedaba, tendría que casarse con una chica de este mundo— se había agudizado.

Era posible que hubiese otras mujeres en este plano de existencia más atractivas que ella, pero estarían muy lejos.

—Amor —dijo Slade.

No recibe respuesta.

—Amor, ¿qué planeáis hacer después?

La chica se agitó.

—Viviré en una caverna, claro. Y eso es lo que deberíamos hacer todos.

Slade dudaba, arrancado de su línea de aproximación por las simplificaciones de las palabras de ella... ¡Deberíamos hacerlo todos! ¿Por qué? No se le había ocurrido antes de que Amor y su grupo aceptasen la idea de una existencia primitiva.

Recordó que, en cierto modo, estaba tratando de conquistar a una chica.

—Amor.

—Slade.

Ella pareció no haberle oído, porque su tono no era el de respuesta y demostraba no darse cuenta de que él le había hablado.

—¿Qué pasa? —dijo Slade.

—Eso puede que te suene terrible, pero antaño fui bebedora de sangre.

Parecía una confesión fútil. Al principio no causó ninguna imagen mental; las palabras por sí mismas, sin embargo,, le hicieron sentirse intranquilo.

—Y también lo fue Caldra. Y todo el mundo. No creo que exagero. Nunca ha habido nada como eso.

Una imagen comenzó a formarse. Y pensamientos. Slade se pasó la lengua por sus labios secos de repente, lleno de repulsión.

Y todavía no tenía idea de lo que ella quería decirle.

—Fue más fácil para mí romper con eso —dijo la muchacha—, y al decir romper… hasta hoy… hasta anoche. Slade —su voz era muy fina —, tú tienes sangre fuerte. Lo he notado todo el día.

Bruscamente, él supo a dónde se encaminaba ella. Pensó en los hombres y mujeres a quien Amor había azotado con su látigo por la mañana. De modo retorcido, esos golpes habían sido dirigidos a la propia ansia de la muchacha.

—No puedes imaginarte —le estaba diciendo Amor— qué impresión causó a Caldra y a mí el que dijeses que el ataque no iba a ser esta noche. Eso significaba que por lo menos estarías cerca otro día más. Slade, eso fue terri-blemente poco limpio. Leear conocía nuestra situación muy bien.

La repulsión era cada vez mayor. Le parecía a Slade que en cualquier momento sentiría asco.

—Tú quieres algo de mi sangre —dijo en voz baja.

—Sólo un poquito. —El tono de ella tenía un debilísimo rechinar. Lo bastante como para formar una imagen vivida de ella suplicando por las calles. Slade se sintió asqueado, mentalmente.

Se le ocurrió que no tenía propósito de hacer ninguna observación. Pero había pasado emocionalmente aquel estado de sentido común. Aquélla era una muchacha a quien estuvo tentado de ofrecer matrimonio.

—Y tú eras una de las que utilizaron un látigo contra los demás esta mañana —dijo con voz áspera.

En la oscuridad de la habitación, percibió la aguda represión del aliento de ella. Hubo un largo silencio. Entonces la muchacha se volvió y su cuerpo era esbelto, una sombra bien formada que desaparecía en un pasillo hacia su dormitorio.

Y así aquella noche que iba a ser larga comenzó.

V

Tras varias horas, Slade seguía sin dormirse. Se había portado mal con alguien a quien gustaba y eso era conturbador.

Ella le había casi rescatado de la muerte, restaurándole la salud; y, seguro, seguramente, él podría prescindir de un poco de su sangre. Entre toda la gente de aquella fantástica ciudad, ella y su grupo habían luchado duro contra la degradación que había destruido el alma de Naze.

Tuvo que haber sido una lucha capaz de conmover a los mismísimos dioses. Pero él no había participado. Él, el supermoralista Michael Slade, el hombre perfecto, había lanzado sus piedras y había causado dolor.

Actualmente, la verdadera explicación era peor que eso, enraizada como estaba en sus propios deseos físicos. Y, además, era posible que su sangre hiciese sentirse más fuerte a las personas que repararan en tal cosa.

Por la mañana daría a Amor y a Caldra media copa de sangre. Y entonces, de alguna manera, saldría de aquella ciudad y volvería a la Tierra si era posible, pero de todos modos, fuera como fuera, saldría. Ya era más de medianoche y, por tanto, claro, que al final del período de veinticuatro horas, que Leear había mencionado, no regresaría automáticamente a la proximidad de su coche, cerca de la ciudad de Smailes.

¿Por qué, si no significaba nada, había ella pensando todavía en eso. Y se despertó dándose cuenta de que había alguien en la habitación.

Permaneció rígido, tratando de perforar la oscuridad. El miedo que le oprimía era el antiguo miedo de un hombre en un país hostil y que se sabe acechado en la oscuridad. Sus esforzados ojos captaron el movimiento de una figura que se silueteaba contra la pared.

Una mujer. Amor. La identificación le causó cierta piedad.

¡Pobre chica! Qué hambre más mortífera era aquel deseo de sangre. De manera turbia en lo hondo de su mente tuvo el deseo de probar una copa de su propia sangre. Pero ella, viniendo en tan desesperadas circunstancias, acabó con el propósito. Él era sólo un ser humano normal. No podía permitirse el lujo de dejarse prender en los lazos de tan potente droga.

Hizo un esfuerzo para sentarse. Y no pudo. Estaba sujeto por ligaduras.

Permaneció acostado, el primer enojo aguzó su genio. Estaba muy bien sentir lástima de ella, pero aquello era, por parte de la muchacha, actuar demasiado duramente.

Separó los labios para decir algo cáustico. Pero no lo dijo. Recordó que la muchacha estaba en mal estado. La dejaría tomarse su sangre.

No diría una palabra. Por la mañana pretendería que nada había ocurrido. La decisión le produjo una satisfacción temporal.

En la oscuridad continuó el vago movimiento. La chica no parecía tener prisa. Sólo cuando la impaciencia de Slade llegó hasta el punto máximo, una fina aguja de luz apuntó a su brazo izquierdo. Casi simultáneamente una mano apareció a la vista. Portaba una jeringuilla, cuya aguja insertó diestramente en la vena más grande visible. Slade miraba, interesado, mientras la sangre subía oscura dentro del cuerpo transparente del instrumento.

Los segundos pasaban y la ávida aguja le iba succionando. Slade pensó en lo fantasmal de lo que le estaba ocurriendo, un terrestre en un mundo extraño siendo sangrado por una apetecible muchacha vampiro en la secreta muerte de la noche. La imagen se desvaneció al pasar los segundos, los demasiado segundos. Slade dijo con suavidad:

—¿No crees que ya es bastante?

* * *

Durante varios momentos después de sus palabras, que rompieron el silencio, la jeringuilla permaneció quieta y no hubo el menor sonido. Por último, la mano y la jeringuilla se sacudieron ligeramente sorprendidas.

Fue el lapso entre sus palabras y la reacción de ella lo que hizo primero que Slade comprendiese la verdad. Su mirada se clavó con fijeza en la mano que sujetaba el instrumento. Era difícil verla por los reflejos de aquella es-trecha faja de luz. Pero era visible. Y reconocible.

Se trataba de una mano de mujer. Slade suspiró al mirarla. Allí estaba una prueba más de que la mente crea sus propias ilusiones. El que había tenido tantísima experiencia con la realidad, cuya mera presencia en el universo de los tres ojos era una evidencia vivida de la im-portancia de la mente sobre la materia, aún continuaba siendo engañado.

Su mente había saltado a la conclusión de que era Amor quien había entrado en la habitación. Cuando minutos antes la mano apareció a la luz por primera vez, no se había dado cuenta de ninguna

cosa fuera de lo corriente. Ahora sí se la daba.

Era una mano femenina, de acuerdo, pero bastante ajada. Y sin ninguna apariencia joven en absoluto. Cómo había podido confundirla incluso a la luz reflejada, era un verdadero problema.

Aquélla era Caldra, la misteriosa; Caldra, la planeadora; Caldra quien, en apariencia, estaba ahora reforzando de prisa su sangre vieja. Slade comprendió que estaba participando en una tragedia personal. Una mujer cuya ansia o afición a la sangre antaño casi la había destruido, estaba bebiendo otra vez sangre.

Se daba cuenta de que retiraban la jeringuilla de su brazo. La luz se apagó. Una pausa. El sonido del espeso líquido cayendo en el interior de un recipiente se oyó después y luego una vez más silencio.

Slade se imaginó a la mano alzando lentamente la copa hasta los temblorosos labios. Su cálculo del tiempo que perfecto. Cuando su imagen mental se representó a la mano llegando a los labios, oyó un rumor audible de tragar.

El sonido dio asco a Slade. Pero también compasión. La emoción murió, mientras unos dedos tocaron la cama. Pensó con el ceño fruncido: «¿Todavía más?».

Pero fueron las ligaduras que aflojaron la presión constrictiva ejercida sobre su pecho y brazos. Las pisadas sonaron dirigiéndose hacia la puerta, que se cerró suavemente.

El silencio se estableció. Al cabo de poco, Slade se durmió. Cuando despertó, una gran zarpa le oprimía la boca, y una bestia tan grande como un oso, pero con singulares rasgos gatunos, se vencía sobre él. Su cuerpo grande, peludo y fuerte estaba iluminado por una luz sostenida por hombres de uniforme.

Otros hombres uniformados sujetaban los brazos de Slade y también las piernas. Y tuvo la desalentadora visión fugaz de aún más hombres en el pasillo exterior del dormitorio.

La gran zarpa del animal se retiró de su cara. Le levantaron y le transportaron. Había una luz en la sala de estar. Vio a Caldra yaciendo boca abajo en el suelo, un cuchillo hundido hasta el mango en su espalda.

Slade sintió una horrible sensación de vacío. ¡Amor! ¿Qué había sido de Amor?

Pudo ser aquel pensamiento la causa originaria. Debajo de él el suelo se disolvió como si estuviera hecho con nada. Cayó unos cuatro metros y el golpe fue duro. Permaneció atontado más de un minuto antes de que le llegase la comprensión.

Se levantó despacio, arañándose las manos en las tiesas espigas de

un campo de trigo. A cosa de tres kilómetros al oeste las luces de la ciudad de Smailes tachonaban el cielo nocturno. Slade asentó primero los pies con firmeza y se encaminó al granero donde había dejado su coche. Todavía estaba allí, silencioso y sin luces.

Esperó unos pocos minutos, pero allí no había ni rastro de Leear. A pesar de que estaba cansado, condujo todo el resto de la noche y parte de la mañana siguiente. Eran las once del día cuando embocó finalmente su sendero particular.

En el buzón había una carta, con la escritura familiar y masculina de Leear. Slade frunció el ceño, después, con resolución, rasgó el sobre. Leyó:

«Querido Michael Slade:

Ahora ya sabe. Ha visto Naze. Usted debe haberse preguntado por qué nada ha ocurrido al término exacto de las veinticuatro horas. Nada podía Ocurrir hasta después de ese tiempo y entonces sólo si usted recibía una impresión suficientemente fuerte.

Esta impresión, claro, fue proporcionada cuando una de las mujeres entró y atentó contra usted para obtener algo de su sangre. Es lamentable haber tenido que forzar tal situación, pero no había otra alternativa.

Fue desafortunado, también, que yo tuviera que dejar pensar al grupo de Naze que habría un ataque. Ellos no tienen concepto formado de la clase de hombre con quien luchan. Contra el inmortal Geean, cualquier plan de ellos fracasaría automáticamente. Su incapacidad para comprender la naturaleza y fuerza del enemigo queda demostrada por el hecho de que aceptaron sin pregunta alguna que la barrera podría ser destruida por un ataque con cierto llamado desconjuntador sobre una protu-berancia en el piso noveno de la torre central de Geean.

No hay tal instrumento desconjuntador y la protuberancia de la torre es un radiador. Geean nunca será derrotado excepto con un ataque al corazón de su fortaleza. Tal ataque no puede hacerse sin su ayuda y en esta ocasión usted debe venir por sí mismo, ya que el dispositivo que utilicé junto al granero tiene sólo efectos temporales.

No espere demasiado.

Leear»

* * *

Durante el día, leyó y permaneció dentro de los límites de su

jardín. Por la noche, con el sombrero encasquetado sobre su tercer ojo, la cabeza baja dentro del cuello alzado de su abrigo, paseó por las calles heladas. Lentamente, la fiebre le abandonó y él fue cambiando hasta que su actitud se hizo sardónicamente ceñuda ante lo que le había ocurrido.

—¡No estoy hecho de la madera de que se hacen los héroes! —decidió—. Y no tengo el menor deseo de que me maten en la guerra entre Naze y la nave.

Se había ajustado mejor a la idea de permanecer en esta tierra.

Aquella semidecisión hizo posible para él considerar la carta de Leear desde un punto de vista menos emocional que cuando la leyó por primera vez. Releerla al cabo de tres semanas era incluso más interesante de lo que se había esperado, ahora que sus labios no se crispaban de cólera ante el modo implacable con que Leear le había precipitado en Naze y así, tan perversamente, causado la muerte de Amor y Caldra.

La carta era básicamente menos irritante de lo que se había pensado. Y ella ciertamente carecía del tono imperativo que él, sin saber por qué, esperaba de aquella mujer. Además, la franca admisión de Leear de que su ayuda era necesaria, ablandaba a Slade sobremanera.

Se sentía complacido vagamente, también, de que ella le hubiese subestimado. El análisis de Leear por la clase de impresión que le devolvería a la Tierra había estado equivocado. El venir Caldra a por sangre apenas le alborotó los nervios. Y le fue necesario ver el cuerpo muerto de la anciana y formarse una imagen mental de Amor, asesinada de manera similar, para sentirse afectado.

Después de tres semanas, se sintió inmune a las impresiones. Caldra y Amor empezaron a parecerle sólo como irreales, como fragmentos de un sueño. Slade sabía que tendría que pasar mucho tiempo y recorrer mucho camino antes de olvidarlo todo. Pero Slade sabía también que el camino recorrido le había sacado de un peligroso estado mental porque podía pensar en Amor y experimentar una vivida ironía al recordar su impulso de pedirla que se casara con él.

No sentía desdén por las emociones involucradas. Eran básicas para el ser humano y le sorprendió que pudiese ser una idea rotunda el casarse de nuevo aquí en la Tierra. Si podía convencer a Miriam que viniese a vivir de nuevo con él, eso sería un acto decisivo que no podría verse subrogado por ningún impulso súbito de salir corriendo a otro plano de existencia.

Debía reanudar viejas relaciones, volver a una normal existencia

terrestre.

Pero, era más fácil decirlo que hacerlo. Una noche, mientras estaba planeando el adecuado acercamiento a Miriam, se encontró con dos amigos de sus días comerciales. Le saludaron con la cabeza y apresuraron el paso, y se detuvieron cuando él se volvió y los llamó. La conversación que siguió fue uno de esos asuntos horribles y embarazosos que ocurren cuando las personas se encuentran violentas, pero Slade era insistente. Le parecía a él, en su confuso estado mental, que si iba a vivir en la Tierra tenía que tener amigos y esposa. Esos eran lazos de concomitancia con una existencia sana y Slade sabía muy bien que nada podría intentar si no contaba con ellos.

Slade no disfrutó de la conversación más que sus dos amigos. Por turno se mostraron intranquilos, bromistas, infelizmente silenciosos, con ansia de ofrecer información y por último se marcharon apresurados diciendo: «Me alegro de verte, Mike, pero se nos hace tarde para un com-promiso. Hasta la vista».

Slade se dirigió a su casa con los labios curvados irónicamente, pero con un vago escalofrío en su columna vertebral. Entre otras cosas se había enterado de que Miriam desde hacía varios meses tenía un «nuevo» novio y en aquel hecho había algo extrañamente final. Era como si de manera inexorable se le cerrara la última ruta por donde escapar.

No cedió tan fácil. Telefoneó a Miriam al día siguiente y al otro y durante cada día de la semana que siguió. En todas las ocasiones su doncella le dijo:

—¿Quién llama? —y luego—: Miss Crenshaw no desea hablar con usted.

Slade la escribió una carta en la que le decía: «Después de todo, puedo llevar el ojo tapado con una piel artificial». Completó la carta con una visita personal. Pero Miriam había «salido».

Era un caso insoluble. Particularmente, cuando al día siguiente le visitó un detective y le pidió que dejase de «perseguir» a su antigua esposa. El policía quedó impresionado por la hermosura de la residencia, pero era un hombre que sabía su obligación.

—Comprenda. Hemos recibido una queja. Si las cosas continúan así, tendremos que entrar en acción, ¿entendido?

Slade sí lo entendió. Su pequeño sueño estaba destrozado.

DECLARACION DE WILFRED STANTON DURANTE LA AUDIENCIA

Hace cinco años que Michael Slade me empleó por primera vez

como criado. Estuve con él, excepto unas breves vacaciones, todo el pasado año.

Mi señor estuvo fuera de casa varias veces durante ese período. Después de cada ausencia de esas parecía hallarse en estado de trastorno o excitación, pero no me hizo objeto nunca de sus confesiones. Antes de su partida final, advertí en él un aire nuevo de decisión, como si por último hubiera tomado una determinación acerca de algo que le había estado manteniendo en la incertidumbre. Se compró otra pistola automática, que hacía juego con la que ya tenía, y una considerable cantidad de municiones para ambas armas. También adquirió otras cosas, pero no vi lo que había dentro de los paquetes que llegaron para él. Leyó casi de manera continua. Recuerdo que un libro trataba de metalurgia, otro era un volumen de física y un tercero era acerca de nuevas naves cohete.

Todo este tiempo, también, estuvo sentado en el jardín con sus diagramas ópticos. Lo que tenían de extraordinario estos ejercicios era que él vestía un conjunto de cazador ligero y fuerte hecho con materiales impermeables y confeccionado por mi propio señor. Además, portaba dos automáticas, un cuchillo de caza y municiones. Sus bolsillos también parecían atiborrados, pero no sé lo que había dentro de ellos.

Mr. Slade se apercibía de que yo me daba cuenta de tantas cosas fuera de lo corriente y mi ansiedad parecía divertirle. Un día me dijo que no me alarmara si se marchaba sin previo aviso.

Fue el día anterior al que le avisé para que almorzara y vi que se había marchado. Su desaparición tenía de raro el que la silla y los diagramas estaban precisamente donde él los había dejado y lo particularmente extraño era que había nieve en el suelo y debería haber sido visibles sus huellas conduciendo hacia la salida del jardín. Pero no vi la menor pisada que indicase su marcha.

Sólo puedo añadir que no me sorprendió enteramente que el cuerpo de Mr. Slade fuera descubierto la semana pasada a trescientos kilómetros de aquí. Evidentemente, él estaba esperando que ocurriese algo. Y ocurrió.

VI

El cambio esta vez fue como el chasquido del obturador de una cámara fotográfica. Notó como sus ojos trabajaban, luego su casa se desvaneció y después...

Llovía, una cálida pero densa lluvia. El agua caía sobre el marjal cercano a las cuevas en una multitud de gruesas gotas, como millones de diminutos cuchillos cortando la superficie. Bajo aquella nebulosa cortina de agua, el panorama parecía más salvaje, menos civilizado. Su mismísima verdor lujuriosa lo hacía primitivo, pero el verde estaba allí, ornamental y retozante.

Slade, que había comenzado a meditar el problema de la lluvia en un plano de existencia, y de la nieve, en otro, bajo el mismo sol, sintió un cálido y húmedo reguero de agua correr por dentro del cuello de su traje impermeable. No le molestó, pero apartó su mente del porqué de la lluvia. ¿Avanzó de manera automática bajo la rama sobresaliente de un árbol cercano y desde aquel incierto cobijo —el agua caía de dicha rama— miró hacia el ribazo.

Parte de la excitación murió en él. La colina parecía sin vida. Todas las hogueras estaban apagadas y no se veía ningún ser humano. Era la lluvia, claro. Estaría dentro de las cuevas.

Puesto que no tenía intención de trepar hasta la cornisa o ribazo sin haber antes descubierto —lanzas y cuchillos podían relampaguear precisamente un poco demasiado de prisa si le sorprendían en las cuevas— su problema era encontrar cobijo. Se construyó una tosca casa con ramas muertas techada con enormes y frondosas hojas. Luego reunió un grueso colchón de hojas muertas y húmedas y se sintió agradablemente sorprendido al descubrir que el suelo de abajo estaba confortablemente seco.

Durmió como un tronco durante toda la tarde y noche. Bien entrada ésta estuvo despierto largo rato. Poco antes de volverse a dormir por fin, pensó con viveza: «tendré que despertar antes que ellos».

Cuando abrió los ojos, el sol brillaba en un cielo azul. Y varios hombres con tres ojos se arrodillaban en torno al extremo abierto de su cobijo. Más allá de ellos había otros hombres y todavía más al fondo, mujeres y niños.

Muy despacio, Slade se sentó. Apartó a un lado las hojas que le cubrían y se puso en pie, pero eso también fue un movimiento automático. El pensamiento convulsivo le sobrevino de que el esfuerzo

dentro de su cabeza y en sus músculos produciría tensiones orgánicas lo bastante fuertes como para precipitar su vuelta a los Estados Unidos.

Pero nada ocurrió. La gente y el marjal y la colina de las cuevas permanecieron en su misión tan tranquilas como la propia cordura. Se veía trasladado a este plano de existencia como si hubiese nacido allí.

No fue hasta que pensó que había venido y se había ido aquella noción cuando advirtió que ninguno de los hombres portaba armas en absoluto. El alivio que eso le produjo fue casi tan tremendo como había sido la primera impresión. Antes de que pudiese hablar, uno de los hombres más próximos le dijo con suavidad:

—Cuidado. Todavía no estás completamente estable.

El hombre extendió la mano y colocó la palma sobre el ojo central de Slade. El movimiento fue demasiado inesperado para que se resistiera. La reacción retrasada, cuando finalmente vino, fue semivoluntaria. Slade comenzó a dar un paso atrás y luego, dándose cuenta del significado de lo que ocurría, se detuvo confuso.

Aquellas personas sabían que él no era de su plano. «Y también sabían por qué». El siguiente pensamiento siguió con dureza al primero: los hombres de las cavernas no eran primitivos.

Era una idea demasiado grande para captarla toda en un instante, en particular cuando el hombre que había tocado su frente ahora retrocedía con una sonrisa y decía:

—Creo que estarás bien.

Slade no había advertido la voz del amigo antes. Ahora, sí. Era tranquila y melódica, sin dureza, las palabras dichas con tanta facilidad que eran como un manar de música producida por un maestro.

Aquel hecho, también, detuvo su mente sólo un momento. Permaneció mirando en torno de él a los hombres y a las mujeres y su alivio creció segundo por segundo. Sonreían, amistosos; eran hombres o seres despiertos y de buen aspecto, de un tipo alto físico y mentalmente. Slade se permitió a sí mismo una relampa-gueante memoria de los degenerados adictos a la sangre de la ciudad de Naze y comprendió por fin que, cualquiera que fuese la razón básica para el mortal sitio de la ciudad con una nave de Leear, estos limpios hombres de las cavernas de decente aspecto estaban con toda evidencia en favor de la nave.

Se dio cuenta de que esta vez había dicho algo. En efecto, dijo:

—Gracias. Soy un amigo. Me llamo Michael Slade.

El hombre alto de ojos de águila que ya había hablado asintió.

—Mi nombre —dijo—, es Danbar.

Se estrecharon las manos. Fue todo tan simple y tan generosamente hecho que Slade no estaba seguro entonces o incluso después si estrecharse las manos era una costumbre común entre aquellas personas. O si Danbar había respondido al instante y sin duda a las costumbres de un extranjero.

Cuando sus manos se separaron, Slade notó por primera vez que el hombre era bastantes centímetros más alto que él mismo y de un aspecto fuerte verdaderamente maravilloso. Tenía un rostro delgado y hermoso. A excepción de su ojo extra, hubiera sido guapo entre cualquier grupo de seres humanos de dos ojos. Parecía tener unos treinta años.

Sonrió. Tomó el brazo de Slade y le condujo hasta otro hombre, un individuo de espléndido aspecto que había estado contemplando los procedimientos desde el fondo.

Danbar indicó al otro.

—Malenkens —dijo.

El modo en que lo pronunció hizo que la palabra sonase como un nombre importante y distintivo. Y, mirando al individuo, Slade no dudó de que había sido presentado a uno de los jefes de la tribu. Con Malenkens, también, el apretón de manos fue cálido, pero su sonrisa era más seria, más distante.

—Más tarde conocerás a los otros —dijo Danbar—. Ahora, volvamos a la cornisa para desayunar.

El contacto se había establecido de una manera bien fácil.

* * *

El ventoso sendero que conducía hasta arriba, a las cuevas, estaba hecho con escalones de cemento flanqueados por arbustos ornamentales. Una acera de cemento corría a lo largo de toda la entera extensión de la cornisa, con aceras más pequeñas que conducían al interior de las cuevas. Entre las aceras, hierba verde y aterciopelada crecía en regulares retazos que sólo podían haber sido planeados por expertos jardineros.

Slade, deteniéndose delante de la primera caverna, miró a su interior que por lo menos tenía poco de caverna según lo que ya había visto. El piso era de cemento, pero cubierto con espesas alfombras. Las paredes del techo estaban enlucidas con una base de cemento. Las sillas, mesas y taburetes que pudo ver eran de madera sin pintar, pero estaban bien diseñados y habían sido lijados hasta pulirlos. El

conjunto resultante era asombrosamente moderno.

Danbar tocó el brazo de Slade y le hizo señas para que siguiese a Malenkens, que marchaba a lo largo de la cornisa.

Mientras caminaba, Slade se encontró a sí mismo, secretamente, buscando a Leear. No se quedó muy sorprendido de su fracaso en no encontrarla, pero tampoco aceptó su ausencia como definitiva. Ella había estado aquí alguna vez. No había razón para que no volviera. Y, además, ella debía saber que este mundo sería su puerta de entrada en el mundo de los tres ojos.

Malenkens se detuvo y habló por primera vez.

—Entra aquí —dijo.

La cueva era un duplicado estructural de aquella a cuyo interior miró Slade. Los tres hombres se sentaron en sillas y Malenkens volvió a hablar.

—Slade —dijo—, hemos estado calculando tu situación desde el momento en que despertaste y a mí juicio costará unos seis años ajustar el ritmo de tu vida a nuestro grupo. En eso cuenta también tu resistencia poco adiestrada y el hecho de que probablemente necesitarás varios meses para ayudar a Leear a destruir la barrera de Naze y Geean. Y, claro, eso hace presumir que tú ni serás asesinado ni gravemente herido.

Añadió después:

—No trato de alarmarte. Meramente afirmo los hechos tal como los veo. Ahora, Danbar se cuidará de ti.

Danbar no se movió, sino que continuó sentado en su silla. Miró a Slade especulativo.

—Te estarás preguntando —dijo—, de que hablaba Malenkens. Mira.

Se desvaneció en el aire.

* * *

Durante un minuto, Slade permaneció sentado donde estaba. No tenía pensamientos en particular, a pesar de que le vino el recuerdo de que cuando Leear apareció por encima de él cerca del granero, no había sido capaz de verla destacar contra las estrellas. Ella, también, debía haber sido invisible.

Al cabo de un minuto, le asaltó la certeza de que quizás se esperaba que hiciese algo. Se puso en pie, se inclinó sobre la silla de Danbar y agudamente movió su brazo a través del espacio en donde Danbar había estado sentado. No hubo resistencia al movimiento.

Miró por encima a Malenkens, pero el hombre no alzó la vista.

Slade se volvió a sentar, esta de manera pesada, temblando un poco. No había razón en absoluto por la que Danbar, haciéndose invisible, no se hubiese puesto en pie y entrado de manera descuidada hasta la puerta de la cueva; o quizás estaba de pie junto a su silla, vigilando la reacción de su invitado. No había razón por qué él no debería haber hecho una de estas cosas, pero Slade tenía el vago y decepcionante convencimiento de que Danbar no realizó nada de esto y que en realidad estaba todavía sentado en la silla.

«Primitivos», pensó Slade. «Y yo que creí que eran primitivos».

Aquellas gentes habían aprendido los secretos más profundos del sistema nervioso humano. Estaban tan adelantados de sus primos de dos ojos que la comparación parecía casi ridícula. O, aguardar un momento... ¿qué es lo que había dicho Malenkens?... «Te llevará unos seis años ajustar el ritmo de tu vida al de nuestro grupo...y».

La primera excitación quemadora agitó a Slade. ¿Significaba eso que al cabo de seis años él, también, sería capaz de hacerse invisible a voluntad9 ¿O significaba...?

Slade arrinconó el pensamiento en su mente. Se obligó a sí mismo a arrellanarse en su silla. Abrió los labios para hablar a Malenkens, luego los volvió a cerrar. El hombre miraba en otra dirección. Los segundos pasaron y no había rastro de Danbar. Su ausencia comenzaba a ser molesta. Por segunda vez se le ocurrió a Slade la posibilidad de que esperasen que hiciese algo.

Se puso en pie, inseguro. Con un súbito impulso se sentó en la silla de Danbar. No duró mucho rato. Se le ocurrió la idea de que sería una situación muy poco elegante y bastante ridícula si el hombre escogía materializarse en la misma silla.

Slade caminó hasta la entrada de la cueva con la dudosa esperanza de que Danbar estuviera fuera. La cornisa era un núcleo de verdadera actividad, las hogueras ardían brillantemente, las mujeres manejaban calderos, los niños se habían convertido ya en estorbos con sus juegos y sus ruidos. Pero no se veía señal de Danbar.

Slade permaneció durante un momento mirando por encima del marjal. Y el panorama era delicioso más allá de toda imaginación. El agua relucía bajo el sol y todo estaba vivo con un crecimiento colorista. Allá lejos pudo ver de rechazo a los pájaros aleteando y pensó con emoción: ¡Pájaros con tres ojos! En la lejanía más allá del marjal los árboles alcanzaban sorprendentes alturas y pudo ver la bruma de montañas, todavía más lejos. Por todas partes se veía el verde de un verano perpetuo.

Slade volvió a la caverna, temblando en su interior. Qué maravilloso plano de la tierra aquel en que se hallaba. Nunca, seguramente, tendría el más ligero deseo de volver allí de donde había venido.

Había, claro, el problema de Naze... eso devolvió a Slade a la realidad con sobresalto. Vio que Danbar seguía sin rematerializarse. Pensó: «¿Invisibilidad? Si he de descubrir algún modo de hacerme yo mismo invisible, sabiendo lo que sé ahora acerca del arte de ver, ensayaría conturbar de algún modo los centros de visión de aquellos que me estaban mirando. La visión perfecta es posible sólo cuando la mente se encuentra relajada. Por tanto, trataría de poner tensas sus mentes de algún modo».

Aquel raciocinio le trajo un súbito y asombroso pensamiento.

¡Oh, claro! Se esperaba de mí que hiciese algo.

Aspiró lenta y profundamente y expelió el aire con un suspiro, dejando simultáneamente que sus músculos se aflojasen. El especialista en los ojos, doctor Mclver, siempre había sostenido que el cuerpo humano podía relajarse con una sola expiración.

En aquel instante Slade lo probó. Mientras comenzaba a aspirar por segunda vez, Danbar reapareció en su silla. El hombre miró muy serio a Slade.

—Muy bien, amigo mío. Esperaba que lograses descubrirlo por ti mismo —prosiguió—: Acabas de experimentar en ti mismo una de las verdades básicas del sistema nervioso humano. Durante los siguientes meses te serán enseñados los secretos más últimos de la relajación, relajación tan completa que, incluso en elección final, no hay límite para el control que sobre ella puede ejercitarse. Pero ahora...

Se puso en pie, sonriendo.

—Saquemos fuera las sillas y desayunemos —dijo.

Slade siguió a los dos hombres hasta quedar bañado en el brillante sol.

VII

En el trigésimo segundo día de su estancia con la tribu, Slade descansaba sobre una loma por encima del marjal. Desde su posición, podía ver las cavernas casi a dos kilómetros de distancia. Era un día maravilloso. Había llovido algo por la mañana, pero ahora el firmamento era tan claro y azul como pudiera imaginarse. Ante él, en una vista como de jardín, el verde, la verde hierba y los matorrales aún centelleaban con las gotitas de lluvia que colgaban sobre cada hoja y zarcillo y sobre cada rama.

El mundo entero en su tomo era tan maravilloso como nunca y sin embargo, Slade se sentía insatisfecho.

—Soy una persona activa —dijo en voz baja—. Mis nervios están todavía afligidos por el deseo neurótico de hacer cosas.

Incluso tenía un impulso que le acuciaba. Aquel raro mecanismo de metal que había encontrado semienterrado en el suelo cerca de su granja la noche en que vio a Leear en un sombrío corredor de una vieja espacionave... sería interesante ir, traerlo y examinarlo.

No se movió. Tuvo que admitir que el mes anterior había sido, a su modo, excitante. El mundo de relajación era un mundo interior de infinitos descubrimientos. Su conocimiento comenzó con los músculos, lecciones sobre ellos y ejercicios con ellos. ¿Ejercicios? Esta no era exactamente la palabra adecuada para lo que estaba haciendo. Slade había decidido utilizarla por cuanto carecía de otra mejor. El ejercicio sugiere actividad física, pero los ejercicios de relajación eran el reverso del movimiento. Constituían quietud. Eran inspiración y expiración tan sin esfuerzo como fuese posible. Eran lar-gos minutos de yacer sobre almohadas cuidadosamente arregladas mientras la mente se concentraba con suavidad en ciertos músculos y siempre el mensaje que su cerebro enviaba era: Descansa, descansa, descansa.

Gradualmente, al pasar las semanas, aprendió la filosofía básica que había más allá de la relajación. Una postura correcta, y unas costumbres de respirar bien. Cuando se cometía una falta, aquellas dos cosas sólo producían repercusiones de tensión que afectaban al ente, cuerpo. La tensión tenía por consecuencia mala visión y pobre herido. La tensión era responsable de la fatiga rápida, de la falta de fuerzas y de las ansias narcóticas. La tensión causaba que los riñones inyectasen un fluido en la sangre que originaba la hipertensión, la melancolía y una actitud negativa hacia la vida. La tensión sutilmente cambiaba el contenido ácido de los líquidos digestivos. La tensión era literalmente

el diablo del sistema nervioso, pero desembarazarse de ella era tan sólo el primero y preliminar paso para el control del cuerpo.

La segunda fase era la normalización de los nervios. Cada nervio, individual y colectivamente, era capaz de una acción positiva y negativa. Podía pasar un impulso para excitar otro sendero del cerebro. Era dudoso si más del cinco por ciento de los nervios de la persona, o mejor dicho, de sus impulsos nerviosos, siguieron rutas directas. Era cierto, claro, que muchos de los rodeos eran utilizados una y otra vez. pero no es justificación de una mala costumbre el destacar que habían sido repetidos infinitamente, en particular cuando los resultados acumulados eran la locura, el envejecimiento a temprana edad y una mente confusa.

Todo el noventa y cinco por ciento de la energía nerviosa mal dirigida tenía que ser reajustada a lo largo de rutas directas y esto se hacía concentrándose en los senderos nerviosos principales. En cada caso, un adiestramiento positivo era necesario. Como con la relajación muscular, uno no podía buscar un perezoso medio ambiente y tomárselo con calma. Las cosas definitivas tenían que hacerse. Los músculos consistentemente se relajaban por un sistema y eventualmente permanecían relajados. Los nervios repetidamente le decían que estableciese un canal directo, con una imagen de aquel canal claramente visualizada, y hacían que el exacto canal fuese exigido.

El control de nervios condujo a la tercera fase llamada monocular, sobre la cual, cuando Slade le preguntó, Danbar se limitó a decir:

Ya lo verás. Ya lo verás.

Yaciendo allí en el otero por encima del marjal, le parecía a Slade que sabía que la relajación muscular con sus ejercicios son cosa que puede hacerse durante breve tiempo sin tener un instructor al lado. Le sería posible caminar hasta el área en donde existía su granja en la Tierra, en su plano terrestre, y obtener la máquina enterrada en aquel terreno.

Se puso en pie con una súbita decisión: «Se lo preguntaré a Danbar o, si es preciso, Malenkens». Pensó.

Danbar, a quien Slade hizo la solicitud, después de los ejercicios de la tarde, pareció conturbado. Luego miró interrogativo a Malenkens. Fue el último, quien dijo:

—Leear nos dijo que te mostrarías inquieto —se detuvo, frunciendo el ceño. Luego miró a Slade casi con los ojos bajos—. He decidido ser sincero contigo, Slade. Te estamos adiestrando para que ayudes a Leear contra Naze. No tienes que pensar que somos

partidarios del plan de ella. Sólo ejercitamos ciertas restricciones en su persona. Quizá te preguntes qué significa eso, así que te lo explicaré.

»Es intención de Leear —prosiguió—, mezclarte contra Naze. No tenemos fuerza para impedir que ella lo haga, ni actualmente deseamos hacerlo. De todas maneras, Geean debe ser destruido y el pueblo de Naze libertado. Según Leear, sólo tú puedes conseguir eso; el cómo, ella nunca lo ha explicado.

»Lo que nosotros hicimos fue retrasar sus planes hasta que se te pudiese dar un último adiestramiento preliminar en nuestro sistema maravilloso —finalizó tranquilo—: Creo que estarás de acuerdo en que, bajo estas circunstancias, sería prudente que no te mezclases en acciones de menor cuantía.

* * *

Slade estaba impresionado. Cuanto más pensaba en ello, mayor era su impresión. La cosa parecía curiosa pero, a pesar de que ni por un minuto se había olvidado de Leear o de Naze —la increíble Naze— de algún modo el largo y dulce mes de pastoral existencia había enturbiado las sombrías potencialidades de aquel recuerdo.

Ahora, aquí estaba, y llanamente declarado. En ocasión de su pasada vida, tuvo fama de enfrentarse a los hechos con una brutal sinceridad y sus comparaciones habían asombrado a sus socios comerciales. De aquel modo era cómo finalmente miraba a su posición actual. La comparación que se le ocurrió fue que era como un cerdo al que se cebaba para la matanza.

Pasó la noche, con los ojos contraídos, durmiendo inquieto y sintiéndose furioso cada vez que se despertaba. Por la mañana su mente había tomado una decisión.

De modo que Malenkens y los demás sólo habían persuadido a Leear con dificultad a que retrasase colocarle inmediatamente en acción. Bueno, eso era estupendo. De todos modos no la daría nada más que un puñetazo en la nariz por ser indirectamente responsable de la muerte de Amor y Caldra.

Puesto que su intención era utilizarlo con o sin su permiso, su propósito sólo podía ser el de estar prevenido contra ella por todos los medios posibles a su alcance.

La determinación le dio una satisfacción considerable hasta la mañana siguiente, cuando se le ocurrió que pude serle demasiado fácil prevenir las maquinaciones de ella. Lo malo es que sabía tan poco, tan desesperadamente poco. No tenía la más ligera idea de qué métodos

podía valerse para prevenirse contra estas personas que conocían los secretos más internos del sistema nervioso humano y además tenían una espacionave cargada de mecanismos, uno de los cuales al menos era capaz de transmitir objetos materiales de este plano de la Tierra a cualquier otro y volverlos a recuperar.

Las nuevas posibilidades le calmaron. Tendría que ser muy listo en realidad para asegurarse de que ella no le volvía a introducir en Naze. Y la cólera sería su mayor obstáculo para llevar a cabo aquel propósito.

A la hora del desayuno salió de su caverna, se sentó junto a Malenkens y dijo:

—Creo que es hora de que descubra algo acerca de la historia que hay tras la guerra entre la nave y la ciudad.

—Veo que has estado pensando en lo que te dije anoche —dijo Malenkens. Slade esperó y Malenkens siguió adelante—: No lamento habértelo dicho, pero no puedo decirte más. Prometimos a Leear que sería ella quien te contara toda la historia.

—Entonces, dime —preguntó con furia Slade—, ¿Quién es Leear?

—Es uno de los cinturones de plata.

—¿Un qué?

Malenkens estaba serio.

—Sus planes personales para contigo sufrirían una derrota psicológica si te dijese más. Debes esperar. Te lo puedo decir. Si sobrevives a la destrucción de Naze, el Universo será tuyo si lo quieres.

Temporalmente aquello silenció a Slade. Viniendo de Malenkens, las palabras eran dificultades. Me trajeron su primera sensación de tranquilidad ante la grandeza de la aventura en la que su destino le había metido.

La tranquilidad tuvo breve duración. La inmensidad de la recompensa que implicaban las palabras de Malenkens sugería un enorme sacrificio compensador. Slade se puso rígido poco a poco. Le disgustaba, pensó, mostrarse poco amistoso con aquellas personas amables, pero era el momento de afirmar sin equívocos su posición.

Así lo hizo, casi igual como lo había decidido. No cooperaría con Leear hasta que supiese de lo que se trataba. Era ridículo para ella presumir de que un hombre podía ser empujado a ciegas a una situación, una y otra vez, y decirle que saliese como mejor pudiera, en cada oca-sión, sin darle más que una idea esquemática de lo que iba a suceder. Definitivamente él rehusaba tener nada que ver con tal plan. Y si alguna vez lo aceptaba, sería sobre la base de una plena

información y con los ojos muy bien abiertos.

Tendrás que matar a un hombre —dijo Malankens con una voz extrañamente acongojada—. Tú jamás has matado a un ser humano. Es la inmutable convicción de Leear que tú no podrías decidirte a cometer un asesinato a sangre fría y que sólo bajo la tensión de un peligro violento tendrías valor para matar. Tal es su opinión y, después de observarte durante un entero período lunar, estoy de acuerdo con ella.

—Gracias —dijo Slade con sequedad—. Sigo sin estar interesado.

Acabó su comida en silencio. Se sentía inseguro como para ajustar cuál era su posición con la tribu, pero decidió al fin que lo que había ocurrido no era una ruptura. Permanecería allí durante algún tiempo por lo menos y conformaría sus planes tras una cuidadosa meditación. Era inútil precipitar las cosas.

Resistió a sus ejercicios de relajación, de por la mañana, como de costumbre.

Durante el segundo mes, el ritmo de su vida pareció más vivo para Slade. Se dio cuenta de lo que era. Se hallaba más alerta, más vigilante, ansioso de aprender cosas. Mantuvo un ojo vigilante sobre los hombres y durmió con una pistola bajo su almohada.

Hacia el fin del mes le asaltó a él la idea de que nadie en la tribu había visto jamás las armas automáticas en acción, y de que podía ser una buena idea esperar de una de sus preciosas balas una como especie de argumento disuasorio. Dudó acerca de ello, porque incluso una bala podía ser importante en cualquier crisis. Sin embargo, le pareció claro que Leear nunca le introduciría en Naze contra su voluntad a menos que los varones miembros de la tribu le inmovilizaran y le entregaran a su poder de mu-jer extraña.

Fue un mes de distintos descubrimientos. Había estado preguntándose sobre la vida animal de aquel plano.

—Está ahí —le aseguró Malenkens, con una sonrisa rara—. Todo depende de si ellos deciden descubrir cuál es tu reacción al verlos.

Eso no tenía ningún sentido, pero al cabo de un período de cuatro semanas vio algo a retazos. Y, finalmente, cada vez, al retazo de visiones revelaba a un animal vigilándole. Había allí una diminuta y oscura criatura demasiado rápida para formarse una idea clara de su forma. Una bestia larga, esbelta, con lunares, de-masiado delgada para estar bien musculada que se parecía a un perro, que trotaba alejándose desdeñosamente dentro de los arbustos, después de mirar a Slade con un ojo solitario. Había un animal equino que le atisbaba pensativo durante varios segundos y luego galopaba desdeñoso.

Entonces, finalmente, se produjo su sorprendente encuentro con un animal.

Slade caminaba a lo largo de un valle sin senderos adjunto al de las cavernas cuando una mirada casual a la parte de atrás le reveló a una bestia mayor, que trotaba a menos de diez metros de él. Aquel animal tenía una cabeza con rasgos de gato y oso y su cuerpo era largo y liso y de un castaño grisáceo.

Era el mismo tipo de bestia que se colocó sobre él aquella noche en el apartamento de Caldra y Amor.

Slade sintió un escalofrío tan agudo como el miedo y agarró su automática. Los dientes del animal relucieron como cuchillos hacia él. Sus grandes zarpas se alzaron. Giró y corrió a ocultarse entre los matorrales.

Un nith, le dijo Danbar y luego permaneció en silencio mientras Slade le contaba lo que había ocurrido en el apartamento de Naze. Más tarde, Slade le vio hablando muy serio con Malenkens. Los dos hombres guardaron silencio cuando se acercó Slade, así que estuvo muy seguro de que los dos habían estado hablando de él.

Era asombroso aquel súbito descubrimiento de que se le discutía; su postura pues satisfactoria que hacía necesario inmediatamente, le parecía a Slade, que se realizase una demostración con sus armas poderosas.

Había estado pensando acerca del mejor método para disparar sus pistolas cuando por último le pareció haberlo encontrado. Un pájaro. Durante dos meses había contemplado los pájaros de alegres plumajes picoteando a través del follaje por encima y en torno el marjal. Eran raros aquellos pájaros. Podía pasarse una hora arrastrándose hasta una bandada. Y entonces, rápidamente, antes de que llegase a estar lo bastante cerca para mirarlos bien, los pájaros partían hacia un destino remoto. Poco a poco, su deseo de darle una mirada de cerca a cualquier alada criatura con tres ojos se convirtió en casi una obsesión.

Le parecía a él, ahora, que si podía disparar contra uno desde la cornisa, podría, figurativamente, matar dos pájaros de un tiro.

A la mañana siguiente, sacó una silla fuera de su cueva, colocó una de sus automáticas sobre su regazo y permaneció sentado vigilando la espesura inferior. Al cabo de diez minutos, advirtió que la gente le miraba con el rabillo del ojo. Momentos después, Danbar sacó una silla y se sentó a su lado.

—¿Qué te hace pensar que tu arma disparará en este plano de existencia? —preguntó.

—¡Eh! —exclamó Slade.

Al cabo de un momento, las posibilidades le abrumaron. Apuntó cuidadosamente a una lejana bandada de pájaros. Se detuvo para decir:

—Esta pistola hace un sonido muy fuerte, así que prepárate —luego oprimió el gatillo.

¡Click!

Fue un sonido vacío. Dejó a Slade con el escalofriante pensamiento de que se encontraba desnudo y desamparado. El sol era más cálido que nunca, pero durante dos meses sus dos armas automáticas le habían dado confianza y valor. Ellas reforzaron su espíritu cada vez que pensaba en lo fácilmente como varias docenas de hombres de las cavernas podían asaltarle, reducirlo a la impotencia y entregarle a Leear.

Ahora, aquella sensación de tranquilidad había desaparecido.

Durante un momento, Slade permaneció sentado e inmóvil, luego sacó el cartucho lo puso en la palma de su mano y comenzó a examinar la bala. Derramó la pólvora sobre la acera de cemento haciendo un montoncito y luego caminó hasta la hoguera más cercana y recogió un sarmiento en llamas. Tocó la pólvora con la llama. Se quemó con un lento chisporroteo, como papel grueso. Junto a él, Danbar dijo:

—La combinación química tendrá que ser ligeramente distinta. No dudo que entonces podría funcionar.

Slade no tenía idea de esperar hasta descubrirlo. Su protección se había esfumado. Sin más palabras, entró en su cueva, se colocó su segunda automática, metió en los bolsillos los artículos más pequeños que había traído desde la Tierra... y volvió a salir. Danbar caminó a su lado.

—¿Nos dejas, Slade?

—¿Dónde está Malenkens? —preguntó Slade.

—Se ha ido.

Aquella fue la segunda gran sorpresa.

—¡Ido! ¿Dónde?

Vio que Danbar le miraba de manera extraña.

—Malenkens no es ninguno de nosotros, Slade. Nos visita en ocasiones. Es uno de los... cinturones de plata.

Slade se quedó silencioso. Se daba cuenta de lo que había ocurrido. Le habían entregado a uno de los jerarcas de Leear. Por primera vez le asombró lo consistente que había sido Malenkens como primer término de su vida tribal. Danbar volvía a hablarle:

—No nos culpe severamente a nosotros, Slade, por nada de lo que ocurra. Ninguno de los aquí presentes hemos alcanzado más allá que la fase monocular del control del cuerpo. Somos impotentes ante ese forcejeo entre la nave y la ciudad y mientras la ciudad exista nunca podremos alcanzar la etapa final del autocontrol.

»Es un factor que hace vibrar. Su existencia evita ciertos ritmos básicos. El pensamiento de que las gentes como nosotros han sido pilladas tras su barrera, para siempre incapaces de huir —y que ése es el principal propósito de la barrera, mantener a esas personas de allí bajo control de Geean—, pesa sobre nuestro espíritu y hace imposible para nosotros darnos cuenta de nuestras potencialidades. Y el resultado es que también estamos a merced de Geean.

Slade tuvo la impresión de que estaba escuchando unas excusas. Eso le molestó.

—Gracias —dijo—. Sólo tengo amistad hacia vosotros, hacia tu pueblo.

—Ve y que la suerte te acompañe, amigo mío —dijo Danbar.

Pasó más de una hora antes de que la cornisa de las cuevas finalmente desapareciese de la vista.

VIII

La escena se hizo más salvaje a cada hora. No vio animales, sino pájaros a cientos graznando en la maleza y en los árboles, una cantidad de tipos diferentes de aquellos pájaros que había visto en la vecindad de las cavernas. Eran menos asustadizos. Con frecuencia, podía pasear junto a ellos sin que alzaran el vuelo. Hacia la tarde, cogió una rama y derribó a dos criaturas del tamaño de pichones y tuvo para comer sus primeros pájaros de tres ojos.

En aquella oscuridad, con su hoguera chisporroteando en desafío ante la noche creciente, con los gritos de los pájaros nocturnos a su alrededor, comió fruta fresca y pichones asados a la brasa.

Después de cenar, Slade meditó acerca del problema de las criaturas de dos y tres ojos y de los mundos en que vivían. Debía haber unos antecesores comunes. La forma humana no sería repetida con facilidad. Allá, atrás, varias criaturas del mundo de dos ojos habían desarrollado un tercero y lo habían adquirido de manera automática, sin darse cuenta, siquiera, en este universo tan especial.

Ahora, como un suspiro de sentido común, la explicación iba hasta las mismas raíces de la realidad. Lo que para la mente no existe, los sentidos lo ignoran. Y en cualquier forma intrincada, el objeto u objetos dejan de afectar al cuerpo como un total.

No era una idea nueva, sino que la vieja formulación expresada por la frase «¿Es que está el gato durmiendo junto a la cocina cuando yo no lo veo?», fracasaba para justificar las certidumbres de la mente humana. La absoluta convicción de que el gato estaría allí aunque el observador no estuviese presente. La gente ciega adquiría certidumbres gracias al oído y al tacto.

Sólo contaba la mente.

Al seguir la noche, Slade comenzó a pensar en intranquilos períodos entre dormiteos, acerca de las pistolas que no disparaban. Fue un pensamiento que se le ocurrió una y otra vez durante los días que siguieron. Casi, pero no por completo, alteró sus planes.

Tenía intención de conseguir el aparato metálico, luego se dirigiría bruscamente hacia el sur y así saldría por completo fuera del territorio de Naze y de Leear. Era un papel poco heroico el que se proponía para sí mismo y le convertía en algo defensivo, algo un poco vergonzante.

«Aquí estoy yo», pensó, «en la aventura más extraña que un hombre pueda haber vivido, pero con precauciones».

Había hombres, lo sabía, que no hubieran dudado un minuto en

lanzarse con profundidad en el asunto. Tales hombres ahora se encaminarían a Naze con intención de abordar a Geean en su gran torre central.

Y yaciendo en la oscuridad, los labios de Slade se contrajeron. Eran mutuos en doblarse a sí mismos. No era para él clara la acción. Pero importante era que no dejase que la precaución le obligase a ir hacia el sur sin el objeto de metal. Ello podía no tener valor. Pero era una pista y quién podía decir si aún estaba en condiciones de funcionar. No podía dejárselo a su espalda.

Los bosques estaban tranquilos, los valles eran largos, las colinas gradualmente más altas. Un gran continente virgen se extendía bajo sus pisadas, pero la sorprendente realización era la sensacional familiaridad del camino. Había una leve diferencia en la profundidad de los cañones y en la altura de las colinas. Los marjales exten-sivos, los árboles y los bosques de matorrales eran completamente distintos. Pero los contornos generales eran idénticos. Y él había hecho un viaje de ciento cincuenta kilómetros hasta su granja con tanta frecuencia que no se sintió perdido ni un minuto. Era un sentimiento maravilloso.

Llegó por último a la sexta mañana de largo viaje hasta la ondulada llanura en cuyo final —en el plano de la Tierra— estaba su granja. Con mucha precaución, utilizando todo el posible cobijo, se acercó al punto donde la espacio- nave estuvo aquella noche. Desde lejos, vio que ya no se encontraba allí, pero su precaución no desaparecía ni un minuto.

Al cabo de un cuarto de hora de buscar por la zona, encontró la máquina. Utilizó una tosca rama, que había recogido en ruta, como palanca para sacarla del suelo. Estaba profundamente enterrada y le costó cierta cantidad de sudor y veinte minutos para soltarla.

Por último salió y mostró su forma. Era como una caja, con una rueda aplicada a un extremo. No era muy pequeña de tamaño, pero su ligereza era sorprendente. Magnesio puro, o incluso litio, podían haberse amalgamado, pero pocas cosas más. Calculó el peso de la caja y de la rueda juntas en algo menos de doce kilos. El utensilio brillaba al sol, sin haber sido oxidado por tan larga exposición a la humedad de la tierra. Slade no hizo ningún esfuerzo por examinar el aparato en seguida.

Todo el día lo llevó primero en un hombro, luego en otro. Casi una hora antes de oscurecer llegó a un arroyo burbujeante y decidió quedarse allí para pernoctar. Y era bastante expuesto, pero se sentía cansado y el bosque más próximo parecía muchísimos kilómetros lejos.

Comió con prisa; luego, con una curiosidad más fuerte que nunca, se inclinó sobre la máquina. Las fuerzas atómicas y magnéticas, que había dicho Malenkens una vez, eran las fuentes de energía de la antigua Naze.

—Naturalmente —destacó el hombre—, trabajarán un poco distinto aquí que de donde tú viniste.

Después de su experiencia con sus automáticas, Slade lo comprendió. No obstante, decidió que prefería que aquel dispositivo fuese magnético.

Estudió la máquina con atención.

Era la rueda lo que le turbaba. Sólo una rueda. Y bastante larga, también. La caja de metal, en la que desaparecía el eje de la rueda, era un cubo de unos treinta centímetros. La rueda tendría unos sesenta de diámetro y se curvaba hacia fuera desde el eje, como una flor de largos pétalos que formaban el cubo. Era lo bastante grande como para ser una pequeña cornucopia. Podría haber actuado fácilmente como un pequeño mezclador, tan espaciosa era.

—¡Mmmm! —exclamó Slade.

Quizá lo justo era no considerarla como rueda, sino como algo que girase con facilidad sobre un eje.

Sin embargo, parecía una rueda.

La hizo girar. Cedió y finalmente llegó a un tope. Nada más ocurrió.

Manejó la caja, buscando el mecanismo de control. De cierto modo lo había hecho antes. Ahora, sin embargo, estaba perdido. Porque allí no había nada.

Advirtió tres lunares más brillantes en un lado pulido de la caja. Parecían como dientes hechos en el material duro. Pero no había dientes. Sus dedos palparon y sintieron la sensación normal, no encontrando la más ligera depresión.

Turbado, Slade examinó las zonas brillantes. Los tres rodales claros. Al cabo de unos momentos se los acercó a los ojos.

Brillar, brillar, brillar, pensó. Qué diablos...

Algo captaron sus ojos.

Dio un salto atrás, dejando caer la máquina.

No cayó. Colgó, delante de su rostro, la rueda hacia arriba, los tres puntos brillantes como diminutas llamas que destellaban apuntando a sus tres ojos.

Los cerró entonces, luego parpadeó con rapidez.

La llama, los puntos flamígeros, parecieron atravesar sus párpados. Lleno de pánico, Slade dio un empujón a la caja.

La máquina resbaló unos treinta metros a través del aire y se detuvo.

Los tres puntos brillantes vertían fuego hacia sus ojos, con tanto brillo como si los tuviese a un palmo de distancia. La lejanía parecía no afectar en nada a la brillantez.

Slade corrió hacia la máquina. Tenía que apartarla de él, o de otro modo destruiría su visión.

La cogió con manos temblorosas. Y la giró de arriba a abajo.

La máquina se dejó caer sin resistencia. Y en su asustada conexión mental el enlace con sus ojos se rompió y el dispositivo se balanceó con suavidad, casi como un globo, hasta llegar al suelo. Slade lo escondió en la maleza junto al arroyo. Luego, aún temblando por su experi-mento, se acostó en la hierba de la ribera. Entonces fue cuando lentamente se dio cuenta de que nada perjudicial había ocurrido. Su visión era tan buena como siempre. Sus ojos se sentían frescos y descansados y sin tensión alguna.

Durmió sin pesadillas y sin despertar en toda la noche.

Cuando abrió los ojos, el sol estaba saliendo. Se ocupó en reunir fruta de un árbol próximo y acababa de desayunar cuando un débil silbido atravesó el aire por uno de sus lados.

Slade había dado un salto de medio metro cuando algo chocó contra la hierba en donde él había estado.

IX

Giró en redondo y miró el objeto. Un lazo corredizo hecho de cuerda de apariencia metálica. Estaba vivo de una manera mecánica. Se estremecía y se estrechaba, apretándose mientras él lo miraba. Sus dos extremos se retrajeron dentro de una cajita metálica.

Antes que Slade pudiera examinarlo mejor, se produjo otro sonido sibilante. El segundo lazo le golpeó en el hombro, mientras se hacía a un lado. Saltó como si fuese una pelota de goma, casi chocando con un árbol próximo.

—¿Qué diablos…? —exclamó Slade.

Y se escondió tras un matorral. Cuando llegó hasta la planta, dos lazos más yacían sobre la hierba, cerrándose en un retortijón. Slade deslizó su mirada por el horizonte… y vio el origen de aquellos nudos o lazos.

¡Cosas voladoras! Estaban demasiado lejos para ser visibles con claridad. Parecían tener patas, pero no alas. Vio un brillo escarlata; luego, de centelleante plata, después, de verde, y brazos como humanos aferrados a algo que se agitaba por encima de ellos. Eran los objetos que volaban, los que se agitaban. Las criaturas colgaban meramente de ellos.

Y a cada poquito, aunque el movimiento causal se perdía por la distancia, una de aquellas criaturas lanzaba un sibilante lazo hacia la cabeza de Slade.

Sintió una horrible emoción. ¿Qué era aquello? Con una fascinación totalmente horrenda, recordó la carta de la muchacha. Geean y los cazadores de la ciudad.

Pero los cazadores guardaban la distancia.

Mil metros, calculó tembloroso. Hasta en el caso de funcionar, sus pistolas automáticas habrían sido inútiles a aquella distancia. Miró en su torno, frenético, buscando una vía de escape. Pero el bosque más próximo estaba tras él a cosa de quince kilómetros. Pero había allí arbustos, matorrales y, ¡cielos!, no tenía motivos para perder la esperanza hasta que le hubieran atrapado en realidad.

Cinco lazos rebotaron en su torno mientras observaba y tenía un pensamiento. Comenzó a recogerlos frenéticamente. Ellos con toda probabilidad tendrían la costumbre de recuperarlos y a lo mejor no los poseían en abundancia.

Se lanzó tras un matorral. Desde su cobijo lanzó su mirada calculadora hacia cada horizonte, contando las criaturas. Una, dos…

siete.

Slade pensó sobresaltado: «Si pudiera esquivarlos hasta que anochezca…».

Una mirada hacia el sol le hizo saber que no se había movido ni un centímetro, en apariencia, de su baja posición por encima del horizonte oriental.

La noche estaba a mucha, muchísima distancia, aún.

Apretó los labios. Algo de la fiebre se le disipó. Su cuerpo se calmó con determinación. Adelante, derecho. No había motivo para que, con un alarde de valentía, no pudiese llegar... al bosque lejano, directamente delante de él.

Mientras zigzagueaba hasta un segundo matorral, un lazo bajó del cielo, le rodeó, bailoteó un poco al tropezar con sus hombros. Y luego bajó a los brazos, instalándose y apretando con fuerza irresistible.

Slade trató de coger su enfundado cuchillo. Pero sus manos estaban apretadas con tanta potencia contra su cuerpo que era casi imposible. Tiró del cepo, se tambaleó y cayó pesadamente, rodando y rodando sobre sí mismo.

El lazo era como un muelle de acero. Le cortó la carne con una fuerza que hizo carraspear a Slade. Debía haber un dispositivo para soltarse... Tenía que soltarse.

Se esforzó por llegar a él con los dedos, pero su presión era demasiado taimada para éL Mientras forcejeaba, Slade percibió un movimiento en el cielo próximo. Era difícil ver a través de las lágrimas de dolor que le anegaban los ojos. Pero parpadeó apartando las lágrimas y, al cabo de un momento, vio con claridad a los cazadores vestidos con indumentos plateados. Estaban a unos treinta metros y se acercaban más describiendo espirales.

Abandonó su desesperanzadora pelea.

Los siete cazadores de la ciudad se dejaron caer de sus máquinas voladoras a unos seis metros. Slade los miró brevemente, preguntándose si Geean estaba entre ellos. Le parecía poco probable. Con rapidez se olvidó de los hombres. Eran los rojizos instrumentos los que captaron su atención. Colgaron durante un minuto en el aire encima de los cazadores. Y luego, despacio, como globos deshinchándose, cayeron al suelo. Un hombre portaba un aparato volador, posiblemente de repuesto.

Cada instrumento era como un torpedo rojo frío, vidrioso, de unos siete centímetros de diámetro y de un metro de largo. Tenían una especie de pasamano y a cada extremo de dicho pasamano unas cuantas asas.

Nada más. Ninguna maquinaria, ninguna fuente de energía en apariencia... Slade sintió deseos de examinar más de cerca uno de aquellos aparatos. Se reprimió, en parte porque el lazo le sujetaba con tanta fuerza como antes.

Y en parte porque era la primera vez que veía de cerca a los hombres.

El día que vio a los soldados de Geean en el apartamento de Caldra y Amor, no tuvo realmente tiempo de fijarse en su carácter. Ahora, teniéndolos a su lado, pudo contemplarlos a satisfacción.

Tenían rostros resueltos, viciosos, pálidos. Se inclinaron sobre él y dos de ellos sonreían de manera sardónica. Uno de los hombres dijo algo y hubo una risotada general, que al acabar dejó las caras serias otra vez. Slade no pudo captar las palabras.

Slade notó cómo le arrebataban las automáticas de sus fundas y cómo le sacaban de los bolsillos otros artículos. Cada cosa fue rápidamente examinada, luego metida en un saco como de lona. Antes de que el registro finalizara, uno de los hombres manipuló en el lazo. Se aflojó al instante y salió con facilidad por sobre su cabeza.

Y, de nuevo, hubo celeridad. Incluso mientras Slade se ponía en pie y empezaba a fletarse los entorpecidos brazos, otro hombre le colocó los asideros del volador de repuesto entre los dedos y señaló a un tercero, que estaba recogiendo del suelo uno de los voladores.

—Vigílale —dijo con sequedad.

Mientras Slade miraba, el tercer individuo hizo girar la barra delante de él con un giro fácil y rítmico. Y simultáneamente, con pericia, saltó al aire.

La barra vidriosa captó algo. Se enderezó, se puso rígida y apuntó como una flecha en su arco. Empezó a resbalar hacia adelante con el hombre cogido a los asideros... mientras que el cazador junto a Slade decía tajante:

—Ahora, tú.

Esperaba que el objeto se estrellara sobre su cabeza, y a la vez, paradójicamente, pensó que sus brazos quedarían descoyuntados si el aparato le alzaba por el aire.

Pero no fue así. No fue así en absoluto. No cayó. No hubo tirón. Algo, una corriente, una ligereza, saturó su cuerpo. Y fue esa corriente, no la máquina, lo que le elevó. Le elevó como la suave brisa ascendente eleva al ligerísimo milano.

Fuerte como el metal, el aparato volador cabalgaba encima de él. Pero era sólo un agente catalizador, afeando su cuerpo, no transportándolo. Todo él volaba con la máquina, era parte de la

máquina. Los dos se convertían en uno. Recordó cómo cayeron las barras unos momentos antes, después que las soltaron los cazadores, y \io claro que ni el hombre ni el aparato podían volar sin estar juntos, unidos, acoplados.

Una gran fuerza básica soldaba una unión entre su sistema nervioso y la máquina. Y el peso muerto de la gravedad le abandonaba. Era como el aparato de la rueda, recordó sobresaltado. Miró hacia atrás, al lugar donde tenía escondida la máquina, pero desde el aire no era vi-sible.

El alivio que experimentó mezclóse con una gran maravilla. ¿Qué increíbles secretos del sistema nervioso, tanto naturales como mecánicos, habían descubierto aquellas gentes? Vio que los otros seis cazadores volaban girando en torno de él. Formaban un grupo denso, colgados de sus voladores sin el menor esfuerzo. Y de algún modo las espirales de sus máquinas llevaban la dirección y velocidad de la suya. Era como si su volador fuera guiado por una unión de simpatía con los demás aparatos.

Marcharon bajos sobre el terreno y sobre toda una serie de marjales, entrando y saliendo por los valles y cruzando los bosques. Slade advirtió que los voladores tenían tendencia a permanecer cerca del suelo. Ni una sola vez hubo un verdadero intento de remontarse más. Rodeaban los árboles o pasaban entre ellos, no los sobrevolaban. Evitaron las imponentes montañas nevadas que flanqueaban su ruta. Como un río, manaron a lo largo del camino más fácil y al fin Slade decidió que la fuerza motriz se derivaba de las corrientes magnéticas de la Tie-rra. Ninguna otra cosa, en vista de lo que él sabía, podía explicar la llaneza de su curso y el tipo de transporte.

En un tiempo sorprendentemente corto el grupo llegó a la vista de una ciudad de brillantes espiras. Slade la miró con ojos relucientes porque una cosa era verla desde dentro y otra muy distante verla desde el exterior. Estaba a unos siete kilómetros de la boca de un amplio valle. No le era posible ver cuán larga era. Los voladores iban demasiado bajos y la ciudad se alzaba sobre una plataforma.

Sus torres y tejados relucían bajo el brillante sol ascendente. Ahora, con claridad, se adivinaba su diseño. La ciudad completa se agrupaba en ascenso en torno a la torre central de Geean, que descollaba como un obelisco en medio de techos más bajos. La altura de tal obelisco pa-recía mayor de lo que él la recordaba. Rivalizaba con los próximos picachos de las montañas y desde su plateada eminencia se extendía un resplandor brumoso violeta como una niebla que cubriera por entero la ciudad. El color era notablemente vivo visto

desde aquel ángulo. Era una neblina de luz que se curvaba como un manto cuidadosamente arreglado sobre la hierba a dos kilómetros de cada aledaño de la ciudad.

Los voladores se posaron ante la barrera. Sólo por un instante. Una señal relampagueó brillante como la luz reflejada por un espejo desde la lejana torre y los mecanismos volantes fluyeron hacia adelante y a través de la barrera como otros tantos cuchillos cortando una tenue gasa.

Casi rozaron los tejados de las casas bajas. Eludieron varias espiras y luego empezaron a bajar todavía más. Estuvieron a seis metros, luego a tres del suelo. Un hombre se adelantó y cogió un asidero de la máquina de Slade.

—Suéltate —dijo tajante—. Salta.

Slade le miró, confuso y sin entenderle. El sombrío rostro, tan cerca del suyo, era venenoso.

—*¡Déjate caer!*

Slade miró hacia abajo. A sus pies se veía una calle empedrada. Dudó, luego se dejó caer. El instantáneo retorno de su peso le produjo un escalofrío en su sistema nervioso. Tocó el suelo con más fuerza de la que habría sido de su gusto. Dos veces giró sobre sí mismo y luego se levantó. Los voladores desaparecían ya al doblar una espira cercana

Bruscamente, se encontró solo.

DECLARACION DE JOHN ALDEN, GRANJERO DE SMAILES COUNTY, EN LA AUDIENCIA

Tengo por costumbre levantarme a las cinco cada madrugada. En la mañana del 19 me levanté a la hora de siempre y estaba realizando mis tareas cuando observé lo que me pareció un espectáculo extraño.

Una mujer y una gran bestia semejante a un oso caminaban en dirección oeste a través de mi rastrojera. Puesto que los osos son con frecuencia peligrosos, tuve miedo de que la mujer no supiera que le seguía tan grande y formidable animal.

Corrí y me procuré mi escopeta, pero a pesar de que estuve dentro de casa sólo un minuto y que fuera no había lugar por el que nadie hubiese podido desaparecer en tan breve espacio de tiempo, cuando salí ni había rastro de la mujer ni de la bestia. Casi literalmente podría decirse que ellos se habían esfumado en el aire.

Fue poco después del mediodía de la misma fecha que se descubrió en el valle alto, a cinco kilómetros de mi casa, el cuerpo destrozado de Michael Slade. Según el doctor, había muerto una media hora antes de

que se le encontrara. Así que es muy probable que su muerte no tuviera relación con la mujer y el oso a quienes vi más temprano.

Pero informo del incidente por si sirve para esclarecer el misterio del hombre de los tres ojos.

Excepto lo antedicho, jamás había visto a Michael Slade hasta que su cuerpo fue traído a mi granja por el doctor.

Una cosa más: cuando la policía de Smailes County y yo examinamos las huellas de la mujer y el animal, descubrimos que terminaban bruscamente en medio del campo.

No me encuentro en condiciones de ofrecer una explicación lógica a este misterio.

X

Slade caminó lentamente, examinando su situación. Le habían quitado sus pistolas automáticas, pero llevaba todavía en la funda su cuchillo.

En el bolsillo le quedaban un pañuelo, una cajita con sedal de pesca y una caja de tabletas de morfina, que él se había traído consigo por si se producía algún accidente doloroso.

De súbito, descubrió que la calle lateral en que se hallaba no estaba tan desierta como le pareció a primera vista. Una vieja surgió apresuradamente de un callejón y musitó:

—¡Sangre! ¡O te mataré esta noche!

Slade la apartó a un lado, pensando: «¿Por qué me han soltado? ¿Qué esperan ellos que haga yo? ¡Hacer! Eso era, claro. Geean se ha figurado que conozco el complot que se prepara y de algún modo el gran hombre de Naze espera de mí que conduzca a sus fuerzas hasta los con-jurados».

Slade rió ceñudo. Había una gran cantidad de malévolo sentido común en el plan de Geean, pero tenía un defecto básico. Geean se equivocaba al creer que Slade lo sabía todo.

Pero eso ahora no importaba. Su propósito antes de que cayera la noche debía ser hallar el apartamento que antaño ocuparon Caldra y Amor. Y puesto que Geean conocía su situación, no tendría necesidad de buscarlo de manera furtiva.

Debía asumir de momento que no podía escapar de Naze y que Geean le arrestaría en cuanto le placiera.

El sol estaba alto en el cielo cuando llegó a la parte quintacolumnista de la ciudad. Reconoció una calle, luego otra, después se dio cuenta de que estaba cerca del apartamento. Mientras se apresuraba ansioso, una voz de mujer joven, familiar, gimió:

—Su sangre, señor.

Slade seguía impertérrito cuando a la muchacha se le escapó un respingo. Slade giró en redondo y la miró. Su rostro femenino casi se ponía rígido ya por el encuentro.

—Bueno —dijo ella con una tenue ironía—, pero si es el hombre que iba a destruir Naze.

— ¡Amor! —exclamó Slade. Luego recordó a Geean y que probablemente estarían observando sus movimientos, y exclamó—: Deprisa, reúnete conmigo en el apartamento de Caldra. Entonces te daré algo de sangre. Pero ahora... dame una bofetada en la cara como

si estuvieras furiosa conmigo.

Ella fue rápida. Su mano subió y le propinó un sonoro golpe en la mejilla. Ella se fue tambaleándose y Slade siguió su marcha, por primera vez comenzando a darse cuenta de las implicaciones de lo que había ocurrido… Amor… en las calles.

Tuvo un súbito sentimiento de degradación personal. Luego cólera contra Leear. Ella era la responsable de aquello.

Se preguntó sombríamente si la chica aparecería por el apartamento.

Ella llegó antes que él. Le abrió la puerta y comenzó a hablar mientras Slade cruzaba el umbral. Charló a velocidad de locura. El rostro lo tenía enrojecido, los ojos muy abiertos y fijos. Las manos le temblaban. Parecía al borde de un derrumbamiento nervioso.

Escapó de la muerte la noche que Caldra fue asesinada porque no estaba en el apartamento. Se había ido a dormir con una amiga.

—Temía no haber podido resistir el ir a tu habitación si me quedaba.

El modo febril de decir aquellas palabras recordó a Slade cierta cosa. Se puso en pie y entró en el dormitorio de ella. La jeringuilla y la copa estaban sobre la mesita de noche.

Pensó con náuseas: «El Homo Superior puede hundirse en abismos inconcebibles de degradación, como en este caso».

Se llevó la jeringuilla a la cocina, hirvió un poco de agua en uno de los curiosos elementos energéticos y luego esterilizó la aguja de la jeringuilla. Se la clavó en una vena de su brazo izquierdo. La sangre relucía sombría mientras llenaba el cuerpo transparente de vidrio de la jeringuilla. Cuando estuvo llena la vació en la copa. El líquido emitió un pequeño siseo cuando tocó el metal, pero no hubo otra reacción. Con mano firme, colocó la copa en la mesa junto a ella.

La chica se pasó la lengua por los labios, pero no miró al recipiente. Su rostro estaba crispado, su cuerpo rígido. Sus ojos miraron fijamente al suelo. Dijo con tono monótono:

—¿Por qué has vuelto a la ciudad?

De manera que ella comenzaba a meditar las cosas. Era buena señal. Slade empezó a hablar. Fue completamente franco, aunque lacónico. Cuando terminó, los ojos de Amor relucían. Ella se puso en pie. De pronto se sintió enormemente excitada.

—Eso es —exclamó—. *¡Eso es!* —Le miró con ojos muy abiertos—. ¿No lo ves?, no es por accidente el que estés aquí. Todo el mundo se está volviendo terriblemente listo y decidido. Geean se ha dejado caer en la trampa. ¿Por qué?

Porque se siente seguro tras su cinturón de plata, pero está desesperadamente ansioso de descubrir cómo piensa Leear, que puede utilizarte para destruirle. Y con su estilo abierto, correrá riesgos ahora para saber lo que ocurrirá en el futuro.

Ella había comenzado a pasear arriba y abajo por el piso, mientras hablaba. Ahora se detuvo delante precisamente de Slade. Dijo con voz intensa:

—Ve derecho a él. Eso le desconcertará. Espera a que hagas algo. Espera a que alguien te diga algo. Muy bien, ya te lo diré. Leear ha dicho que sólo tú puedes matar a Geean. Eso significa que nada puede ocurrir hasta que tú estés presente.

»Eso significa que tú, bajo las presentes cir-cunstancias, tienes que buscarle. No te es posible escapar, huir de ningún modo. No hay escapatoria de Naze excepto a través de Leear. Y puedes estar seguro de que te mantendrá aquí ahora hasta que tú hagas lo que ella desea. Además, Geean, de todos modos, te hará llevar a su presencia tarde o temprano y… *¡Toma!*

Cruzó la habitación corriendo. Volvió también corriendo y portando la copa de sangre. Se la tendió. Dijo con tono febril:

—Toma un sorbo de esto. Te dará valor. El efecto de un sorbo no dura más que una hora.

Slade tomó la copa con curiosidad. Se sentía abrumado. Siempre tuvo la intención de probar aquella cosa, aunque la idea de beber su propia sangre era repelente. No obstante, no iba a rehusar ni tampoco a acceder tan rápidamente a ponerse al alcance de Geean. Su impulso fue contemporizar.

Se llevó la copa a los labios, dudando. Y entonces tomó un sorbito…

* * *

—Entra ahí —dijo el oficial de los centinelas de la torre de manera insolente—. Si su excelencia Geean decide hablarte, te lo hará saber.

La puerta se cerró con estrépito.

Slade se tambaleó mientras se adentraba más en la habitación. El sentido de la estética de un placer casi insoportable que le había sacudido el sistema nervioso a los pocos segundos de ver la sangre, acababa de desaparecer. Lo que quedaba era un turbio recuerdo de un placer loco lleno de sueños y una furia creciente.

«Amor, esa intrigante, pequeña bruja» pensó. «Sabía bien lo que ocurriría».

Había sido una especie de hipnotismo, y con-duciéndole sin resistencia a través de una niebla de calles en alas de una alegre excitación directo hasta la torre central de Geean. Los bebedores de sangre deberían dar a sus cerebros pensamientos direccionales sólo antes de beber. Sus instrucciones habían sido ir a Geean y allí estaba.

Aún turbado, Slade miró en su tomo. En un rincón había una cama y una gran ventana se abría a través de la pared opuesta. Slade se asomó tembloroso por la ventana y parpadeó. Miraba hacia abajo y el suelo estaba a considerable distancia. Calculó setenta pisos y estaba todavía asomándose para comprobar la altura cuando se dio cuenta de pronto en su cerebro de que no le era posible asomarse.

No había vidrio en la ventana.

Se reintegró al interior de la estancia, impresionado por su condición mental, que había hecho posible, aunque brevemente, para él darse cuenta de que la ventana era un peligro.

Era mejor acostarse, pensó tembloroso.

Soñó en un sueño triste clásico de los estados que siguen a la toma de drogas. En el sueño, su cuerpo era lanzado por una ventana abierta y caía setenta pisos hasta el suelo. Despertó, estremecido y entonces se puso rígido.

Un nith estaba de pie junto a su cama, su larga y poderosa cabeza se proyectaba por encima de él. Sus tres ojos lo miraban y eran como charcas de luz antinatural. El animal vio que estaba despierto, pero no hizo el menor gesto de relajarse. Dijo:

—¿Quién te dijo que vinieses?

Y permaneció esperando.

Al llegar, el cerebro de Slade había estado tenso por casi todo. Pero no pudo hablar ni pronunciar el menor sonido. La sorpresa era demasiado grande para un ajuste ordinario. Pillado por completo de improviso, su mente consciente suspendió temporalmente sus funciones.

No tenía gracia. Su metabolismo estaba afectado. Hubo una embestida de energía nerviosa suelta a través de su cuerpo. Sintió náuseas, seguidas por una incapacidad para desarrollar los reflejos aliviadores normales tales como tragar saliva y parpadear. La sangre parecía congelarse detrás de sus ojos y su visión se hizo muy turbia.

Tuvo una convicción aguda, no un pensamiento sino un miedo de que iba a verse precipitado de regreso a la otra tierra. El miedo creció tan monstruoso que su primer pensamiento se abrió paso. Su sueño... Caería de una al-tura de setenta pisos si se veía arrojado de aquel plano de existencia. La imaginación de la caída casi petrificó su razón.

Pero los segundos pasaban y nada ocurría. Volvió a él la confianza. La cabeza del animal medio gato y medio oso, el llamado nith, estaba sólo a un palmo de su cara cuando el bicho dijo:

—¿Cuál es el plan para destruir a Geean?

Había varias cosas en aquellas palabras que casi pusieron fuera de sí de nuevo a Slade. No fueron palabras. No se produjo el menor sonido. La criatura lo estaba pensando. Era telepatía mental.

Slade permaneció rígido, esforzándose por captar las simplificaciones de una bestia que tenía un sistema de comunicación mejor que el humano. Se acordó de los animales salvajes que lo habían vigilado y de lo asustadizos que eran los pájaros próximos a las cuevas. ¿Era posible que todos ellos fuesen lectores del pen-samiento?

La idea terminó. El nith gruñía amenazador. Una gran zarpa se alzó.

—¿Cuál es el plan?

En un salto sincronizado, Slade se arrojó a sí mismo hasta el extremo lejano de la cama y aferró su cuchillo. Con un miedo horrible, saltó del lecho. Estaba de pie, cuchillo en mano, retrocediendo hacia la pared más próxima, cuando dijo:

—Cuidado, te hundiré este cuchillo en tu cuerpo por lo menos un palmo.

Después, Slade no vio con claridad lo que ocurría. En parte se encaraba a la ventana cuando un segundo nith entró desde el vacío aire a setenta pisos por encima del suelo. Llevaba una arma transparente de algo más de un palmo de gruesa, que lanzó una radiación rojiza y pálida hacia el primer nith. La bestia murió instantáneamente, pero se tardó más de un minuto en disiparse la radiación en el vacío. El recién llegado miró a Slade. Pensó para él con premura:

—Un traidor. Hemos estado esperando pa-cientemente que Leear diese la orden de matarle. Pero ahora, no hay tiempo que perder. Primero, será mejor desembarazarse de esto…

Slade no entendió la palabra que utilizó para designar el arma.

Contempló como el animal partía expertamente el instrumento en dos. Dentro había algo sencillo de construcción en torno a una tira de metal que tendría un tamaño de tres por diez por doce centímetros. La zarpa de nith le cerró el pequeño objeto.

—Rápido —dijo—, colócatelo en el bolsillo. Así.

Slade no tuvo tiempo de decir nada. El animal saltó hacia él. Antes de que pudiese decidir si resistirse o atacar, Slade vio cómo el bicho le metía el aparatito metálico en el bolsillo izquierdo del pecho. Slade

contempló cómo las dos partes de lo que quedaba del arma eran escondidas apresuradamente bajo la cama.

El nith se puso en pie de un salto.

—Vienen por ti —dijo tenso—. Recuerda, todavía no hay victoria. Lo que hemos hecho hasta ahora pudimos haberlo hecho años antes.

Se presentó la crisis.

La puerta se abrió y entraron media docena de soldados. Sin una palabra sacaron a Slade por un largo y mal iluminado corredor y lo introdujeron en un ascensor. El nith le siguió. El ascensor partió ascendiendo unos diez pisos. Otro pasillo, luego una puerta que daba a un apartamento espacioso.

Un hombre alto, delgado, con un físico poderoso estaba de pie mirando por la ventana sin cristales. Vestía las ropas brillantes y plateadas de un cazador de Naze y hasta que se volvió Slade no percibió algo familiar en la figura. Por eso la sorpresa al reconocerle fue terrible.

Geean era Malenkens.

XI

Fue una mañana de sorpresas devastadoras para Slade. Se daba cuenta de que el gran hombre le contemplaba con una débil sonrisa y fue la expresión desdeñosa de aquella sonrisa lo que sacó a Slade de su desesperado torbellino.

En una ráfaga de pensamientos vio la escena. La apología de Danbar. Ahora explicada. El nith de Geean aquella noche en el apartamento de Caldra debía haberle leído el pensamiento y la información básica en él involucrada. A Geean le fue posible permanecer a la espera de su llegada en el poblado de los cavernícolas. Allí, sin hacer preguntas, se había enterado por Slade de la historia detallada de cuanto había ocurrido.

Amenizas sanguinarias debieron haberse utilizado para silenciar de manera tan completa a hombres como Danbar.

La sonrisa del otro se hizo más satírica.

—Tienes razón —dijo Geean—. Eso es lo que pasó.

Las palabras, reflejaron de manera tan exacta sus pensamientos, asombraron a Slade. Miró al nith y la mente del animal rozó la suya casi de manera instantánea:

—Claro, estoy dando a Geean una visión censurada de tus pensamientos. Para eso utilizaba al nith traidor. Necesitaba a alguien que pudiese leer las mentes y me eligieron a mí como sustituto a causa

de mi parecido total con el muerto. Pero ahora, debes permanecer alerta. Siguió con mal disimulada prisa:

—Geean no está tan tranquilo como aparenta. Siente un respeto tremendo hacia Leear y ya ha ocurrido algo que le ha hecho comprender que «ésta» es la crisis. Si de pronto sintiera miedo, te mataría al instante.

»Por consiguiente has de estar preparado para actuar cuando recibas un pensamiento mío fulgurante.

—Pero, ¿qué se supone que tengo que hacer?

No hubo respuesta a aquella pregunta tan in-tensamente pensada. Slade se humedeció los resecos labios mientras se daba cuenta de cuán completamente estaba envuelto de pronto por los momentáneos acontecimientos. Pensó: «He de convencer a Geean, persuadirle de que yo no soy ningún peligro». Antes de que pudiese hablar, dijo Geean:

—Slade, estás vivo en este instante porque yo aún no me he decidido. Una mujer —su voz sonó frenética—, llamada Leear, la única otra persona cinturón de plata inmortal, ha proclamado que puede utilizarte para matarme. Yo podría adelantarme y matarte a ti, pero ella no tardaría en sacar a otra persona como tú con la que amenazarme y la vez ésa probablemente no la descubriría con antelación. Esta es la ocasión en que debo correr los riesgos que me esperan. Tú eres el hombre que se beneficia del momento, Slade, debo descubrir cuál es el método de ella. Para mí, nada en el mundo me importa más.

Era impresionante. El rostro de Geean había cambiado mientras hablaba. En todos sus rasgos se veía seriedad. El hombre se sentía fascinado hasta la médula de su alma por la amenaza que gravitaba sobre él. Geean, que era inmortal, se veía amenazado de súbito y lo asombroso y anonadador debía ser la vaguedad de la amenaza, la falta de detalles de toda aquella enojosa amenaza. Cientos de años probablemente habían pasado desde que Geean sintiera tanto interés y excitación como ahora sentía.

Los pensamientos particulares de Slade terminaron, porque Geean proseguía, con voz más dura, con modales más intencionados:

—Slade, está claro para mí que eres un elemento de este asunto cuya participación es involuntaria. Pero nada puedo hacer a ese respecto. Aquí estás. El número ha sido forzado a pesar de todas mis advertencias a Leear. En este momento, y es obvio preguntar si es obra de ella, un fuego atómico está ardiendo en el piso cuarenta de la torre. No tardará mucho en llegar hasta aquí.

Brevemente la atención de Slade erró. Se quedó plantado,

estupefacto. Un fuego atómico. Oh, eso significa que la torre quedaría destruida, la barrera caería para siempre. Naze ya estaba vencida.

Con el ojo de su mente, visualizó aquel fuego máximo entre todos los fuegos. Empezó a temblar. Los otros, indudablemente, tenían medios de escape, pero ¿y él? La voz implacable de Geean prosiguió:

—Siempre ha sido posible para Leear iniciar tal reacción atómica incontrolable entre la maquinaria de la barrera, pero hace mucho —su tono se hizo remoto— *mucho tiempo*, la previne de que si lo hacía, mataría yo a todo ser humano del planeta.

Sus ojos, tan fríos como el vidrio, se clavaron en Slade. El cambio en el hombre asombró por completo a Slade. Al principio tenía algo de la formal amabilidad de Malenkens. Todo se había esfumado ya. Su rostro estaba transformado. Era como una máscara, tan mortífera, tan cruel que Slade se sintió abatido. En espacio de pocos minutos el doctor Jekyll se había convertido en Mister Hyde.

—En todo tiempo —dijo Geean con voz infinitamente salvaje—, Leear ha sabido que si ella destruía la barrera yo destruiría la raza. Leear ha elegido. Así será.

Las palabras tenían un significado tan definitivo que de inmediato no parecieron tener sentido. Slade pensaba que el espectáculo del cambio de Geean había sido como estar en presencia de un hombre que bebía hasta colocarse en un estado de bestial excitación, como ver de repente una cloaca, como verse obligado a contemplar una escena obscena. Slade se estremeció con asco y entonces, de manera brusca, su absorción con las cosas físicas pasó. De un salto comprendió el inmenso significado de las pala-bras de aquel hombre.

Se notó medio paralizado y luego, más fuerte que antes le llegó la comprensión de que tenía que convencer a Geean, necesitaba persuadirle de que Michael Slade no haría nada por dañarle. Abrió la boca para hablar… y la volvió a cerrar.

Una forma entraba por la ventana tras Geean. Era una figura de mujer, momentáneamente insustancial. El nith debió haber avisado a Geean, porque se volvió enhebrando una sonrisa sombría. La sonrisa se convirtió en un amplio gesto de desdén cuando Leear acabó de entrar en la estancia.

Slade la miró tenso. Tenía idea de que su vida se hallaba en uno de los platillos de la balanza. Ahora que Leear había llegado, Geean estaría tenso ante la necesidad de dar muerte al único hombre que se suponía capaz de matarle. El tremendamente ansioso pensamiento del nith se adentró en su mente:

—Cálmate, hombre, por tu bien y el nuestro. Claro, ya tienes ahora

bastante experiencia con la naturaleza del sistema nervioso para darte cuenta de que un hombre que no esté relajado sufre una terrible desventaja. Te aseguro que te daré todo aviso necesario. Así que cálmate y afronta esta situación mortal.

¡Relajarse! Slade se aferró a tal esperanza. La relajación le sería fácil ahora. La esperanza se adentró más, y más. Qué tremenda y terrible broma era para Geean la presencia de aquel nith.

Slade miró al animal maravillado. Allí estaba sentado sobre sus cuartos traseros, un oso- gato gigantesco, leyendo los pensamientos de cada cual, pasando a cada persona una versión censurada de lo que percibía. Y Geean le creía... y estaba tranquilo, frío, confiado, y *creyéndole*... porque estaba convencido de que era su nith.

Si era realmente inasesinable, entonces aquel engaño no significaba nada. Pero si Leear tenía algún método para matarle, si había algún punto débil en su imbatibilidad, entonces Geean había cometido el máximo error de su carrera.

Slade aspiró una larga y lenta bocanada de aire y lo expelió... despacio. La relajación fue tan rápida como aquello. Allí de pie, pudo por primera vez contemplar bien a Leear.

Era una Leear distinta a la que recordaba de las otras breves veces. Estuvo desnuda junto al marjal y fue algo más que una sombra en la espacionave. De cualquier modo, él daba por sentado que ella vestiría las toscas y prácticas ropas de los cavernícolas.

Estaba equivocado. Ningún habitante de las cavernas se hallaba allí. Su cabello era una elaborada maravilla, ni un mechón suelto, ni un rizo desordenado. Y brillaba como si tuviera un baño de laca. Vestía una tela sedosa que parecía nueva. Y el modelo parecía haber sido di-señado para ella. Realzaba su figura con una casi excesiva muestra de buen gusto. Incluso su actitud dominante estaba suavizada, porque envió una rápida y cálida sonrisa a Slade y luego, mientras se encaraba con Geean de manera abierta, la sonrisa se desvaneció. Si tenía in-tención de hablar, fue demasiado lenta. Fue Geean quien rompió el silencio:

—Toda ataviada con tu equipo nupcial —dijo irónico. Comenzó a reír a carcajadas. Era una risa alta, insultante. Por último paró y se volvió sonriendo a Slade—. Te interesará saber, amigo mío, que eres la última esperanza de esta vieja solterona de diez mil años de edad. Es algo difícil de explicar, pero los hombres de las cavernas, por la mera razón de su tipo de adiestramiento nervioso, se ven afectados adversamente por el aura de una mujer que gana su potencia nerviosa por medio de dispositivos me-cánicos. Según eso, ella no puede

conseguirse un esposo de entre ellos. Eso deja a mis bebedores de sangre de ahí fuera —agitó la mano hacia la ventana— y a ti, como candidatos.

La sonrisa fue todavía más amplia.

—Por razones de moralidad —prosiguió—, ella no se siente interesada por ningún hombre habituado a beber sangre, lo que naturalmente reduce el campo de elección hasta a ti. Divertido, ¿verdad?

La sonrisa se desvaneció. Bruscamente salvaje, el hombre giró hacia Leear.

—Y tú, querida mía —dijo cáustico—, te interesará saber que Slade está de mi parte, no de la tuya. El nith acaba de informarme que está ansiosamente desesperado por convencerme de que nada tengo que temer de él. Puesto que el nith me informará cuando, y si muda de opi-nión, me encuentro en una situación magnífica para hacer negocio.

No se dio cuenta. Era sorprendente, era casi abrumador verle de pie allí aceptando lo que el nith me informará cuándo, y si muda de opi- acerca de las intenciones de Slade y sus deseos el hecho de que estuviera fríamente proporcionándole datos reales con un énfasis que de manera curiosa realzaba lo completamente que se hallaba a merced del animal.

Por su propio bien sería mejor que Geean fuese inasesinable. De otro modo, estaba ya prácticamente en las últimas.

—Queremos enseñarte —le llegó el pensamiento del nith—. Si Geean nos lo permite, queremos enseñarte lo que hay tras la lucha de la nave y la ciudad. Por eso le conté tu determinación de no matarle.

Prosiguió con rapidez:

—Será sólo un aplazamiento. Uno no puede escapar a la necesidad de elegir entre los dos mundos en guerra aquí, las dos personas que están ante ti. Puedo decirte hasta eso. Cuando llegue el momento, tu elección será libre, pero sólo en el sentido de que nada en este universo es libre por completo.

»Pero ahora debemos persuadir a Geean para que te permita oír una breve historia de Naze.

Geean parecía dispuesto a acceder. Se le veía genuinamente divertido.

—Quizá así se pueda realmente llegar a convencer a Slade para que haga algo. Creo que debería advertírtelo ahora. Soy quien está en mejores condiciones para ganárselo. Acabo de recordar algunas de las cosas que él me contó acerca de su país. Sólo hace unos pocos años

dejaron caer bombas atómicas sobre las ciudades más grandes de sus enemigos. El paralelo con nuestro caso es la mar de interesante y de tan mal augurio para ti que te sugiero que abras por completo tu mente al nith y que el asunto se liquide lo antes posible. Todo lo que quiero saber es, ¿cómo planeas utilizar a Slade para matarme?

Sonrió antes de proseguir.

—¿No quieres hacerlo? Muy bien, sigamos pues. Siempre me divierte oír otra vez el relato de acontecimientos en los que he participado.

Se acercó al diván y se sentó. Y esperó.

Leear se volvió hacia Slade.

—Seré rápida —dijo.

No fue muy larga la historia que contó entonces. Pero era la imagen del fin de una civilización que había alcanzado la perfección mecánica. Los habitantes inmortales de Naze eran indestructibles por virtud de sus cinturones plateados, que les daban control de sus nervios. Había máquinas para cada propósito y todas fun-cionaban por el mismo principio... control del sistema nervioso humano mediante energías inorgánicas.

Al pasar lentamente los años, la mismísima perfección comenzó a palidecer. Se descubrió que muchos individuos se suicidaban. El aburrimiento se instaló como un vasto dominio sobre aquella ultramaterialista civilización y a cada día que pasaba los hombres y las mujeres buscaban acabar con él mediante la muerte voluntaria.

El suicidio se convirtió en una tendencia masiva. Al principio, el planeta estaba bien poblado, casi con exceso. Al final sólo un puñado de millones vivía en dieciocho ciudades. Fue en este punto muerto cuando nuevos descubrimientos acerca del sistema nervioso humano proyectaron un punto de vista totalmente nuevo sobre el futuro del hombre.

Se realizaron experimentos con animales y pájaros. En un espacio de tiempo sorprendentemente corto varias razas animales fueron capaces de leer los pensamientos, algo que el hombre, con todas sus máquinas, jamás había podido conseguir. También reaccionaron maravi-llosamente en otros caminos y así se celebró un plebiscito y se decidió por una mayoría de votos abrumadora desterrar la inmortalidad artificial y dar una oportunidad a la nueva y maravillosa ciencia.

Leear se detuvo y miró a Slade con gravedad.

—No podían haber medidas a medias. Era o todo o nada, ningún sistema voluntario podía permitirse, ninguna excepción. Los nuevos

descubrimientos probaban que el hombre, en su primitiva sencillez, había seguido el camino equivocado de la civilización y que debía rehacer sus pasos y comenzar de nuevo. Tenía que retroceder alejándose de los dioses materialistas que había seguido desde hacía tantísimo tiempo, abandonar sus ciudades y sus máquinas. Ya has visto lo que hombres como Dunbar pueden hacer, y él ha alcanzado sólo una parte de la fase tercera de control o fase molecular. La fase final, la electrónica, imposible de alcanzar mientras exista la ciudad de Naze, va completamente más allá de cualquier cosa que haya podido ser jamás imaginada por el nombre, Con nuestros cinturones mecánicos, nuestros cinturones de plata, hemos tenido visiones anticipadas tantalizantes, pero eso es todo. Los hombres serán como dioses, casi omnipotentes y naturalmente inmortales.

»¿Me oyes? *¡Naturalmente inmortales!* En tu mundo y en el mío, hace mucho, miles de generaciones de seres humanos han muerto sin necesidad. Todos ellos tenían dentro de su cuerpo la fuerza de las fuerzas, la capacidad innata de realizar cada deseo.

La imagen había ido creciendo en Slade, mientras ella hablaba. La existencia de los hombres de las cavernas quedaba explicada. La extrañísimas piezas del rompecabezas de este mundo empezaban a encajar en su lugar y él tuvo una súbita y asombrosa visión de lo que ella trataba de hacerle llegar.

Leear continuaba con rapidez:

—Piensa en tu propia experiencia —dijo con voz intensa—. Viniste de un plano de existencia a otro porque tu mente aceptó de pronto una nueva realidad. Y entonces ahí hay una comparación que muestra cuan completamente equivocadas pueden ser las apariencias. Luz. La gente del mundo de los dos ojos debe tener una definición de la luz como algo materialista, algo externo.

Le miró tan demandante que Slade asintió, luego la explicó la teoría ondulatoria y corpuscular de la luz.

—La luz —exclamó triunfante Leear—, es una percepción del reactor, no una actividad del actor. Ahí fuera, en el espacio hay un gran cuerpo al que conocemos con el nombre de sol. Nosotros y cada objeto de esta habitación, sea orgánico o inorgánico, nos damos cuenta de la presencia de ese sol. Todos reaccionamos ante su presencia, precisamente como él reacciona a la nuestra. Pero él no nos envía calor, ni luz, ni «nada». La apreciación está dentro de nosotros mismos, dentro de las moléculas de esta mesa y de aquella silla. Para nosotros, esa apreciación se manifiesta como una percepción que llamamos luz. Ahora, ves, ahora comprendes a aquel hombre

primitivo, sin ayuda, siguiendo el curso erróneo. El no tenía modo de comprender la verdadera naturaleza de este mundo.

Slade no había esperado captar el significado pleno de las palabras de ella. Pero lo captó. Sólo unos cuantos meses antes asistió a una conferencia dada por un discípulo de Einstein. Y de manera algo distorsionada, *aquélla* fue la última teoría de la luz del famoso científico. Pero Slade casi lo había olvidado todo.

Estaba con el ceño fruncido tratando de visualizar, cuando se le ocurrió mirar a Geean. Eso le devolvió con un sobresalto a una clase por completo diferente de realidad. Dijo:

—¿Dónde encaja Geean en todo esto?

—Precisamente iba yo a hacer la misma pregunta —intervino con sequedad Geean.

Leear permaneció silenciosa durante un momento. Luego, en voz baja:

—Hubo, claro, oposición al gran plan. Todos los cinturones de plata fueron destruidos a excepción del mío y el de mi compañero, a quienes la masa nos había elegido para tripular la nave que viste, para vigilar el experimento, para hacer un relato de su progreso y...

Se detuvo.

—Hubo oposición —siguió diciendo con llaneza—. Una minoría pequeña y egoísta dirigida por Geean...

De nuevo se detuvo Esta vez Geean soltó una carcajada, pero la risa acabó con brusquedad. Dijo sombrío:

—Ellos no tenían idea de cuán lejos tenía decidido yo llegar.

Algo de la falta de remordimiento por la decisión que él había llevado a cabo apareció entonces en su rostro y en su voz cuando prosiguió:

—Mis fuerzas atacaron una noche a diecisiete ciudades y las barrieron con bombas atómicas. Mediante una añagaza nos aseguramos el cinturón del compañero de Leear y le matamos. Ese es el cinturón que ahora llevo. Teníamos planeado también destruir la nave, pero por pura casualidad Leear se la había llevado de su fondeadero.

Respiró pesadamente con el recuerdo de lo que debía haber sido la mayor impresión de su larga e implacable vida. Sus ojos se contrajeron, su cuerpo se puso tenso.

—Ella atacó nuestros almacenes en Naze. Para cuando conseguimos alzar la barrera, ella ya había destruido toda posibilidad de que nosotros alguna vez pudiéramos fabricar cinturones.

Geean sufrió un último escalofrío al recordar y luego lentamente se

incorporó. Miró beligerante en su rededor.

—Basta ya —dijo—. No me imagino a un forastero en este mundo acalorándose tanto por algo que ocurrió hace más de mil años, ni que él quiera arriesgar su vida para convertirse en vengador.

Así tan rápidamente la conversación se hundió en las verdades prácticas.

XII

Era demasiado tiempo, pensó alegremente Slade. Muchos siglos habían pasado desde que se perpetró aquel crimen colosal. Y no obstante, a pesar de la vasta brecha del tiempo, algo del horror había traspasado los años y le había rozado a él.

Pero el problema seguía existiendo aquí. *Aquí,* en esta habitación. El forcejeo por el predominio entre la nave y la ciudad. Aquella entidad colectiva de la nave iba a derrotar a la entidad que era la ciudad. Pero Geean sobrevivía y, por esta misma supervivencia, retendría su poder de muerte sobre todas las indefensas personas de aquel piano.

Pero la vida se centra en lo individual. Un hombre debe salvarse a sí mismo.

—Estás equivocado —pensó el nith—. La vida es la raza. El individuo debe sacrificarse.

Eso era demasiado profundo para Slade. Se dio cuenta de que Geean estaba hablando aún ahora en dirección a él.

—Mi animal lector de mentes —dijo—, me ha estado manteniendo en contacto con tus pensamientos. Soy feliz al advertir que desechas los argumentos de Leear como demasiado metafísicos y poco prácticos. Es posible —prosiguió—, que tú y yo estemos más cerca mentalmente de lo que había sospechado. También me ha dicho el nith los argumentos que estás forjando para convencerme de que debo dejarte vivo. Con franqueza, no había pensado en realidad que tu capacidad para volver a tu tierra pudiese serme valiosa, pero ahora puedo ver cómo puede serme útil.

Slade, que ni siquiera había pensado ningún argumento para salvarse él mismo, miró fija y confusamente al nith. Era asombroso comprobar que la bestia había estado utilizando una experta psicología para salvarle la vida.

—Te dije —pensó en su mente el nith—, que cuando llegue el momento tu elección será libre personalmente. Geean ha decidido, que si no se presenta una crisis, te dejará vivo.

El pensamiento de respuesta de Slade fue sombrío:

—¿Pero cómo voy a llegar al suelo de mi propio plano de existencia?

—Eso —le respondió como un relámpago el nith—, viene bajo el encabezamiento de lo que te dije antes. Ninguna elección en este universo es completamente libre. Puedes confiarte tú mismo a nuestro

bando, o puedes tratar de llegar a un acuerdo con Geean.

Así que eso era. Ellos pensaban que iban a forzarle a tomar un riesgo para evitar otro. Y cuando uno llegase hasta eso, ellos le tendrían bien pillado. Slade pensó frenético:

—¿Qué quieres que haga?

—Geean debe morir. Sólo tú puedes matarle.

—Ya me lo habéis dicho antes —e impaciente volvió a preguntar —: Lo que yo quiero decir es...

Se detuvo. Durante semanas sabía que eso era lo que de él se requería. La realización había yacido en lo más hondo de su mente, para ser sacada ocasionalmente y ponderada de una manera irreal. Era cosa muy distinta pensar de pronto: *éste* es el momento.

El, que nunca había matado a nadie, debía ahora asesinar a Geean.

—¿Cómo?

—En el bolsillo izquierdo tienes un instrumento. Vuélvete despacio hasta que tu costado izquierdo apunte a Geean. Métete disimuladamente la mano en el bolsillo y oprime el botón que encontrarás en la parte de arriba del mecanismo.

»Ese instrumento ha tenido ahora tiempo de integrarse en tu sistema nervioso que, como sabes, no está por completo estabilizado en este plano. Cuando oprimas el botón, el mecanismo transmitirá a Geean en una forma muy concentrada tu presente inestabilidad. El se verá al instante proyectado al plano de existencia bio- cular y caerá desde ochenta pisos al suelo. Lo mismo que tus balas no funcionaban cuando viniste aquí por primera vez, así su cinturón de plata le será igualmente inútil allí.

* * *

Slade se sintió cambiado de color. Vagamente se daba cuenta de que Leear y Geean estaban discutiendo con viveza entre ellos, pero su mente no logró enfocarlos. Pensaba «¡Hacer eso a un ser humano!»

Se acordó de su propio miedo a tal caída. Y un súbito horror se apoderó de él.

Un momento sólo. Si me dejo envolver en este proceso de transferencia de un plano a otro, entonces caeré también.

—No, no caerás.

No lo creía. Con cálido terror vio todo el cuadro. Hasta allí le había llevado toda aquella monserga de sacrificarse por la raza. En su mente, vio los cuerpos de Geean y el suyo cayendo y cayendo. Y ello edificó un curioso sentimiento de parentesco entre aquel hombre y él.

—Te juro —dijo el nith—, que no morirás.

Una profunda incredulidad se apoderó de él.

Y un profundísimo desaliento.

El nith estaba desesperado.

—Nos estás obligando a llegar a ciertos extremos. Leear ha decidido que o ella o Geean, uno de los dos, muera aquí hoy. Si no matas a Geean, entonces, a menos que él gane una victoria completa, llevará a cabo su amenaza de destruir a cada hombre, mujer y niño del pla-neta. Puedes ver que Leear no puede consentir que esto suceda. Por tanto, la elección te corresponde a ti. LQ que tú hagas determinará finalmente si la gente de este planeta se convertirá en esclavos de Geean o si tendrán oportunidad de hacer reales sus potencias naturales.

Slade pensó dudoso:

—¿Quieres decir que Leear va a suicidarse?

El nith le replicó satírico:

—Por favor, no te intereses por Leear. El interés por ella es una característica moral, diremos racial, como forma distinta de lo individual, la característica de pensar unipersonalmente. Es propio de tu mente no tener realidad externa. ¿Qué importa en verdad que esta mujer y todo lo que ella representa, muera, si tú vives?

Debía desesperar de convercerle a tiempo. Debió haber proyectado un pensamiento a la mujer; porque ella se volvió inexpresiva mientras Geean, los ojos contraídos por el recelo, iba diciendo:

—A menos que te marches ahora mismo, tendré que revisar mi decisión de no matar a Slade.

Ella se volvió hacia Slade y le dijo:

—Por favor, amigo mío, piensa en las generaciones que han vivido prisioneras en esta ciudad. Piensa en Amor, en...

Se detuvo como desamparada.

—Me obligas —dijo—, al sacrificio final.

Las manos de ella se movieron hacia la cintura y desaparecieron bajo la blusa. Volvieron a salir al instante portando un delgado cinturón. Lo arrojó de sí con violencia. Relució plateado y metálico al caer sobre la alfombra.

—*¡Tu cinturón de plata!*

Era Geean quien había gritado aquellas palabras de manera penetrante. Jamás en su vida oyó Slade un grito tal de triunfo e incredulidad. El hombre literalmente se precipitó hacia delante y recogió el cinturón. Sus ojos eran vidriosos y, brevemente, con miopía por causa del inmen-so placer.

Empezó a correr hacia la pared a la izquierda de Slade. Había un dispositivo en forma de cono en el rincón más próximo. Con dedos temblorosos metió dentro el cinturón. Ardió con una llamarada de vivido fuego y se consumió en una fracción de segundo.

Lentamente volvió a él la cordura. Sacudió la cabeza. Se encaró a la habitación y miró de Leear a Slade y su rostro mostró una creciente consciencia de la extensión de su victoria.

—Ah —exclamó extasiado—. Por fin estoy en situación de decidir lo que realmente voy a…

Slade nunca supo lo que Geean estaba en situación de decidir. Estaba impresionado hasta la médula de su ser. La súplica de Leear en beneficio de Amor le había convencido. El recuerdo de la degradación de Amor le trajo una vivida imagen de la gente dominada por un diabólico ególatra.

Automáticamente se había vuelto para seguir los movimientos de hombre. Tenía la mano en el bolsillo y su lado izquierdo hacia Geean. Pensaba que bajo ciertas circunstancias la libre elección de un hombre puede incluir la posibilidad de la muerte personal.

Con una débil presión, oprimió el botón del mecanismo de su bolsillo.

DECLARACION EN LA AUDIENCIA DEL TENIENTE DETECTIVE JIM MURPHY

Cuando la pasada semana se descubrió el cuerpo de Michael Slade al pie de las colinas cerca de la ciudad de Smailes, me enviaron a mí a aquel lugar. Fue por mi solicitud el que se trasladara la vista de esta audiencia a la ciudad natal de Mr. Slade, donde viven la mayor parte de los testigos.

Acerca de estos testigos, desearía decir que todos ellos, sin excepción, dudaban en identificar el interfecto como Michael Slade cuando se les enseñó el cadáver por primera vez. Más tarde, en este estrado, fueron más positivos, habiendo en apariencia resuelto sus anteriores dudas sobre la premisa. «El hombre muerto tenía tres ojos. Por tanto, debe ser Michael Slade».

Uno de los motivos de mi ida a Smailes fue el de hacer alguna tentativa para descubrir dónde había estado Michael Slade durante los pasados meses.

Tengo una experiencia considerable en localizar personas desaparecidas, pero mis métodos corrientes no produjeron resultados de ninguna clase. Mientras que el tiempo pasado desde la muerte de

Mr. Slade ha sido bien corto, casi estoy preparado para decir que cualquier investigación ulterior sólo servirá para destacar el siguiente hecho:

Michael Slade salió paseando de su propio jardín posterior en esta ciudad hace varios meses y su cuerpo fue descubierto la semana pasada cerca de la ciudad de Smailes, o hay constancia de sus andanzas durante el intervalo.

* * *

Subieron hacia lo alto de la espira delante del ominoso humear y los crujidos del incendio. La dirección preocupaba a Slade. ¿Cómo iban a bajar, teniendo a las llamas formando una barrera en los pisos inferiores? Y el fuego podía devorar las paredes principales y hacer que la parte superior, del inmenso edificio se derrumbara contra el suelo.

Había una posibilidad, claro, de que ellas y el nith pudieran bajar con tanta facilidad como habían venido a través de las ventanas. Pero Leear sacudió la cabeza cuando Slade le preguntó si la cosa iba a ser así.

Ella se había detenido cerca de una ventana.

—Vinimos —dijo—, gracias a mi cinturón de plata. He estado esperando que tropezáramos con un almacén de voladores. Si no encontramos ninguno, tú eres nuestra única esperanza.

—¿Yo? —Slade estaba estupefacto.

—Dime —preguntó ella—, ¿puedes visualizar en tu mente la máquina de la rueda que escondiste en el arbusto cerca de donde fuiste capturado por los cazadores de Naze?

Slade la dirigió una mirada de asombro. Así que ella lo sabía. Por último, Slade dijo:

—Creo que sí.

Ella asintió:

—¿Incluyendo los tres puntos brillantes?

Esta vez se limitó a asentir, porque comenzaba a recordar lo que el nith podía hacer.

—Entonces de prisa —dijo Leear—. Su alta velocidad es limitada, algo así como cinco mil kilómetros por hora. Le costará varios minutos llegar hasta aquí.

Slade la miró y tragó saliva. Pero caminó con ella hasta la ventana, cerró sus ojos y se formó la imagen mental de la máquina con la rueda. El recuerdo era turbio durante unos momentos, luego se hizo

claro y agudo.

De pie a su lado, Leear dijo con voz suave:

—Parpadea despacio y no te esfuerces por retener la imagen. Deja que crezca y mengüe. Todo esto en cierto modo no tiene importancia, porque durante los próximos seis años, ambos, tú y yo debemos aprender por los medios naturales.

Eso le animó. Se quedó fijo en su cerebro. Le arrancó de su concentración. Se imaginó como podría ser dentro de seis años... fue la voz de ella gentil y casi hipnótica la que le apremió para volver a la realidad.

—Aguanta —dijo Leear con rapidez—, *¡aguanta!* Se hundirá hasta la Tierra si no lo haces y no hay tiempo que perder! En cualquier momento la maquinaria principal de la barrera será alcanzada por el fuego y luego esa barrera se derrumbará. Después de eso, ni siquiera los materiales más resistentes de la espira durarán mucho.

Sus palabras tranquilizaron a Slade. Lejos en el fondo de su mente estaba el recuerdo de lo que Geean había dicho sobre el vestido o atuendo nupcial de ella. Un filo de preocupación ensombreció su pensamiento. Porque, cuan-do uno recapacita en ello, ningún hombre se casa con una mujer diez mil años más vieja que él. Con Amor, sí. Sus flaquezas eran humanas, normales, perdonables. Tenía el presentimiento de que la chica accedería voluntariamente a ser su compañera. Con toda certeza que se lo pre-guntaría.

Estaba tan absorto en la máquina de la rueda que no percibió el pequeño juego secundario que tenía lugar a su lado. El nith informaba de lo que Slade estaba pensando.

La mujer dudaba, luego sus rasgos empezaron a cambiar.

Su rostro iba adquiriendo un asombroso parecido con el rostro de Amor cuando un fiero pensamiento del nith detuvo el proceso:

—No seas tonta —dijo la bestia con viveza—. De momento, él no tomará a bien la idea de que tú eras Amor. Asumiste ese papel para darle una imagen simpática de una chica de Naze. Se habría visto impresionado por el ca-rácter de una verdadera chica bebedora de sangre. De momento podría censurarte por la muerte de Caldra, incluso y a pesar de que tú habías ido esperando que Caldra le quitara sangre y así le precipitase de vuelta en su propio plano de existencia.

—Otra cosa —prosiguió el nith—. He advertido en tu mente que eres responsable de que él haya nacido con una mutación de tres ojos en un mundo biocular. Tampoco se lo digas inmediatamente. Deja que descubra más tarde que tú has controlado su vida desde que estaba en estado embrionario. Deja que se entere más tarde de que tú puedes ser

completamente femenina…

La mujer seguía dudando. Bruscamente volvió a ser de nuevo Leear.

Ella vio el balancearse del transportador purpúreo. Ella emitió un grito muy femenino:

—La barrera… ha bajado —exclamó.

Sus palabras fueron como la entrada que se da en el teatro al actor que va a intervenir. Hubo un relampagueo de metálica brillantez en la lejanía. La máquina con la rueda entró por la abierta ventana y se detuvo delante de los ojo; de Slade.

—El nith primero —apremió Leear—. Luego yo, después tú. Y no te preocupes. Flota con rapidez.

Casi no fue lo bastante rápido. La última vez que lo atrajo hasta sus ojos el rugir del fuego era un odioso sonido para sus oídos. Trepó en la rueda en forma de flor, empujó con fuerza… y quedó colgando.

El sol era una gloria brillante casi directamente encima de su cabeza. Había mucha gente abajo, pero cuando Slade se acercó al suelo no pudo ver ni rastro de Leear ni del nith. Una mujer, alta, delgada, esbelta, extendió sus brazos hacia él y con un sobresalto Slade reconoció a Amor. La llamó con un grito y ella le saludó con la mano frenéticamente.

Al poco, bajó a una ciudad que ya estaba gorgoteando consciente de su destino.

VEREDICTO DEL JURADO EN LA AUDIENCIA

Es decisión unánime del jurado que no hay la menor duda de que el cuerpo muerto es el del llamado Michael Slade. Los vestidos inusuales no pueden considerarse cosa de importancia esencial y por tanto el jurado encuentra que Michael Slade halló la muerte como resul-tado de una caída desde la altura, posiblemente desde alguna aeronave. No hay pruebas de asesinato o de delito alguno.

EL RULLENSE

I

El profesor Jamieson advirtió la otra lancha espacial con el rabillo del ojo. Estaba sentado en una hondonada a una docena de metros del borde del precipicio y a algunos pasos de la puerta de entrada de su propia lancha salvavidas. Había estado absorto en la lectura de su libro de investigaciones.

En él anotó una nota complementaria del informe magnetofónico, en la que comentaba brevemente que Laertes III estaba tan cerca de la invisible zona neutra que separaba la gravedad de la Tierra de la de Rull, que su localización era en si una gran victoria en la guerra humano-rullense...

Meditaba sobre esto, precisamente cuando no la otra lancha, algo a su izquierda... Aproximábase a la altiplanicie. Levantó la vista y miró...

Se quedó petrificado... entre dos perspectivas opuestas...

Su primer impulso, fue el de correr hacia el sal- impulso la precaución que las circunstancias aconse-jaban.

Se daba cuenta de que el menor movimiento seria detectado instantáneamente por los sistemas electrónicos del otro navío.

Por un momento, entonces llegó a admitir la posibilidad de que no le viesen si permanecía lo suficientemente inmóvil... Tal vez... Tal vez; ni él ni su nave serían descubiertos...

Incluso mientras continuaba allí sentado, sudando... sudando de verdadero pánico... de indecisión... de necesidad de saber qué era lo que tenía que hacer, sus ojos tensos advirtieron las marcas y señales características de Rull y la consigna emitida por el otro bajel. Sus conocimientos acerca de las cosas de Rull eran tan vastos que catalogó al instante la nave, como la clásicamente dedicada a la exploración.

Una nave de «exploración»...

Los rullenses había descubierto el sol Laertes.

¡Qué terrible revelación...!

La posibilidad de que, tras aquella lancha inocente podía haber auténticas flotas de combate, mientras él estaba allí... solo...

Su propio salvavidas había caído por el «Orion» a casi un parsec de distancia, mientras que la gran nave marchaba a velocidades antigravitatorios. Eso era para asegurarse de que los rastreadores de energía de Ruil no registraban su paso por aquella zona..'.

El «Orion» iba hacia su base más próxima, cargado con equipo defensivo planetario y, luego, volvería a por él. El regreso estaba

proyectado para dentro de diez días.

«¡Diez días...!». Jamieson gruñó interiormente, recogió las piernas bajo su cuerpo y con los dedos de una mano oprimió con fuerza su libro de exploraciones. Pero aún cabía la posibilidad de que su navío, semioculto bajo una arboleda, pudiera pasar inadvertido si él permanecía quieto, inmóvil allí al descubierto. Alzó la cabeza, sus ojos fulminaron el artefacto extranjero y su cerebro quiso poder romperlo en pedazos.

Una vez más, como un relámpago, mientras es-peraba, las implicaciones del desastre que podía ocurrir le conmovieron con fuerza. En todo el universo jamás había habido una inteligencia tan peligrosa como la de los rullenses. A la vez eran seres sin remordimientos e inmunes a todos los intentos de establecer una comunicación. Los habitantes de Rull mataban a cuantos seres humanos veían. Una nave de guerra con tripulación humana que se aventurase en el espacio patrullado por los rullenses sería atacada hasta que se retirase o fuera destruida. Las naves de Rull que entraban en el espacio controlado por la Tierra «nunca» se retiraban una vez se las atacaba. Al principio el hombre no se había mostrado dispuesto a comprometerse en un forcejeo mortal por la galaxia. Pero el inexorable enemigo le había forzado finalmente a enfrentarse en todos los aspectos con la tenaz y criminal policía de Rull.

El pensamiento finalizó. La nave de Rull estaba a unos cien metros de distancia y no mostraba señal de cambiar de rumbo. En cuestión de segundos cruzaría el grupo de árboles que semiescondía su lancha salvavidas.

En un espasmo de movimiento, Jamieson saltó de su silla. Como un disparo, con profundo abandono, corrió hacia el abierto portalón de su máquina. Nada más se cerró tras él la escotilla, el bote se estremeció como si un gigante le hubiera golpeado. El techo se combó; el piso se tambaleó bajo sus pies y el aire se convirtió en quemante y sofocador.

Jadeando, Jamieson se deslizó sobre la silla de control y giró bruscamente el conmutador principal de emergencia. Los disparadores de fuego rápidos zumbaron al colocarse en posición automática de disparo y detonaron con un «ping» sordo y gutural. Los refrigeradores rechinaron de energía; una ráfaga de aire frío sopló sobre su cuerpo. El alivio fue tan rápido que pasó un segundo antes de que Jamieson se diera cuenta de que los motores atómicos no habían respondido y que la lancha salvavidas, que ya debería estar deslizándose por el aire, yacía todavía inerte en su expuesta posición.

Tenso, miró por las pantallas de visión. Le costó un momento

localizar a la nave de Rull. Se hallaba en la parte inferior de una de las pantallas, ocultándose despacio tras un macizo de árboles a cosa de unos cuatrocientos metros. Mientras la miraba, desapareció; y entonces el estrépito del aterrizaje le llegó claro e inconfundible desde el panel sonoro que tenía delante.

El alivio producido se vio contrapesado por una tremenda reacción. Jamieson se hundió en el acolchado de la silla de control, sintiéndose débil tras haber escapado por tan poco de la muerte. La debilidad terminó bruscamente cuándo le asaltó un pensamiento. Había habido cierta tranquilidad en el modo en que el navío cayó. «El choque no habría matado a los rullenses de a bordo».

Se encontraba solo en una lancha salvavidas averiada sobre una montaña infranqueable con una o más de aquellas crueles e implacables criaturas que existieron jamás. Durante diez días debía luchar con la esperanza de que el hombre aún fuera capaz de apoderarse del planeta más valioso descubierto en todo un siglo.

Por sus pantallas de visión advirtió que en el exterior estaba oscureciendo.

Jamieson se tomó otro comprimido antisueño e hizo un examen más detenido de los motores atómicos. No tardó mucho tiempo en confirmar su primer diagnóstico. La pila básica gravitónica estaba agotada por entero. Hasta que pudiera ser recargada en el «Orion», los motores serían inútiles.

La conclusión obtenida tras el examen dejó a Ja-mieson como ligado de pies y manos. Se veía forzado irrevocablemente a entablar batalla en la altiplanicie, con todas sus intrincadas posibilidades. La idea que le había estado dando vueltas por la cabeza durante la prolongada noche adquirió un nuevo significado. Era la primer» vez que él supiese que un rullense y un humano tuvieran que enfrentarse uno con otro en un campo de acción limitado, en donde ninguno de los dos era prisionero del otro. Las grandes batallas del espacio tenían lugar de nave contra nave y de flota contra flota. Los supervivientes o escapaban o eran hechos prisioneros por las fuerzas que los arrollaron. En la actualidad, tanto humanos como rullenses, capturados o ante la perspectiva de verse cautivos, estaban acondicionados para matarse a sí mismos, para suicidarse. Los rullenses lo hacían mediante un acto de «volición mental» que nunca había sido desentrañado. Los hombres tenían que utilizar métodos mecánicos y en algunos casos eso demostró ser imposible. El resultado era que los rullenses habían tenido ocasionalmente oportunidades de hacer experimentos con hombres vivos y conscientes.

A menos de que vencieran, antes de que pudiera prepararse, aquí se presentaba una inapreciable opor-tunidad de efectuar algunas pruebas con los rullenses… y sin demora alguna. Cada instante de luz diurna debía ser utilizado hasta el límite máximo.

II

Para cuando el sol Laertes se asomó pálidamente por encima del horizonte que era el borde noreste del acantilado, el ataque se había iniciado. Los defensores automáticos, que había ajustado la noche antes, se movían despacio de punto a punto por delante del desintegrador móvil.

Jamieson vio con precaución que uno de los tres defensores también había cubierto su retaguardia. Aumentó aquella protección básica mediante arrastrarse de una roca protectora a otra. Manipuló las máquinas con un diminuto control manual que estaba conectado a las pantallas de visión que atisbaban desde la proa por encima de su vista. Con ojos tensos vigiló por encima de su vista. Con ojos tensos vigiló las titilantes agujas que le indicarían el movimiento o que las pantallas defensoras se veían sujetas a una oposición de energía.

Nada ocurrió.

Cuando llegó a la vista de la nave rullense, Jamieson preparó su ataque, mientras ponderaba serio el problema de la no resistencia. No le gustó. Era posible que todos los rullenses a bordo hubiesen muerto, pero lo dudaba. Los rullenses eran seres casi sin huesos. A excepción de media docena de cartílagos entrelazados sitos en lugares estratégicos, todos ellos eran músculos.

Con ojos sombríos, Jamieson estudio los restos con los telescopios de uno de los defensores. La nave yacía derrumbada, su morro enterrado en un muro de piedras. Sus planchas inferiores eran versiones colapsadas de las originales. Su único desintegrador de energía había estallado la tarde anterior, aunque era completamente automático y envió un golpe terrible y destrozador a la nave de Rull.

El efecto sobre todo era de profunda inmovilidad. Si eso era una triquiñuela, estaba preparada con gran pericia. Por fortuna, podía hacer pruebas, no definitivas sino indicativas y evidenciales.

Las hizo.

La altura sin ecos de la montaña más alta que jamás cubrió humeó con el sonido fogoso del integrador móvil. El ruido se convirtió en rugido mientras la pila atómica calentaba su trabajo y desarrollaba hasta el máximo una actividad de varios kilo-curies.

Bajo aquella barrera protectora el casco de la nave enemiga tembló un poco y cambió ligeramente de color, pero eso fue todo. Al cabo de diez minutos, Jamieson cortó la energía y se sentó turbado e indeciso.

Las pantallas defensivas de la nave de Rull estaban plenamente de

servicio. ¿Funcionaban automáticamente después de suprimir el disparo la noche antes?, ¿o fueron alzadas con deliberación para anular un ataque como aquel?

No podía estar seguro. Eso era lo malo; no lo sabía positivamente. Los rullenses podrían yacer dentro muertos. Podrían estar heridos e incapaces de hacer nada contra él. Podrían haber pasado la noche marcando la altiplanicie con líneas de control «L» capaces de influir en su sistema nervioso —tenía que asegurarse de no mirar directamente al suelo— o podían simplemente estar esperando la llegada de una nave más grande que la caída sobre aquel planeta,

Jamieson se negó a considerar la última posibilidad. Eso era la muerte, sin la menor esperanza.

Con el ceño fruncido, estudio el daño visible que había hecho la nave. Todos los metales duros se mantenían juntos, por lo que podía ver, pero el fondo completo de la nave estaba aserrado hasta una profundidad que variaba de uno a cuatro palmos. Alguna reacción debía haber entrado y la pregunta era: «¿cuáles habrían sido sus daños?».

Había examinado docenas de naves de Rull capturadas, entre ellas naves de exploración y ésta seguía el sistema de las demás, entonces delante estaría el centro de control, con una cámara hermética a prueba de desintegradores. En la parte trasera la sala de máquinas, dos almacenes, uno para combustible y equipo, el otro para alimentos y…

«Para alimentos». Jamieson dio un salto. Y entonces con los ojos desorbitados advirtió lo que había sufrido la sección alimenticia que recibió el daño mayor que cualquier otra parte de la lancha.

Claro, claro, la radiación debía haber entrado en ella, envenenando, estropeándola y al instante colocando al rullense, con su rápido sistema digestivo, en una situación mortal.

Jamieson suspiró con la intensidad de su esperanza y se preparó para retirarse. Al darse la vuelta, accidentalmente por completo, miró a la roca detrás de la que se había escondido en evitación de un posible fuego directo.

La miró y vio las líneas «L». Líneas intrincadas, basadas en un profundo e inhumano estudio del sistema nervioso humano. Jamieson las reconoció y se quedó rígido de horror. Pensó con angustia: «¿Dónde, dónde tengo yo que caer? ¿Por qué acantilado?».

Con un esfuerzo desesperado de voluntad, con toda su potencia, luchó por conservar su sentido un momento más. Sentía deseos locos de volver a ver las líneas. Vio, breve, relampagueantemente, cinco

verticales y sobre ellas tres líneas que se llevaban al este con sus extremos oscilantes.

La presión aumentó, más y más dentro de él, pero aún luchó por mantener en marcha sus pensamientos. Luchó por recordar si había amplias cornisas cerca de la cumbre del acantilado del este. Las había. La recordó en un agobio final de esperanza. «Ahí», pensó. «Ésa, ésa. Me dejaré caer por ésa». Se esforzó por mantener la imagen deseada de aquel reborde y por repetir, repetir la orden que pudiese salvar su vida. Por último, el sombrío pensamiento era que allí estaba la respuesta a sus dudas. El rullense estaba vivo.

La negrura vino como un telón de pura esencia de la noche.

III

Sombrío, el rullense resbaló hacia la lancha del hombre. De distancia segura la examinó. Las pantallas defensivas estaban alzadas, pero no estaba seguro de que hubiesen sido alzadas antes del ataque de la mañana o después de entonces, o que se hubiesen puesto en funcionamiento de manera automática ante su proximidad.

No podía estar seguro. Eso era lo malo. Por todas partes de la altiplanicie que le rodeaba, había un terreno yermo, una insolación distinta a cualquiera que hubiese visto jamás. El hombre podría estar muerto, su cuerpo destrozado yaciendo en el fondo remoto de la montaña. Podría hallarse dentro de la nave muy herido; tenía, desgraciadamente, tuvo tiempo de volver a la seguridad de su nave. O podría estar esperando dentro, alerta, agresivo y consciente de la incertidumbre del enemigo, decidido a aprovecharse plenamente de la ventaja de esa incertidumbre.

El rullense instaló un mecanismo de vigilancia que le avisaría cuando la puerta se abriese. Luego regresó al túnel que conducía a su nave, arrastrándose con dificultades a través de él, y se instaló en espera de cualquier emergencia.

El hambre dentro de él era una fuerza que se le extendía expansiva, siniestra apremiándole con su gran urgencia. Era ya hora de dejar de moverse. Necesitaría toda su energía para la crisis.

Los días pasaron.

IV

Jamieson se agitó en un efluvio de dolor. Al principio parecía envolverlo todo, una niebla de angustia que le bañaba en sudor de cabeza a pies. Poco a poco, luego, lo localizó en la región inferior de su pierna izquierda.

El pulso del dolor dio ritmo a sus nervios. Los mi-nutos se extendían hasta alcanzar una hora y luego finalmente pensó: «¡Oh, me he dislocado un tobillo!». Tenía algo más que eso, claro. La presión que le había impulsado hasta aquí tendría una plancha gravitónica. Cuan largo había yacido, parcialmente consciente, no era claro, pero cuando por último abrió los ojos el sol todavía brillaba sobre él, aunque estaba ya directamente por encima de su cabeza.

Lo contempló con la indiferencia de un soñador, mientras el rastro se retiraba lentamente pasando del borde del precipicio de enfrente. No fue hasta que la sombra del acantilado le cruzó el rostro que comenzó á tener plena consciencia con un súbito recuerdo de un peligro mortal.

Le costó un rato sacudirse los restos de la influencia de las líneas «L» sobre su cerebro. Y, aun cuando esa influencia se desvanecía, percibió bastante extensamente las dificultades de su postura. Advirtió que se había precipitado sobre el borde de un acantilado cayendo a una escarpada ladera. El ángulo de descenso de aquella ladera era de cincuenta y cinco grados y lo que le salvó fue que su cuerpo quedó enredado en la maleza cerca del borde de un precipicio mayor que quedaba más allá.

El pie debió habérselo retorcido en aquellas raíces y luego dislocado.

Cuando finalmente se dio cuenta de la naturaleza de sus heridas, Jamieson alzó los brazos. Estaba a salvo. A pesar de haber sufrido una derrota accidental de mayores proporciones, su inmensa concentración en aquella ladera, su voluntad desesperada a hacer que ése fuese el lugar donde cayese, dio resultado.

Comenzó a trepar. Era bastante fácil por la ladera, por ser escarpada; el suelo era áspero, rocoso y salpicado de arbustos. Fue cuando llegó al acantilado de tres metros que su tobillo demostró ser un verdadero obstáculo.

Cuatro veces resbaló, de mala gana; y luego, en la quinta intentona, sus dedos, asiéndose desesperadamente por encima de la cumbre del acantilado, se aferraron a una raíz irrompible. Triunfante,

se arrastró hasta la seguridad de la altiplanicie.

Ahora que el sonido de su forcejeo estaba callado, sólo su jadear pesado rompió el silencio del vacío. Sus ojos ansiosos estudiaron el terreno desigual. La altiplanicie se extendía ante él sin signos de figuras movientes.

A un lado pudo ver su lancha salvavidas. Jamieson comenzó a arrastrarse reptando hacia ella, cuidando de permanecer sobre la roca cuanto más posible. Lo que había sido del rullense no lo sabía. Y desde luego, durante varios días, su tobillo le mantendría dentro de la lancha y podría conservar a su enemigo haciendo conjeturas durante todos esos días.

V

El profesor Jamieson yacía en su litera, pensando. Podía oír los latidos de su corazón. De vez en cuando se producían sonidos ocasionales cuando se arrastraba fuera de la cama. Pero eso era casi todo. La radio, que había puesto en funcionamiento, parecía muerta. Sin parásitos, ni siquiera el desvanecerse y aparecer de una onda. En aquella distancia colosal, incluso la radio superespacial era imposible. Escuchó todas las longitudes de ondas más activas de Rull. Pero también allí reinaba el silencio. No era probable que estuviesen emitiendo si se hallaban en la vecindad.

Se veía cortado aquí en aquella diminuta nave sobre un planeta deshabitado, con motores inútiles.

Trató de no pensar en eso. «Aquí» se dijo a sí mismo, «está la oportunidad de toda una vida para efectuar un experimento».

La idea le confortó y le atrajo como la llama atrae a una mariposa. Era difícil apoderarse de rullenses vivos. Hacía casi un año, uno de ellos fue capturado en estado de inconsciencia y fue considerado como un tesoro inapreciable. Pero aquí la instrucción era todavía más ideal.

«Somos prisioneros, los dos». De ese modo trató de imaginárselo. Prisioneros de unos alrededores y, por tanto, de modo curioso, prisioneros mutuamente.

Sólo que caña uno estaba libre de la necesidad condicionada de suicidarse.

Allí había cosas que un hombre podía descubrir. Los grandes misterios —en cuanto concernía a los hombres— que motivaba las acciones de los rullenses. ¿Por qué querían destruir otras razas en su totalidad? ¿Por qué innecesariamente sacrificaban naves valiosas atacando las máquinas terrestres que se aventuraban en sus sectores del espacio… cuando sabían que los intrusos se marcharían de todas maneras dentro de pocas semanas? ¿Y por qué los prisioneros podían matarse a sí mismos a voluntad, suicidándose sin esperar a descubrir cuál era el destino que les esperaba? Algunas veces se les quería únicamente para que actuasen de mensajeros.

¿Era posible que los rullenses tratasen de ocultar una terrible debilidad en su construcción de la que el hombre todavía no había encontrado un indio?

Las potencialidades de esta lucha del hombre contra Rull en un asunto de montaña animaban a Jamieson mientras yacía en su litera, hizo planes, el problema dio vueltas y vueltas en su mente.

Había veces durante aquellos perros días cuando se arrastraba la silla de control y atisbaba durante una hora a la zona que aparecía en sus pantallas de visión, que se sentía desesperado. Vio la altiplanicie y la lejana extensión panorámica más allá de ella. Vio el firmamento del Laertes III, un cielo rosa azulado, silencioso y sin vida.

Vio la prisión. Allí atrapado, pensó con tristeza. El profesor Jamieson, cuya aparición en un planeta deshabitado descubriría ese mundo para multitudes que se lanzarían irreprimibles a su conquista, cuya voz tranquila en las cámaras del consejo galáctico de la Tierra hablaba con autoridad final... ese Jamieson estaba aquí, solo, acostado en una litera, esperando que se le curase la pierna, para poder llevar a cabo un experimento con un rullense.

Parecía increíble. Pero empezó a creerlo cada vez más al pasar los días.

El tercer día él no era capaz de moverse lo suficiente para manejar unos cuantos objetos pesados. Empezó el trabajo inmediatamente en la pantalla mental. El quinto día la terminó. Luego tenía que grabar la historia. Eso era fácil. Toda secuencia había sido preparada con cuidado en la cama de modo que fluyese de su mente hasta la grabadora de imágenes.

Ajustó la pantalla a unos doscientos metros de lanchas salvavidas, detrás de un grupo de' árboles. Arrojó una lata de carne a unos tres metros de un costado de la pantalla.

El resto del día se deslizó despacio. Era el sexto desde su llegada y de la de Rull, el quinto desde que se lastimó el tobillo.

Llegó la noche.

VI

Una sombra deslizante, ondulando bajo las estrellas de Laertes III, era el rullense acercándose a la pantalla que el hombre había alzado. Cuán brillante era, luciendo en la oscuridad de la altiplanicie, un manchón de luz en el universo negro del suelo desigual y de la mortecina maleza.

Cuando se hallaba a treinta metros de la luz, percibió el alimento... y se dio cuenta de que allí había una trampa dispuesta para él.

Para el rullense, seis días sin comer habían sig-nificado una tremenda pérdida de energía, negruras visuales en una docena de tonos cromáticos, una dis-minución de la fuerza vital que coincidía con las sombras, no con el sol. Aquel mundo interior del desconjuntado sistema nervioso era como una batería agotada, con cierta cantidad de instrumentos orgánicos desconectados uno a uno al caer la tensión energética, el «yeli» reconoció oscuramente, pero con salvaje ansiedad, que sólo una parte de aquel sistema nervioso lograría recuperarse hasta su pleno uso. E incluso para eso se necesitaba esencial-mente velocidad. Unos cuantos pasos más hacia abajo y luego el viejo, viejísimo precepto del suicidio podría solicitarse incluso del alto Aaaish del Yeell.

El cuerpo de gusano permaneció quieto. El centro visual detrás de cada ojo aceptaba la luz sobre una estrecha banda desde la pantalla. De principio a fin, contempló la historia al desplegarse ésta y la volvió a contemplar, anhelando la repetición con todo el ardor de un ser primitivo.

Las imágenes empezaban en el espacio profundo con la lancha salvavidas del hombre dejada caer desde la escotilla de lanzamientos de un navío de combate. Mostraba a la nave guerrera marchando a una base militar y allí cargando suministros y asegurándose una vasta flota de refuerzos y luego empezando su viaje de regreso. La escena cambiaba a la lancha cayendo sobre Laertes III, mostraba todo lo que había ocurrido subsiguientemente, sugería que la situación era peligrosa para ambos... y señalaba la única solución segura.

La secuencia final de cada sesión mostraba siempre al rullense acercándose a la lata de conservas, a la izquierda de la pantalla, y abriéndola. El método aparecía con todo detalle, lo mismo que la visualización del rullense comiendo afanosamente los alimentos de la lata.

Cada vez que esta secuencia se aproximaba, el ser de Rull notábase

dominado por la tensión, por una voluntad de hacer real la historia. Pero no fue hasta la séptima repetición que el rullense empezara a deslizarse, cerrando la brecha que le separaba de lá lata de conservas. Era una trampa, lo sabía, quizás incluso la muerte… eso no importaba. Para vivir, tenía que correr el riesgo.

Sólo por estos medios, arriesgándose a consumir lo que hubiera en la lata, podía esperar permanecer vivo el tiempo necesario.

Cuánto tiempo tardaría el crucero comandante en aparecer allí, en la negrura del espacio, acompañado por su miríada de otras naves… cuánto tiempo pasaría antes de que ellos decidieran reemplazarle en su misión, eran cosas que él no sabía.

Pero vendrían.

Incluso si esperaban que llegaran las naves enemigas antes de atreverse a obrar contra sus órdenes estrictas, vendrían.

En aquel punto podían bajar sin miedo de padecer ninguna explosión de su ira de gran caudillo.

Hasta entonces, necesitaría él todos los alimentos que pudiera conseguir.

Animoso, extendió un tentáculo chupador y activó el mecanismo automático abridor de la lata.

VII

Fue poco después de las cuatro de la madrugada cuando el profesor Jamieson despertó al oír cómo la alarma sonaba suavemente.

Fuera estaba oscuro como la boca de un pozo —el día de Laertes tenía veintiséis horas siderales de largo; él había ajustado sus relojes para coordinarlos, el primer día— y en aquella estación, el alba quedaba aún a tres horas de distancia.

Jamieson no se levantó en seguida.

La alarma había sido activada al abrirse la lata de alimentos.

Continuó sonando sus buenos quince minutos, lo que era casi perfecto.

La alarma iba sintonizada con una pauta electrónica emitida por la lata, una vez ésta fuera abierta, y que proseguía mientras quedase alimento dentro del recipiente.

El lapso que transcurrió coincidía con la capacidad de absorber tres libras de carne de cerdo que podía tener uno de los tentáculos del rullense.

Durante quince minutos, según eso, un miembro de la raza de Rull, mortal enemiga del hombre, se había sujetado a una pauta de vibraciones mentales que correspondía a sus propios pensamientos.

Era una pauta, una norma a la que había respondido en el laboratorio durante los experimentos los sistemas nerviosos de los otros rullenses.

Por desgracia, aquellos rullenses se suicidaron al despertar y así no pudieron demostrarse resultados definidos.

Pero gracias al ecforímetro se había establecido que lo afectado era la mente «inconsciente», no la «consciente».

Jamieson permaneció en la litera, sonriendo en silencio para sí.

Por último se volvió del lado contrario para seguir durmiendo y entonces se dio cuenta de lo excitado que estaba.

El momento más grande en la historia de la guerra entre la Tierra y Rull.

Naturalmente, no iba a dejarlo pasar sin celebrarlo.

Saltó de la cama y se sirvió una copa de licor.

El intento del rullense de atacarle a través de su mente inconsciente había resaltado sus propias acciones posibles en la misma dirección.

Cada raza había descubierto alguna de las debili-dades de la otra.

Los rullenses utilizaban su conocimiento pare exterminar.

El hombre trataba de establecer la comunicación y sus esperanzas se cifraban en una remota pero posible asociación.

Ambas razas eran crueles, criminales, implacables en sus métodos. Cualquier ser exterior a estas razas encontraría difícil distinguir por sus obras una de otra.

Pero la diferencia entre los propósitos era tan grande como la diferencia entre el blanco y el negro, la ausencia de la luz comparada con su presencia.

Había sólo un problema en la situación inmediata. Ahora que el rullense había comido, podía elaborar algunos planes por su propia cuenta.

Jamieson regresó a su lecho y permaneció mirando la oscuridad. No subestimaba los recursos del rullense, pero puesto que había decidido llevar a cabo un experimento, ningún riesgo debía ser considerado como demasiado grande.

Finalmente se dio la vuelta y durmió el sueño de un hombre decidido a que las cosas le resultaran favorables.

VIII

La mañana.

Jamieson se puso sus vestidos a prueba de frío y salió a la cortante alba exterior. De nuevo, saboreó el silencio y la atmósfera de aislada grandeza.

Un viento fuerte soplaba del este y había una gelidez en él que le azotó el rostro. ¿Nieve?, se preguntó.

Lo olvidó. Tenía que hacer otras cosas en aquella mañana trascendental. Las haría con su habitual cautela.

Acompañado por los defensores y el desintegrador móvil se encaminó a la pantalla mental. Se alzaba en el alto campo abierto, en donde sería visible desde una docena de diferentes lugares que podían servir de escondite y por lo que podía ver no había recibido ningún daño.

Comprobó el mecanismo automático y como buena medida pasó las imágenes por una pantalla exhibidora.

Ya había arrojado otra lata de alimento a la hierba cerca de la pantalla, y se marchaba cuándo pensó: «Es raro. El armazón de metal aparece como si lo hubieran barnizado».

Estudió el fenómeno con un espejo desenergetizante y vio que el metal tenía una capa de un barniz claro, o de una sustancia parecida al barniz. Se sintió enfermo al examinarlo.

Decidió con angustia: «Si la sugestión es no disparar en absoluto, no la seguiré. Dispararé aun cuando el desintegrador se vuelva sobre mi».

Recogió en un receptáculo un poco de «barniz» y empezó a retirarse hacia su lancha salvavidas.

Pensaba mientras con violencia:

«¿De dónde consigue el ese material? Eso no forma parte del equipo normal de una lancha de observación y exploración corriente».

La primera mortal sospecha acababa de nacer en él. Recelaba que lo que estaba ocurriendo no era sólo un mero accidente.

Estaba medicando ponderativamente acerca de las implicaciones de aquello cuando, con los ojos contraídos, vio a un lado la figura del rullense.

Por primera vez en sus varios días viviendo en la altiplanicie, vio al rullense.

«¡Ésa es la sugerencia!»

IX

El recuerdo de su propósito vino al rullense poco después de haber comido.

Al principio fue débil y turbio, pero se hizo más fuerte.

No era solamente la sensación de recobrar su energía.

Sus centros visuales interpretaron más luz. La estrellada altiplanicie se hizo más brillante, no tanto como podía ser para él pero con un gran tanto por ciento de aumento, aunque la dirección era hacia arriba, en vez de para abajo.

Nunca volvería a ver de manera normal.

La visión residía en la mente y esa parte de su cerebro jamás recuperaría todo su poder de interpretación.

Se sintió inmensamente afortunado de que las consecuencias no fueran peores.

Se había estado deslizando a lo largo del borde del precipicio. Ahora se detuvo para mirar hacia abajo, incluso con su parcialmente disminuida visión nocturna el panorama quitaba la respiración.

Desde una espacionave la altura hubiera parecido casi mínima. Pero mirando desde el muro de granito a aquellas profundidades la sensación era diferente. Recalcaba por completo cómo había sido pillado allí por accidente. Y le recordaba lo que había estado haciendo antes de sentir hambre.

Se apartó al instante del acantilado y se apresuró a trasladarse a donde estaban los restos de su nave, medio enterrados en el duro suelo de Laertes III.

Se deslizó por encima de las aserradas planchas hasta colocarse por la parte interior de una en la que el día antes había notado una pizca de oscilación antigravitatoria.

Débil, potente, una tremenda minucia de oscilación, capaz de ser influida.

El rullense trabajó con intensidad y dedicación. La plancha todavía estaba sujeta con firmeza al esqueleto del navío. Y la primera tarea, la descorazonadoramente difícil tarea era libertarle por completo. Pasaron las horas.

¡R-r-i-i-i-p-p! La dura plancha cedió al ligero reajuste de su estructura nuclear.

El cambio era infinitesimal. En parte porque la energía directriz de su cuerpo no era la normal y en parte porque tenía que ser mejor infinitesimal. Había una cosa tal como emitir energía en cantidad

suficiente como para volar una montaña.

No, descubrió por último, que hubiera peligro en esta plancha.

Halló que desaparecía nada más subir a ella. La sensación de potencia que emanaba de ella era tan débil que, brevemente, dudó si sería suficiente para levantarle a él del suelo.

Pero lo fue.

El vuelo de prueba duró metro y medio y le dio la medida de la limitada fuerza que tenía disponible. La bastante para un solo ataque.

No le quedaban dudas en su mente.

El experimento había pasado. Su único propósito debería ser matar al hombre y la pregunta era, ¿cómo podría asegurarse de que el hombre no le matase mientras él hacía lo que se proponía? ¡El barniz!

Lo aplicó con dificultad, lo secó con un secador y luego, tras recoger de nuevo la plancha, lo transportó sobre su espalda hasta el escondite que tenía preparado.

Cuando la tuvo enterrada y él mismo estuvo bajo las hojas muertas de un macizo de matorrales, se sintió más calmado.

Reconoció que el ligero chapado de su civilización había desaparecido. Eso le impresionó, pero no lo lamentó.

Al proporcionarle el alimento, el ser de dos patas estaba con toda evidencia haciéndole algo. Pero algo peligroso.

La única respuesta a todo el problema del expe-rimento de la altiplanicie era tratar con la muerte sin retraso alguno.

Permaneció tumbado, tenso, feroz, más allá de la fuerza de algún pensamiento errático, esperando que viniera el hombre.

X

Parecía una aventura tan desesperada como la que jamás hubiera visto Jamieson en el Servicio. Normalmente la hubiera llevado a cabo sin esfuerzo. Pero estaba vigilando con intensidad —«intensamente»— a que la parálisis se apoderara de él, por causa de aquella negación química que era el barniz.

Y por tanto, fue la inesperada cualidad normal lo que estuvo a punto de derrotarle.

El rullense salió volando de un macizo de matorrales montado en una plancha antigravitatoria. La sorpresa de aquello fue tan grande que por poco tiene éxito.

Las planchas habían perdido toda cantidad de energía, según sus pruebas de la primera mañana. Sin embargo, ahí había una viva aún y ligera con esa especial ligereza antigravitatoria que los científicos rullenses habían llevado hasta la cumbre de la perfección.

La acción del movimiento por el espacio hacia él, era, claro, basada en el movimiento del planeta al girar sobre su eje. La velocidad del ataque, empezando de cero como lo hizo, no se aproximó a los mil doscientos kilómetros por hora que era 1a-velocidad de rotación del astro, pero fue lo suficiente veloz.

La aparición del metal y del gusano de casi dos metros cargando contra él por el aire, le dejaron es-tupefacto. E incluso cuando sacó su arma y la disparó, tuvo que efectuar una elección, una contención para poner en práctica, la norma: «¡No matar!».

Eso fue duro, ¡oh, duro!

La necesidad ejercitaba su capacidad para la in-tegración y le imponía con fijeza una limitación que durante el segundo que tardo en ajustarse a ella el rullense llegó a menos de tres metros de distancia-

Lo que le salvó fue la presión del aire sobre la plancha metálica.

El aire se atorbellinaba como en una de las alas de un avión antiguo de hélice.

Disparó entonces su irresistible arma al fondo metálico, cortándolo, quemándolo, desviándolo su aterrizaje violento contra un macizo de arbustos a seis metros de su derecha.

No siguió disparando, ni siquiera lo hiso por segunda vez.

En vez de ello, animoso, extrajo la plancha antigravitatoria del rullense de entre la maleza y la examinó.

La cuestión era, ¿cómo la había desgravitado el rullense sin la maquinaria adecuada y necesaria?

¿Y si era capaz de crear tal «paracaídas» para sí mismo por qué no se había marchado volando en él hacia el bosque, bien lejos donde encontraría alimentos con bastante facilidad y en donde podría estar a salvo de su humano enemigo?

Una de las preguntas halló respuesta nada más levantó la plancha.

Tenía peso «normal», su energía en apariencia se había agotado después de viajar menos de treinta metros.

Con toda evidencia nunca fue capaz de cubrir los dos kilómetros y pico que representaba el viaje hasta el bosque y la llanura inferiores.

Jamieson no corrió riesgos.

Dejó caer la plancha por el precipicio más próximo y la vio perderse en las lejanas profundidades.

Había regresado al salvavidas cuando se acordó del «barniz».

Oh, allí no había ninguna pista, todavía no.

Hizo pruebas con las raspaduras que había llevado consigo. Químicamente resultó ser una simple resina, utilizada para fabricar barnices.

Atómicamente era un producto estable y estabilizado.

Electrónicamente, transformaba la luz en energía sobre el nivel vibratorio del pensamiento humano.

El rullense estaba bien vivo. ¿Pero qué es lo que estaba registrando?

Jamieson hizo un gráfico de cada material y cada nivel energético, para compararlos. En cuanto hubo establecido que había sido alterado en el nivel electrónico —lo que era evidente, pero que, sin embargo, tenía que demostrarse— registró las imágenes en una cinta de visión.

El resultado fue un batiburrillo de fantasías como de pesadilla.

Símbolos. Tomó su libro. «Interpretaciones simbólicas del inconsciente» y encontró la referencia: «Inhibiciones mentales».

En la referida página y línea leyó: «¡No matar!»

—Bueno, estaré… —empezó a decir Jamieson en voz alta que resonó en el silencio interior de la lancha salvavidas—. Eso es lo que pasó.

Se sintió aliviado y luego ya no tan aliviado. Había sido su intención personal no matar en aquella etapa. Pero el rullense no lo sabía. Trabajando tal sutil inhibición había dominado el ataque incluso en la derrota.

Eso era lo malo. Hasta ahora había «salido» de las situaciones, pero no había creado otras situaciones de éxito en contraposición. Tenía una esperanza, pero eso no era bastante.

No debía correr más riesgos. Incluso su experimento final debía

esperar hasta el día que debiera llegar el «Orion».

En ciertos aspectos los seres humanos se mostraban algo demasiado débiles. Sus mismas células vitales tenían impulsos que podían ser reactivados por la malicia y la falta de conciencia acusadora.

No dudaba que en el momento final y decisivo el rullense trataría de aprovecharse de esa debilidad.

XI

En la novena noche, la víspera del día que debía llegar el «Orion», Jamieson se contuvo y no arrojó fuera ninguna lata de comida. A la mañana siguiente se pasó media hora en la radio tratando de ponerse en contacto con el navío de combate. Emitió un relato detallado de todo lo que le había ocurrido hasta entonces y describió cuáles eran sus planes, incluyendo su intención de probar al rullense para ver si había sufrido alguna lesión por causa de su período de hambre.

El subespacio estaba ocupado por un silencio mortal. Ni una sola pulsación vibratoria respondió a su llamada.

Por último abandonó el intento de establecer contacto y salió al exterior. Rápidamente ajustó los instrumentos que necesitaría para su experimento. La altiplanicie tenía el aire de una desierta tierra salvaje. Comprobó su equipo, luego miró el reloj. Marcaba once minutos más tarde del mediodía. De súbito, nervioso, decidió no esperar ningún minuto más.

Caminó, dudoso, y entonces oprimió un botón. De una fuente cercana a la pantalla, un ritmo de muy alto nivel de energía iba siendo transmitido. Era una variación de la pauta rítmica a la que se había sujetado el rullense durante cuatro noches.

Despacio, Jamieson se retiró hacia la lancha salvavidas. Quería probar de nuevo a establecer contacto con el «Orión». Al mirar atrás vio al rullense deslizándose dentro del claro y encaminándose derecho hacia la fuente de vibraciones.

Mientras Jamieson se detenía involuntariamente, fascinado, el sistema principal de alarma de la lancha se puso en funcionamiento con un clamor estridente. El sonido despertó ecos extraños volando en alas del helado viento que soplaba y actuando como el pie que un actor da a otro para su entrada en escena. Su radio de pulsera funcionó, sincronizándose automáticamente con la radio potente del salvavidas. Una voz dijo apremiante:

—Profesor Jamieson, aquí el navio de combate «Orion». Recibimos sus llamadas anteriores pero nos abstuvimos de responder. Una flota entera de Rull cruza por las cercanías del sol Laertes.

«Dentro de cinco minutos aproximadamente se efectuará un intento para recogerle. Mientras tanto... abandone todo lo que tenga entre manos».

Jamieson lo abandonó. Fue un movimiento físico, no mental. Por el rabillo de un ojo, incluso mientras oía su radio, vio un movimiento

en el cielo. Dos manchas oscuras que se resolvieron en vastas formas. Se oyó un rugido mientras los supernavíos de batalla de Rull pasaban como un rayo por encima. Un ciclón siguió a su paso que casi le arrancó del suelo, donde se agarró desesperado a las raíces entrelazadas de la maleza.

A gran velocidad, con toda evidencia viajando mediante energía gravitatoria, las naves enemigas giraron bruscamente y volvieron de regreso hacia la altiplanicie. Esperando morir y dándose cuenta de parte de la verdad de la situación sobre la meseta, Jamieson gritó. Pero el fuego pasó por delante de él, no dirigido a su persona. El trueno del disparo retumbó hasta Jamieson, un estrépito colosal, que sin embargo no enturbió su sensible percepción de lo que había ocurrido. Su salvavidas. Habían disparado contra su salvavidas.

Gimió al imaginárselo destruido en una llamarada intolerable. Y entonces, por un momento, no hubo allí tiempo para pensar ni para angustiarse.

Un tercer navío de guerra apareció a la vista, pero, mientras Jamieson se esforzaba por reconocer su silueta, dio la vuelta y huyó. Su radio de pulsera emitió unos chasquidos.

—Ahora no podemos ayudarle. Sálvese usted mismo. Nuestros cuatro navíos de combate que nos acompañaban y los escuadrones auxiliares se enfrentarán a la flota rullense y tratarán de atraerla hacia nuestro gran grupo de combate cerca de la estrella Bianca y entonces...

Un resplandor fulgurante de vivido fuego en el lejano firmamento acabó con el mensaje. Pasó todo un minuto antes de que el frígido aire de Laertes III fuese eco del remoto trueno espacial. El sonido murió despacio, como si unos infinitos tonos pequeños fragmentados de él quedaran colgando de cada molécula del aire.

El silencio que se instaló por último era extrañamente falto de paz. Parecía como la calma que precede a la tempestad, una quietud odiosa, aquiescente, viva con las esencias de una amenaza inconmensurable.

Tembloroso, Jamieson se puso en pie. Era hora de asegurarse del inmediato peligro que había caído sobre él. El mayor peligro que jamás se hubiera atrevido ni a pensar.

Jamieson se encaminó primero hacia su salvavidas. No tuvo que cubrir toda la distancia. Todala sección del acantilado había sido desintegrada. De la nave no quedaba ni rastro.

Se detuvo por completo al advertirlo. Se lo había estado esperando, pero la impresión de la realidad era terrible.

Se agazapó como un animal y alzó la vista para mirar al cielo, a los amenazadores límites del firmamento. Estaba vacío de máquinas. No se percibía en él ni un solo movimiento, ni un sonido bajaba de las alturas, excepto el fragor del viento de levante. Se hallaba solo en un universo entre el cielo y la tierra, era un cerebro detenido al borde de un abismo.

En el interior de su mente, esperando tenso, atisbaba un agudo entendimiento, una comprensión abrumadora.

Las naves de Rull habían pasado volando una vez por encima de las montañas para hacerse cargo de la situación en la altiplanicie y luego trataron de destruirle a él.

¿Quién era el rullense que estaba en su compañía para que los supernavíos de combate tuvieran que bajar a asegurarse de que no quedaba ya ningún peligro que amenazara a su congénere?

Bueno, no habían tenido éxito del todo.

Jamieson enseñó los dientes con dirección al fir-mamento. Conocía aquella sensación, aquel sentido de regresar al primitivismo durante los momentos de excitación. Era como en los combates y lo más importante era protegese el cuerpo y el alma de uno mismo.

Allí no había cosas tales como luchar de manera eficiente con la mitad del raciocinio o la mitad del cuerpo. Todo, todo se necesitaba.

Esperaba caídas y derrotas y las había tenido. Cada vez se ponía en pie casi inconsciente del dolor y volvía a correr de nuevo. Llegó sangrante... pero llegó.

El firmamento estaba silencioso.

Desde el cobijo protector de una línea de matorrales atisbó al rullense.

El cautivo rullense, su rullense que tenía que hacer lo que a él le placiera. A quien vigilar, a quien forzar, a quién educar —en la más rápida educación del mundo y de la historia del universo. No había tiempo para dedicarlo a la holganza o para desperdiciarlo con rodeos en busca de un intercambio de información.

Desde donde yacía manipuló los controles de la pantalla.

El rullense había estado moviéndose de un lado a otro ante dicha pantalla. Ahora, al aumentar su velocidad y luego disminuirla, para volverla a aumentar, consiguió que en cierto modo el ser extra-humano hiciese lo que el profesor quería.

XII

Algunos miles de años antes, en el siglo veinte, la investigación clásica y sin apresuramientos había logrado llegar a lo que se podía considerar como resultado final. Un hombre llamado Pavlov dio de comer a un perro de su laboratorio a intervalos regulares, acompañados por el tañido de una campanilla. Pronto, el sistema digestivo del perro respondió con tanta facilidad al sonido de la campanilla sin la comida que a la vista de la comida y a la percepción del sonido a un tiempo.

Pavlov en persona nunca comprendió la realidad más importante que quedaba detrás de su proceso de acondicionamiento. Pero lo que empezó aquel remoto día terminó con una ciencia que podía controlar a los animales y a los seres extrahumanos —aunque también a los hombres— casi a voluntad.

Sólo los rullenses desbarataron los experimentos maestros en los últimos siglos cuando ya había llegado a ser una ciencia exacta. Derrotados por la voluntad de morir de todos los rullenses cautivos, los científicos previeron la caída del imperio galáctico de la Tierra a menos que pudiera iniciarse algún sistema para penetrar en la mente de los rullenses.

Era una mala suerte que su situación desesperada no le diera tiempo para efectuar una serie de reales penetraciones.

La muerte acechaba allí a quienes se entretuvieran.

Pero incluso lo que tenía que hacer, la mínima cantidad de lo que tenía que hacer, le llevaría un tiempo precioso.

Una y otra vez; una y otra vez, tenía que establecerse el ritmo de la obediencia.

La imagen del rullense en la pantalla era tan animada como el original. Aparecía en tres dimensiones y los movimientos eran casi los de un autómata. El desafío era ya casi irresistible.

Los centros nerviosos básicos se veían afectados. El rullense no podía evitar adoptar una actitud que le permitiera resistir la llamada del impulso alimenticio.

Después de que hubo seguido aquella pauta sin significado durante quince minutos, cambiando el paso en su dirección, Jamieson hizo que el rullense y su imagen treparan por los árboles. Arriba, abajo, arriba otra vez, media docena de veces. En aquel punto, Jamieson introdujo una imagen de sí mismo.

Tenso, con un ojo en el firmamento y el otro en la pantalla ante él,

observó las reacciones del rullense... las contempló con ojos contraídos y una aguda comprensión de las respuestas del rullense ante la presencia de los seres humanos.

Los habitantes de Rull se veían digestivamente estimulados por el olor del hombre. Eso quedaba de-mostrado por el modo en que los succionadores se abrían y cerraban. Cuándo unos pocos minutos más tarde se sustituyó a sí mismo por su imagen, vio satisfecho que el rullense había perdido temporalmente su hambre automática normal cuando veía un ser humano.

Y ahora que había llegado a aquella etapa de control final, dudaba. Era el momento de hacer sus pruebas. ¿Podría disponer del tiempo necesario?

Se dio cuenta de que era preciso tenerlo. Aquella oportunidad podría no repetirse en un centenar de años.

Cuando veinticinco minutos más tarde hubo acabado las pruebas estaba pálido de emoción. Pensó: «Eso es. Lo hemos conseguido».

Pasó diez preciosos minutos radiando su descubri-miento por medio de su radio de pulsera —esperando que el transmisor en su salvavidas hubiese sobrevivido a la caída montaña abajo y recogiese el mensaje del instrumento pequeño para radiarlo a su vez a través del subespacio.

Durante diez completos minutos no se recibió ni una sola respuesta a su llamada.

Dándose cuenta de que había hecho cuanto le era posible, Jamieson se encaminó hacia el borde del acantilado que había elegido como punto de partida. Miró abajo y se estremeció, luego recordó lo que había dicho el «Orion»: «Una flota entera de cruceros rullenses...».

¡Deprisa!

Bajó al rullense hasta la primera cornisa natural. Un momento más tarde apretó los arneses en torno a su propio cuerpo y saltó al espacio. Tranquilamente, con una fuerza fácil, el rullense asió el otro extremo de la cuerda y le bajó a la cornisa dejándole espacio para que se quedara en pie a su lado.

Continuaron bajando y bajando. Era un trabajo penoso aunque utilizaban un sistema muy simple.

Una larga cuerda plástica formaba para ellos un puente sobre el vacío. Una varilla metálica de «ascen-sión», utilizada antes para escalar la lisa vastedad de un costado de las espacionaves, mantenida en posición tras posición mientras la cuerda hacía su trabajo.

En cada repisa, Jamieson enterraba la varilla en cualquier grieta hasta hallar sólida roca. La cuerda pasaba por un conjunto de poleas

del metal mientras el rullense y él, por turno, se bajaban mutuamente a las repisas inferiores.

Nada más se hallaban ambos sanos y salvos en el espacio de una repisa, Jamieson sacaba la varilla de la roca y la preparaba para volverla a usar.

El día se iba sumiendo ya en la oscuridad como un hombre inquieto se sume en el sueño, despacio, cansino. Jamieson se sintió más acalorado y con el cansancio apoderándose de él y llenándose de melancolía por causa de la fatiga que entorpecía sus músculos.

Podía ver cómo el rullense a cada paso se iba dando más cuenta de su presencia humana. Todavía cooperaba, pero le miraba con ojos fijos cada vez que le bajaba de un repecho.

El estado de acondicionamiento se iba acabando. El rullense iba saliendo de su trance. El proceso debería completarse antes de la noche.

Era entonces el momento en que Jamieson deses-peraba de llegar abajo antes de que cayeran las sombras. Había elegido el lado occidental soleado para aquel descenso fantástico del acantilado pardo oscuro, del que no existía igual en todos los mundos conocidos del espacio. Se encontró a sí mismo contemplando al rullense con rápidas miradas, nerviosas.

Cuando el ser extraño le descolgó a un repecho a su lado, se fijó en sus ojos azules, sus asombrosos ojos azules, que se le acercaban más y más y que luego, cuando la piernas le llegaron por debajo de aquellos ojos singulares, cómo se retorcían para seguirle.

Los intensos ojos del otro le recordaban a Jamieson su descubrimiento. Se enfureció consigo mismo por no haberlo razonado antes. Durante siglos el hombre había conocido que su propio esfuerzo para ver claramente requería un buen veinticinco por ciento de la energía de su propio cuerpo. Los científicos humanos debieron haber sospechado que el compás de amplia onda de los ojos rullenses era el producto de una equilibrada actividad glandular a un nivel de energía fantásticamente alto. Un equilibrio que, si se conturbaba, afectaría seguramente el propio cerebro bien de manera temporal o bien de modo permanente.

Había descubierto que la imparidad era permanente.

¿Qué produciría en tal sistema nervioso un período prolongado de dieta de hambre?

Las posibilidades alteraban la naturaleza de la guerra. Ello explicaba por qué las naves de Rull jamás habían atacado las fuentes alimenticias humar ñas o sus líneas de suministro; no querían

arriesgarse a provocar represalias. Eso explicaba por qué las naves de Rull peleaban tan implacablemente contra las naves terrestres que irrumpían en sus sectores de la galaxia. Eso explicaba su implacable destrucción de las otras razas. Vivían con el miedo de que alguien descubriera su terrible debilidad.

Jamieson sonrió con salvaje anticipación. Si su mensaje había trascendido, o si él escapaba, los rullenses no tardarían en sentir la comezón del hambre. Las naves terrestres se concentrarían en aquella forma básica de ataque dentro de un inmediato futuro. Se envenenarían los suministros alimenticios de grupos planetarios enteros, los convoyes serían atacados sin tenerse en cuenta las bajas propias. Por todas partes a la vez el ataque se desarrollaría sin pausas ni merced.

Pasaría bastante tiempo antes de que Rull empezara a retirarse hasta su propia galaxia. Ésa sería la única solución aceptable. El invasor debería verse obligado a retroceder más y más obligado a abandonar sus conquistas de un milenio.

XIII

A las cuatro de la tarde Jamieson tuvo que hacer una pausa para descansar. Caminó hasta el lado del repecho lejos del rullense y se dejó caer sobre una peña. El cielo era de un azul abrasador, silencioso y ahora sin viento, una especie de telón bajado entre el negro espacio de encima, ocultando lo que ya debería de ser la mayor batalla entre rullenses y humanos de los últimos diez años.

Era un tributo a los cinco navíos de guerra de la Tierra y a su escolta el que ninguna nave rullense hubiera intentado aún rescatar al ser de Rull de la altiplanicie.

Posiblemente, claro, no querían traicionar la pre-sencia de uno de los de su propia raza.

Jamieson abandonó las fútiles especulaciones. Cansado, comparó la altura del acantilado que quedaba encima con la profundidad que restaba abajo. Calculó que habían cubierto unos dos tercios de la distancia total.

Vio que el rullense miraba hacia el valle. Jamieson se volvió y se puso a mirar con él.

La escena que captaron con sus ojos diferentes y sus cerebros distintos era bien monótona y muy familiar, sin embargo con cierta sensación de extrañeza y de asombro. El bosque empezaba a menos de medio kilómetro del pie del acantilado y casi no tenía fin literalmente.

Subía por las colinas y caía en las hondonadas de los valles y trepaba por las laderas de las montañas que se extendían brumosas en la lejanía.

Su reloj marcaba las cuatro y cuarto. Era hora de proseguir la marcha.

A las seis y veinticinco llegaron a una repisa a cincuenta metros por encima de la desigual llanura. La distancia superaba la longitud de la cuerda, pero la operación inicial de bajar al rullense hasta la libertad y la seguridad se logró sin incidente.

Jamieson miró curioso hacia el ser vermiforme. ¿Qué haría ahora que estaba en terreno despejado?

El rullense alzó la vista en dirección suya y esperó.

Eso le hizo fruncir el ceño. Porque aquel riesgo no estaba dispuesto a correrlo. Jamieson hizo un gesto imperativo al rullense y sacó su desintegrador. El ser de Rull retrocedió, pero sólo hasta hallar la seguridad tras una roca gigante. Rojo sangre, el sol se hundía tras las montañas. La oscuridad se apoderaba del terreno. Jamieson cenó.

Estaba terminando cuando percibió abajo un movimiento.

Vigiló mientras el rullense se deslizaba a lo largo y cerca del borde del precipicio.

Desapareció más allá, de un saliente del acantilado.

Jamieson esperó unos instantes, luego arrojó la cuerda. El descenso consumió sus fuerzas, pero al fondo estaba el suelo sólido. A unos tres cuartos del descenso se cortó el dedo en una parte de la cuerda inesperadamente áspera.

Cuando llegó a tierra advirtió que su dedo se iba volviendo de un color gris extraño. En la casi oscuridad le pareció raro y nocivo para la salud.

Mientras Jamieson se miraba la herida perdió su cara todo color. Pensó con amarga cólera: «El rullense debe haber ensuciado la cuerda en su descenso».

Una sacudida le recorrió el cuerpo. Era como una cuchillada y fue seguida al instante por cierta rigidez. Con un gemido, empuñó su desintegrador para matarse. Su mano quedó petrificada en mitad del aire. Cayó al suelo en redondo.

La rigidez le mantuvo allí, congelado, inmóvil.

La voluntad de morir está en toda vida. Cada célula orgánica ecforiza los innatos entramados de su origen inorgánico. El pulso de la vida es una película escamosa sobreimpuesta sobre una materia básica tan intrincada en su delicado equilibrio de diferentes energías que la vida misma es sólo un breve y vano forcejeo que se opone a tal equilibrio.

Por un instante de eternidad, se intenta una pauta. Eso toma muchas formas, pero formas que son sólo aparentes. La forma verdadera es siempre una forma de tiempo no de espacio.

Y esa forma es curva, Sube y después baja. Sube de la oscuridad a la luz, luego baja de nuevo a las tinieblas.

El salmón macho rocía con su semen los huevos de la' hembra y al instante se ve presa de una melancolía mortal.

El macho de las abejas se colapsa en el abrazo con la reina que ha conquistado, vuelve al molde inorgánico del que ha escapado y del que ha ascendido para un único momento de éxtasis. En el hombre, la odiosa norma queda reprimida en cuatrillones de células individuales.

Pero la pauta existe. Esperando.

Mucho antes, los inteligentísimos científicos de Rull, buscando sustancias químicas que conmovieran el sistema nervioso humano hasta darle sus formas primitivas, hallaron el secreto especial de la voluntad humana de morir.

El «yeli», Meeesh, volvió deslizándose hacia Jamieson pero sin pensar en el proceso. Había estado esperando su oportunidad. Ésta llegó. Ahora estaba fijo en sus propios propósitos.

Animado arrebató al hombre el desintegrador, luego buscó la llave de la lancha salvavidas. Y después transportó a Jamieson a unos quinientos metros en torno a la base del acantilado en donde la nave humana había sido catapultada por el disparo del barco de guerra de Rull.

Cinco minutos más tarde la potente emisora de radio de la lancha estaba emitiendo en las longitudes de onda rullenses una orden imperativa a la flota de Rull.

XIV

Tinieblas. Dentro y fuera de su piel. Se notaba en lo más profundo de un pozo, atisbando a la noche en el crepúsculo. Mientras yacía, una presión de algo le rodeaba, alzándole más y más alto y cada vez más cerca de la boca del pozo.

Forcejeó por cubrir los últimos pocos palmos con un esfuerzo mental distinguible y miró por el brocal. La consciencia.

Estaba acostado en una mesa alta dentro de una habitación que tenía varias aberturas como ratoneras a nivel del suelo aberturas que daban acceso a otras cámaras. Puertas, identificó, de forma rara, extrañas, inhumanas. Jamieson se estremeció ante la impresión recibida por reconocer aquel lugar.

Se hallaba dentro de una nave de guerra de Rull.

Había algo moviéndose tras él. Volvió la cabeza y sus ojos giraron en sus órbitas.

En las sombras, tres rullenses resbalaban por el suelo hacia un banco de instrumentos que se alzaba detrás y a un lado de él.

Se levantaron en extraña pirueta subiendo por un plano inclinado y se posaron encima de su cuerpo de terrestre. Sus pálidos ojos, brillaban en la oscuridad de aquella cámara innatural mirándole con fijeza.

Jamieson trató de moverse. Su cuerpo se retorció en los confines de las ligaduras que le mantenían sujeto. Eso le trajo el agudo recuerdo del producto químico excitador de la voluntad de morir que el rullense había utilizado. Le asaltó una oleada de alivio. No estaba muerto. «No estaba muerto». NO ESTABA MUERTO. El rullense debió haberle ayudado, obligándole a moverse y así había quebrado la curva descendente de su bajada al polvo del no ser, del morir, del regreso a lo inorgánico.

Estaba vivo... ¿para qué?

El pensamiento disminuyó su alegría. La esperanza le huyó de sí como el humo huye de las brasas apagadas. Su cerebro se congeló en una tensa y terrible máscara de anticipación.

Mientras miraba con ojos fijos esperando el dolor, uno de los rullenses oprimió un pulsador. Parte de la mesa en que yacía Jamieson se levantó. Se vio alzado casi adoptar la posición de sentado.

¿Y ahora qué?

No podía ver a los rullenses. Trató de volverse, pero dos pantallas cayeron a ambos lados de su cabeza y le sujetaron firmemente.

Vio sobre la pared que tenía delante un retazo cuadrado parecido a una lámina plateada. Una luz le enfocó y apareció una imagen. Era una imagen curiosamente familiar, pero al principio a causa de su posición invertida Jamieson no pudo captar la familiaridad.

Bruscamente se dio cuenta.

Era una versión distorsionada de la imagen que había mostrado al rullense la primera vez cuando le daba de comer y luego con más pesados argumentos descubrió él la vulnerabilidad del mortal enemigo del hombre.

Había mostrado cómo la raza de Rull sería destruida a menos que accediera a establecer una paz.

En las imágenes que se le mostraban estaba el rullense que solicitaba cooperación entre las dos razas.

Ellos parecían ignorar que él no había todavía transmitido definitivamente sus conocimientos a otros seres humanos. O quizás el hecho quedaba enturbiado por el acondicionamiento que proporcionó al rullense cuando le dio de comer y adquirió control sobre él.

Mientras miraba fijo hacia la pantalla terminó la película...

Y volvió a comenzar...

Para cuando hubo terminado el segundo pase, ya no quedaba la menor duda. Jamieson se derrumbó sobre la mesa. No le habrían enseñado tal película, tales imágenes, a menos que quisieran utilizarlo como mensajero.

Se le devolvería a la patria para que transportara el mensaje que el hombre había ambicionado escuchar desde mil años atrás. También portaría los informes necesarios para dar a la oferta todo su pleno significado.

La guerra entre Rull y la Tierra había terminado.